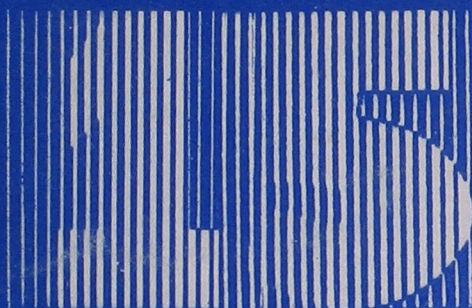


Cuadernos del Sur

Sociedad • Economía • Política

*el triunfo
de Clinton
y las*



*relaciones
argentino /
norteamericanas*

PIERRE SALAMA/ JACQUES VALIER: Argentina,
Brasil, México: similitudes y diferencias del ajuste
antiinflacionario ✦ FERNANDO H. AZCURRA:
EEUU: la decadencia del liderazgo industrial ✦
CLAUDE GABRIEL: Europa en crisis ✦ GEORGE
LABICA: "Maastricht no es nuestra Europa" ✦
GUSTAVO GUEVARA: Mercosur, una vez más Adam
Smith y Karl Marx ✦ WASHINGTON ESTELLANO:
Uruguay: el Frente Amplio en la encrucijada ✦
✦ HORACIO ZAMBONI: Flexibilidad laboral:
desandar la historia ✦ GIUSEPPE PRESTIPINO:
Socialismos reales y capitalismos imperiales ✦

SEMINARIO INTERNACIONAL

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL A FINES DEL SIGLO XX EL SOCIALISMO COMO PENSAMIENTO Y PERSPECTIVA

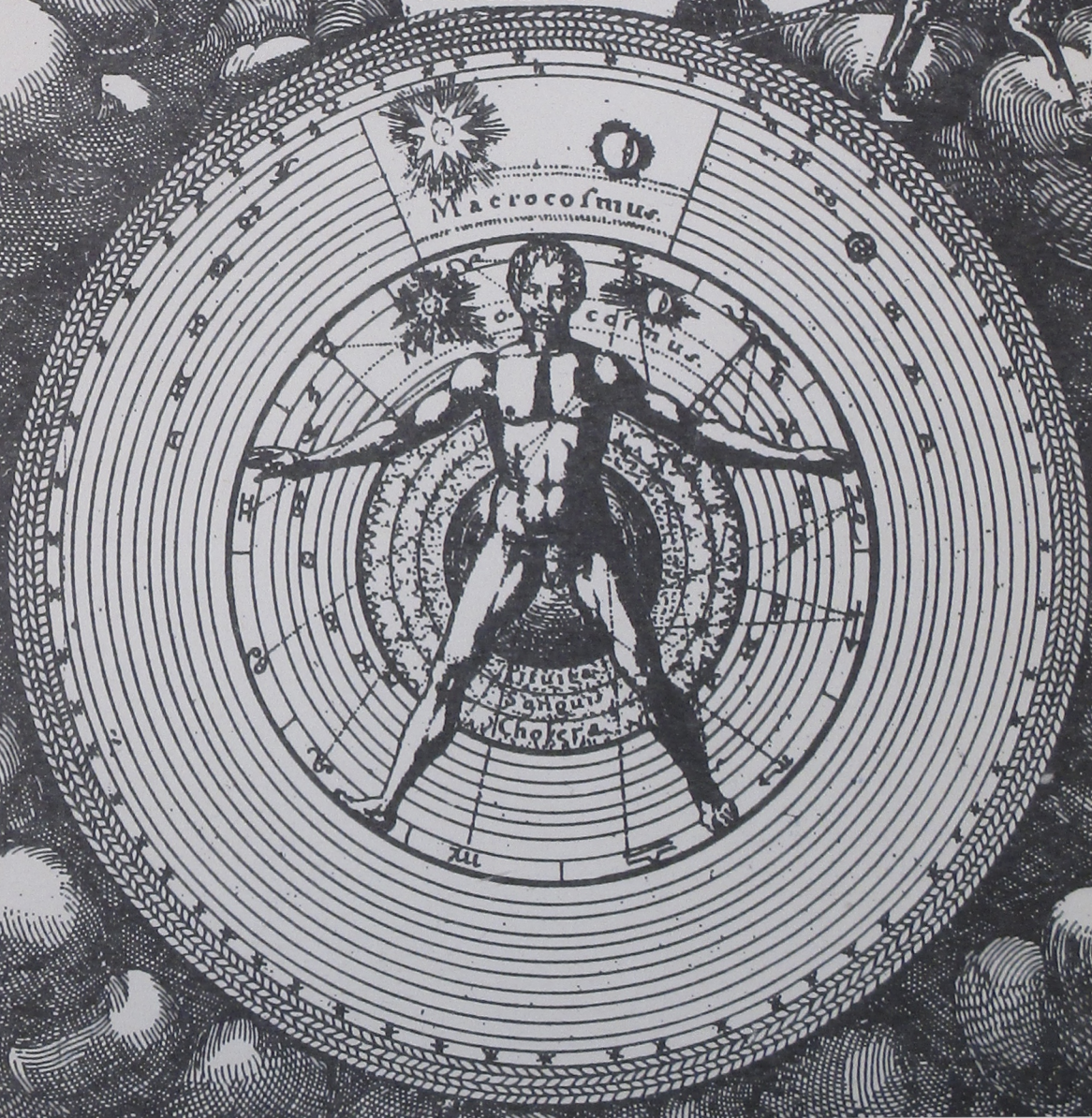
20 al 22 de Mayo de 1993

ORGANIZAN

FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTES - UNR
FACULTAD DE CIENCIA POLITICA Y RR II - UNR

CONVOCAN

ESCUELA DE HISTORIA - F.H. y A.
CENTRO HACER
CUADERNOS DEL SUR
ACTUEL MARX



Cuadernos del Sur

Número 15 ■ ABRIL de 1993

Tierra  fuego
del

CONSEJO EDITORIAL

Argentina: Eduardo Lucita/Roque Pedace/Alberto J. Plá/Carlos Suárez

*México: Alejandro Dabat/Adolfo Gilly/Alejandro Gálvez C.
José María Iglesias (Editor)*

Italia: Guillermo Almeyra

Brasil: Enrique Anda/Florestán Fernández

Francia: Hugo Moreno/Michael Löwy

Perú: Alberto Di Franco

Escocia: John Holloway

España: Daniel Pereyra

Uruguay: Washington Estellano

*El Comité Editorial está constituido por los miembros
del Consejo Editorial residentes en Argentina*

COLECTIVO DE GESTION

*María Rosa Lorenzo-Alberto Bonet-Roberto Tarditi-Alicia Salomone-Fernando H.
Azcurra-Gustavo Guevara-Eduardo Glavich-alejandro Fiorito-Leónidas Ceruti*

Publicado por Editorial Tierra del Fuego

Número 15

Argentina- Abril 1993

Toda correspondencia deberá dirigirse:

En Argentina

Casilla de Correos Nº 167, 6-B, C.P. 1406

Buenos Aires - Argentina

En México

EDITORIAL TIERRA DEL FUEGO

Nebraska 43-402

México, 03810-D.F.

INDICE

COMITE EDITORIAL:	El triunfo de Clinton y las relaciones argentino/norteamericanas	5
PIERRE SALAMA JACQUES VALIER:	Argentina, Brasil, México. Similitudes y diferencias del ajuste antiinflacionario	9
FERNANDO H. AZCURRA:	EE.UU. la decadencia del liderazgo industrial	19
CLAUDE GABRIEL:	Europa en crisis	31
GEORGE LABICA:	"Maastricht no es nuestra Europa"	55
GUSTAVO GUEVARA:	Mercosur: Una vez más Adam Smith y Karl Marx	71
WASHINGTON ESTELLANO:	Uruguay: El Frente Amplio en la encrucijada	87
HORACIO ZAMBONI:	Flexibilidad laboral: desandar la historia	99
GIUSEPPE PRESTIPINO:	Socialismos reales y capitalismos imperiales	109



Ricardo Roux 93

El triunfo de Clinton y las relaciones argentino/norteamericanas

El triunfo demócrata en los EE.UU sacudió el entorno gubernamental argentino. Durante semanas los periódicos locales siguieron los vaivenes de la contienda electoral norteamericana y tejieron hipótesis acerca de las posibles alteraciones que un triunfo de Clinton acarrearía para nuestras “relaciones carnales” con EE.UU. Pero ¿en qué consistían estas relaciones? ¿se modificarán efectivamente, desde la perspectiva de Washington, con el triunfo demócrata?

El resultado electoral aparece como una reacción social frente a los doce años de “exceso conservador y capitalista” de la *reaganomics*¹. A pesar de la no-obligatoriedad del voto y de una marcada tradición abstencionista, esta elección contó con la mayor concurrencia de votantes desde 1972. El candidato demócrata obtuvo un 43% de los votos que, sin embargo, representan el 24% del electorado y ubica a Clinton en el tercer puesto en el orden de los presidentes menos votados de la historia de EE.UU., detrás de Wilson y Lincoln. Teniendo en cuenta estas cifras difícilmente pueda hablarse de un mandato popular. Sin embargo, el triunfo se sustentó en la construcción con éxito de un bloque electoral orientado hacia el cambio (evitando, al mismo tiempo, recurrir a una defensa explícita de intereses sectoriales). Un bloque electoral que abarcó al 62% de los hispanos, el 50% de los jóvenes, el 51% de los jubilados y, además, un importante porcentaje de demócratas conservadores que en las últimas elecciones habían votado a los republicanos.

En un contexto de crisis económica y extrema pluralidad de intereses sociales en pugna, presionado por el giro que Perot imprimió a la contienda electoral antes de retirarse, Clinton construyó la alianza aprovechando las expectativas de cambio presentes en sectores muy diversos y centrando su discurso en cuestiones sociales y económicas internas a los EE.UU. Las propuestas programáticas concretas, sin embargo, tuvieron escasa presencia en su discurso. “Clinton acentuaría unos pocos principios fundamentales, prioridades que la gente y el Congreso de EE.UU pueden identificar sin reclamarlas más tarde como lo esencial de aquello para lo que había sido elegido”².

El nuevo Presidente asumirá, tras doce años de gestión republicana, en el contexto de una crisis económico-social cuya magnitud solamente podría compararse con la Gran Depresión del '29: caída generalizada de la productividad (aumento del 11% en los

últimos 20 años, contra un promedio del 71% dentro del 6,7); aumento de la capacidad ociosa del aparato industrial (alrededor del 25% en 1992) y obsolescencia en importantes ramas (automotriz, siderúrgica, textil, petroquímica); balances en rojo (los "tres grandes" de la automotriz: General Motors, Chrysler y Ford) y quiebras de empresas tradicionales (caso Pan Am en 1992, y otras 650.000 durante 1991); caída de los salarios (9% durante la década de 1980 y el 1% anual durante los años de Bush), concentración de las riquezas (el 1% de las familias pasó de apropiarse el 27% de las riquezas antes de Reagan al 37% de las mismas a fines de los '80) y reducción del salario social en salud, educación, jubilaciones; aumento de la desocupación (7,4% en 1992) y descalificación de la fuerza de trabajo (en particular, entre los inmigrantes, aunque existe un atraso general de la estructura educativa); especulación y aumento de la economía en negro (539.000 millones para 1992, el 10% del total del PBN) y aumento del déficit fiscal (330.000 millones en 1992).

La gestión Bush parece haber superado la recesión del período 1988-92: aumento del 3,8% en el PBN durante el cuarto trimestre de 1992, inflación de 2,8% para 1992 -la más baja desde 1986-, leve recuperación de la productividad del trabajo y de la actividad industrial. No obstante, la crisis económico-social que Clinton enfrenta trascienden los logros y los fracasos de la gestión republicana. Se trata, en primer lugar, de una crisis estructural de la economía que requiere una reconversión general y una reinserción de EE.UU. en el mercado mundial a fin de recuperar su liderazgo económico. En segundo lugar, podemos hablar de una crisis que sin duda la gestión republicana profundizó, pero que remonta su origen, por lo menos, hasta la denominada "crisis energética" de 1973. No sólo el "capitalismo salvaje" del conservadurismo está en crisis en los EE.UU., - como pretenden quienes aspiran a "civilizarlo" - sino el capitalismo norteamericano de posguerra en general.

En el marco del proceso de regionalización económica, los EE.UU. están obligados a fortalecer, de manera estratégicamente dirigida por el Estado, su deteriorada capacidad competitiva frente al Oriente y a la CEE (EE.UU. tuvo en 1992, por ejemplo, un déficit comercial de 42.000 millones con el Japón). Clinton propone, entonces, encarar un *affirmative government*, definido por Schlesinger como "una buena dosis de inversión gubernamental, de inversión pública, de apoyo público" ³. El *affirmative government* parece reunir, según Thurow y Reich (asesores del Presidente) tres grandes grupos de medidas: intervención estatal para renovar infraestructura productiva obsoleta, inversión pública para aumentar la productividad, e intervención estatal para capacitar fuerza de trabajo. Reich propone así invertir 220.000 millones, en cuatro años, en el área de infraestructura y subvenciones para desarrollar nuevas tecnologías. Los recursos para llevar adelante estas medidas serían obtenidos, por un lado, de una reforma tributaria y una reducción de la endémica evasión impositiva, y por otro, de una reducción del gasto militar que implica tanto consecuencias sociales -desempleo- debido, a la importancia económica del complejo militar -industrial, como también interrogantes acerca de la continuidad de la hegemonía militar norteamericana. Pero los EEUU necesitan, además de reestructurar su economía en crisis, ampliar su espacio económico. Estos problemas, íntimamente relacionados, suscitaron respuestas desde dos ópticas políticas diferentes: una "internacionalista" versus una "aislacionista", centrada ésta

principalmente en la reactivación del mercado interno. La regionalización económica sería enfrentada por Clinton mediante la profundización de los acuerdos con Canadá y México. Desde este punto de vista, el NAFTA habría sido un intento de Bush de conciliar aquellas dos tendencias. El giro *affirmative* de Clinton quizás conduzca, en la política económica externa, a un mayor proteccionismo. Cualquier suerte de política aislacionista radical, empero, resulta completamente inviable para la economía norteamericana en el actual contexto de interdependencia productiva y globalización tecnológica y financiera ⁴.

La diferencia entre la *reaganomics* y la política económica perfilada por Clinton no parece asimilarse, entonces, a una diferencia entre mercado e intervencionismo estatal -y mucho menos aún a una diferencia entre mercado y *welfare state*. Por un lado, esa asimilación conduciría a una falsa imagen de la política republicana. El déficit presupuestario, la quiebra de las Cajas de Ahorro y el "lunes negro" de Octubre de 1987 en Wall Street ya habían suscitado enérgicas intervenciones estatales republicanas. Por otro lado, esa asimilación daría por resultado también una falsa imagen de la orientación política del nuevo equipo. Clinton es producto de un movimiento neoliberal, marcadamente pragmatista, engendrado en el interior del partido demócrata, que adquirió hegemonía paulatinamente a partir del desastre electoral post-Carter de 1980 (Thurow, Reich, Peters) ⁵. La crisis del *welfare state* -la *Great Society* de Johnson- desde comienzos de la década de 1970 y su desmantelamiento durante la década de 1980 significa la clausura de todo un período del capitalismo estadounidense, un período abierto con la Gran Depresión del '29 por Roosevelt y el viejo liberalismo keynesiano. Ambos procesos parecen irreversibles y "luego de Reagan y Bush, los norteamericanos tienen la certeza de que no todos están invitados al banquete" ⁶.

La *reaganomics* significa el certificado de defunción para un período del capitalismo norteamericano, pero también para el bloque hegemónico que sustentaba dicho período -el *New Deal*. Clinton necesitará, entonces, construir un nuevo bloque hegemónico, en condiciones económico-sociales e ideológicas por demás adversas.

La nueva administración comienza a asumir esta bancarrota del *american dream*, que tuvo en la rebelión social y étnica de Los Angeles de mediados de 1992 unos de sus principales síntomas ⁷. Los valores ideológicos tradicionales de la sociedad estadounidense: el individualismo anglosajón del siglo pasado, la maximización de la ganancia y del consumo como testimonios del éxito individual, devinieron una especie de "yuppie's way of life" estrechamente ligada a la especulación de Wall Street. Si bien la instauración de estos valores como hegemónicos puede leerse como una victoria ideológica del período Reagan-Bush, chocan hoy con los valores ideológicos de otros modelos, más exitosos, de capitalismo. Por ejemplo, el modelo orgánico japonés, con grandes complejos privados productivo-financieros (*keiretsu*), intensa investigación tecnológica estatal y una profunda integración de la fuerza de trabajo, con fuerte sentimiento de pertenencia a la corporación a pesar de los bajos salarios; o el modelo contractual alemán de concertación entre capital y trabajo, intensa investigación estatal y altos salarios. Reich cifra precisamente en la falta de solidaridad interna el déficit de los EEUU respecto de Japón y Alemania. Aunque explicaciones como estas suelen ser meramente ideológicas, contienen -como toda ideología- un núcleo de verdad.

Las repercusiones del triunfo de Clinton en el gobierno argentino, que temerariamente

apostó hasta los últimos días de la contienda electoral al triunfo de Bush, resultan ahora más fácilmente explicables. La ciega adopción del modelo norteamericano por parte del menemismo (cifrada en unas ilusorias promesas de extensión del NAFTA “desde Alaska hasta Tierra del Fuego”) enfrenta, independientemente del triunfo demócrata, tres inconvenientes: a) constituye la adopción de un modelo puramente ideológico de adoración fetichista del mercado, que carecía ya con Reagan y Bush de referentes reales; b) desconoce los inmensos costos sociales que el modelo en cuestión acarreó para los EEUU; y c) desconoce, además, las inmensas diferencias entre las características económico-sociales de los EEUU y las características de las regiones periféricas de América Latina.

El gobierno argentino ha descartado de hecho otras políticas de inserción económica: recuérdense, en este sentido, su alineamiento con las posiciones de EEUU en materia de banderas marítimas, dentro del Mercosur. Sin embargo, esto no sólo acarrea consecuencias sociales significativas, sino que resulta una estrategia burguesa de difícil viabilidad; pues los requisitos económicos, sociales y aún geográficos de dicho alineamiento no pueden sostenerse “políticamente” mediante naves en el Golfo, presiones contra Cuba y otras formas de “relaciones carnales”.

Salvo en áreas restringidas (textiles y automotrices en México, por ejemplo) son los propios EEUU quienes demandan inversiones de manera creciente. Un gran flujo de capitales se dirigió desde 1982 hacia los EEUU, pasando de 28.100 millones en 1980 a 138.000 en 1987. “Una bomba de succión de capitales de todo el mundo”, con el cobro de intereses de la deuda y el mantenimiento de altas tasas de interés⁸.

Las actuales relaciones de la Argentina con los EEUU no parecen alterarse con el triunfo de Clinton. Por un lado, una verdadera integración económica resultaría dudosa debido a la profunda crisis económico-social norteamericana. Pero por otro lado, continuaría el alineamiento político debido a la necesidad norteamericana de mantener en vigencia su hegemonía militar-ideológica mundial. El desconcierto del entorno gubernamental se debe a que parten de una versión meramente ideológica del modelo norteamericano y no de las condiciones reales de integración.

La pregunta que queda planteada es ¿qué alternativa queda, para la burguesía argentina, de inserción de la Argentina en el mercado mundial? Más allá de las medidas de corto plazo adoptadas para mantener la estabilidad, parecería que no existen políticas viables de inserción a largo plazo. Las relaciones con los EEUU, en particular, no se alterarían con el triunfo demócrata y continuarían siendo, ni más ni menos, una mera subordinación económico-política.

MRL/AB Buenos Aires, abril 1993

Notas

1. Buster, G.: “*My name is Clinton, and I'm Funky!*”, en: “Inprecor”, Nro. 29, febrero de 1993, p.11 y ss.
2. Kramer, M.: *Playing out the end game*, en: “Time international”, Nro. 43, 26 de Octubre de 1992.
3. Clarín, 28-11-92, p. 12.
4. Clarín, 16-3-92, p. 12.
5. Boron, A.S./ Godinez, V.M.: *Entre Roosevelt y Reagan: contenido y límites de la alternativa neoliberal*, en: CIDE. “Cuadernos Semestrales”, Nro.14, segundo semestre de 1983, p.47 y ss.
6. Clarín, 14-2-93, p. 23.
7. Buster, G.: *El sueño americano se convirtió en pesadilla*, en: “Inprecor”, Nº 22, junio de 1992, p.3 y ss.
8. Herrera, L.: *Economía mundial: ¿gordura o hinchazón?*, en: “Correo internacional”, Nro. 39, marzo de 1989, p. 2 y ss

pierre salama y jacques valier **Argentina, Brasil, Mexico, similitudes y diferencias del ajuste antiinflacionario**

A su paso por Buenos Aires en el pasado mes de febrero, Pierre Salama nos dejó el artículo que aquí se publica que es una versión abreviada del postfacio al libro escrito conjuntamente con Jacques Valier La Economía Gangrenada, que acaba de editar siglo XXI.

1990: Argentina y Brasil: Alza de precios de más de 1300% y decrecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) de más de 4%. México: alza de precios de 30% y crecimiento del PIB de cerca de 4%. Argentina: reducción sustancial de la inflación a partir de abril. México: continuación de la desinflación. Brasil: importantes alzas de precios.

Estos ejemplos ilustran bastante bien la contrastada situación que han vivido los países latinoamericanos en estos últimos años. La mayor parte de ellos se estanca en una crisis caracterizada por la mezcla poco feliz de hiperinflación e hiperrecesión. Otros, menos numerosos, luego de una década de desgarramiento de su tejido económico y social, parecen volver a anudar con un crecimiento no inflacionista. Aquí presentaremos los escarpados caminos seguidos por

México, que lo han llevado a una desaceleración del alza de los precios a partir de una situación de alta inflación¹ y a un regreso seguro al crecimiento. Esta inversión de la situación no va acompañada de una mayor equidad y parece amenazada por el desarrollo de un muy importante déficit de la balanza comercial. Presentaremos, también, brevemente y de manera mucho más prudente, habida cuenta de la rareza de las informaciones pertinentes, los escarpados caminos de la desaceleración del alza de precios seguidos por Argentina con el plan Cavallo, llamado de dolarización "activa" de la actividad económica².

El cese problemático de la hiperinflación abierta

1. Las políticas de ajuste orto-

doxas llamadas de primera generación, de inspiración liberal, tuvieron efectos perversos cuyo costo social fue extremadamente elevado. Lejos de reencontrar los grandes equilibrios buscados, las mismas acentuaron los desequilibrios, al tiempo que, sin embargo, permitieron que pudieran efectuarse fuertes transferencias de capitales, en concepto de servicio de la deuda externa. La alta inflación, y en algunos países la hiperinflación rampante, bien degeneraron en hiperinflaciones abiertas, las que sucedieron hiperinflaciones rampantes a niveles superiores, bien conocieron una aceleración, sin que, no obstante, se pueda hablar de hiperinflación abierta. la espiral hiperinflación rampante-hiperinflación abierta -verdadero círculo vicioso- y el contexto de desindustrialización para algunos, de industrialización disminuida y más irregular para otros, dificultaban el éxito de las políticas de ajuste llamadas heterodoxas (Plan Austral y Plan Cruzado), de inspiración, keynesiano-estructuralista, en la medida en que la cuestión fiscal y los tratos de la deuda externa no estaban resueltos. Desde ese momento, la ineficacia de los políticas actuaba como causa del agravamiento de la crisis y de la pérdida de credibilidad de las políticas económicas.

En algunos casos, *las políticas de ajuste llamadas de segunda generación* encontraron cierto éxito. También de inspiración liberal (retirada del Estado, apertura de fronteras), con

un costo social elevado, pudieron detener la hiperinflación en algunos países, sin que el regreso al crecimiento durable esté garantizado ³.

En resumidas cuentas, el análisis de las hiperinflaciones latinoamericanas, así como de las de Europa, *muestra el papel clave de la tasa de cambio. Si la misma se estabiliza y se vuelve creíble, las anticipaciones auto-realizantes sobre el alza de precios cesan.*

Las vías y los medios de esta estabilización son complejos: la garantía exterior -que conduce, entre otras cosas, a una reducción sustancial del servicio de la deuda y, así, a un posible regreso a un déficit comercial sin riesgo-, pero también un pacto social hacen posible una estabilización de la relación de fuerzas y, finalmente, un nuevo papel atribuido al Estado.

En un contexto de desindustrialización para unos y de sistemas productivos profundamente debilitados para otros, en razón de una acumulación durante mucho tiempo insuficiente, *el regreso a un crecimiento sostenido con una débil inflación, aparece como muy difícil y problemático* ⁴, pero no imposible. Más allá de una simple recuperación técnica de corta duración, el crecimiento puede ser alimentado por el enriquecimiento de ciertas capas de la población adquirido durante la "década perdida". Estaríamos entonces, en presencia de un crecimiento todavía más excluyente que el que caracterizó al período previo a la crisis. El crecimiento puede estar, igual y conjuntamente, sosteni-

do por el desarrollo de ciertas empresas que no incorporan tecnologías sofisticadas, orientadas hacia la satisfacción de los mercados externos, si estas últimas alcanzan a acaparar estos mercados detentados antes por otras empresas, residentes en otros países.

2. La tasa de cambio es la variable clave. Pero la política de tasa de cambio no puede, ella sola, conducir a una reducción de la tasa de inflación. Se sabe que, en general, la sobrevaluación del cambio, si la misma constituye un freno al desarrollo de las exportaciones, tiene efectos desinflacionistas ⁵. Esta política ha sido llevada a cabo estos últimos años por la mayor parte de los gobiernos ⁶. Fue seguida por la política de maxidevaluación de comienzos de los años ochentas, de la que hemos visto los efectos perversos sobre la deuda interna. Sin embargo, esta política no suscitó efectos desinflacionistas en Argentina (al menos hasta abril de 1991) y en Brasil; por el contrario, en ese entonces se vio acompañada de una desinflación importante en México y en Argentina más recientemente. Evidentemente, esta contradictoria situación muestra los límites de una política de cambio cuando ésta no es acompañada de otras medidas y/o cuando no está garantizada, económica y/o políticamente, por las grandes potencias.

En el caso de Brasil, por ejemplo, el control de cambios se traduce en una tasa de cambio paralelo que se aleja, algunas veces considerable-

mente, de la tasa de cambio oficial. La tasa de cambio paralelo sirve de indexador de hecho y el diferencial creciente con la tasa de cambio oficial restituye las anticipaciones al alza de los precios más auto-realizantes. Este doble movimiento de alza y de precipitación al alza no queda sin efecto sobre la tasa de cambio oficial. La tasa de cambio nominal oficial *sigue entonces* a la tasa de cambio nominal paralela, pero aunque el movimiento de este último pesa sobre la tasa de cambio oficial, ésta puede apreciarse en el contexto inflacionista que provoca paralelamente.

El mantenimiento, difícil, de una sobrevaluación de la tasa de cambio real, por una parte pesa sobre la competitividad de las exportaciones, y por otra va acompañada de una aceleración del alza de los precios en algunos países. La política de sobrevaluación produce en ese caso, pues, efectos perversos.

Por el contrario, una política de sobrevaluación de la moneda, acompañada de una liberalización de los cambios, puede producir efectos desinflacionistas, como los casos de México y Argentina lo han mostrado, con la condición, sin embargo, de que se tomen otras medidas de acompañamiento.

Más precisamente, la credibilidad de la nueva política de cambio en México va a producir efectos desinflacionistas. Acompañada de un pacto de solidaridad económica que prevé cláusulas de evolución más bajas de los precios adminis-

trados de los servicios públicos que la del nivel general de los precios, medidas frente a los bajos salarios fuertemente deprimidos desde finales de los años setentas y más particularmente desde las políticas de estabilización, y medidas de liberalización del comercio exterior, la apreciación de la tasa de cambio real va a suscitar una reducción de la tasa de interés nominal, vía una reducción de la tasa de inflación. Así como lo hemos visto, esta reducción va a suscitar una baja del déficit presupuestaria y a poner en marcha una secuencia inversa a aquella que proponen los monetaristas: la baja de los precios previa la del déficit. La apertura de las fronteras, sin medidas de acompañamiento de parte del Estado, va a conducir a una reducción del excedente comercial y muy rápidamente (1991) a un déficit comercial muy importante (7 mil millones de dólares tomando en cuenta a las maquiladoras).

Deben hacerse dos observaciones. La primera concierne a las transformaciones del aparato industrial, que siguen a esta apertura. Las exportaciones en su conjunto han crecido relativamente poco (un un poco más de 2%, es decir, menos que el PIB en 1991), y las importaciones han explotado (más de 23%).

J.C. Casar⁷ divide el aparato industrial en cuatro subconjuntos. La productividad participa del mejoramiento de la competitividad en el primer subconjunto. Los otros tres siguen profundamente marcados

por el nivel poco elevado de los salarios. El segundo subconjunto es competitivo gracias a los bajos salarios. Los dos últimos subconjuntos ya no son competitivos en razón de la política de apreciación del cambio llevada y de la reducción de los derechos aduanales. En resumidas cuentas, el crecimiento de las exportaciones prevalece sobre el de las importaciones en los dos primeros subgrupos, y sobre todo en el primero, al tiempo que los dos últimos conocen un desfondamiento de sus exportaciones y un inflamiento sin precedente de sus importaciones. Los tres últimos subconjuntos son deficitarios. Se puede, pues, considerar que la apertura se acompaña de una transformación de una parte del aparato industrial - sobre todo de aquella para la cual la competitividad descansa en la productividad-, amenazando a aquella cuya competitividad está fundada en los bajos salarios, y finalmente provoca un proceso de erradicación de las empresas que, a pesar de los bajos salarios, no son, además, competitivas. Estas industrias, que se beneficiaban de una ventaja derivada del solo hecho de que contaban con una situación protegida o bien colocada, al abrigo de las barreras aduanales, son así eliminadas por la apertura y la política de cambio llevada, porque no hay políticas industriales que contemplen adaptarlas a las nuevas condiciones. Esta transformación erradicación se hace, en cierto sentido, "sin miramientos" y México está en camino

de descubrir la vía "prusiana de la reforma industrial" sin que, sin embargo, la eficacia de esta vía esté garantizada.

Esta transformación del aparato industrial iniciada antes incluso de las medidas de liberación es, sin embargo, segura, aunque frágil. El aumento de la tasa de formación bruta de capital fijo, incluso si no alcanza el nivel de los años setentas, está encaminado, sin embargo, a acentuarla.

La segunda observación concierne a los movimientos de capitales. La política monetaria seguida ha provocado importantes entradas de capitales llamados especulativos. Esta política monetaria ha consistido en crear un diferencial en las tasas de interés entre las practicadas en Estados Unidos (por lo demás bastante bajas) y la tasa mexicana, más elevada, de tal manera que se vuelve atractiva, tomando en cuenta las anticipaciones sobre el mantenimiento de la política de cambio, para repatriar los capitales. El movimiento ha sido masivo y, gracias a la entrada de capitales por concepto de inversiones extranjeras directas (correspondientes, aproximadamente, a una cuarta parte de los movimientos de capitales totales), a una reducción del servicio de la deuda consecutiva a la baja de las tasas de interés internacionales y a los pasados acuerdos de reducción y, finalmente, a las nuevas posibilidades de pedir prestado a los mercados internacionales, el servicio de la deuda ha podido ser sacado

adelante a pesar del remolino provocado por el exceso de las importaciones sobre las exportaciones.

Dos aspectos son considerados como motivo de estas entradas de capitales. El primero concierne a las inversiones directas. La recuperación del crecimiento, el regreso a un alza modesta de los precios y las perspectivas ofrecidas por la próxima firma del tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá incitan a un desarrollo de las inversiones extranjeras. Estas comprenden inversiones que, portadoras de nuevas tecnologías acopladas a procesos de trabajo más sofisticados que en el pasado, participan en la transformación del aparato industrial y financiero del país. El segundo aspecto concierne al carácter volátil de los capitales especulativos. La entrada de estos capitales está en función de las anticipaciones hechas sobre la tasa de interés y la tasa de cambio. Las tasas de interés americanas pueden aumentar, haciendo más difícil el mantenimiento de un diferencial de la tasa de interés positivo a favor de México, al menos que las tasas de interés mexicanas se mantengan, comprometiendo un poco el financiamiento de las inversiones y, de este hecho, la decisión de invertir.

Más importante, el desarrollo del déficit comercial puede hacer más difícilmente creíble la continuación de la política de apreciación de la moneda. Toda especulación sobre la tasa de cambio compromete, en efecto, la entrada de este tipo de capitales e inicia un círculo

que de virtuoso se convertiría en vicioso.

Hay, en consecuencia, una carrera de velocidad entre la consolidación del aparato industrial y los efectos negativos del creciente déficit comercial sobre la tasa de cambio, y, así, a cierto plazo, sobre la inflación y el déficit presupuestarios.

La recuperación del crecimiento, la baja de la tasa de inflación, la reducción de las desigualdades y la disminución de la exclusión social constituyen cuatro objetivos cuya complementariedad puede ser buscada. La opción tomada contempla resolver los dos primeros esperando que los otros sigan apareciendo, en consecuencia, como eminentemente peligrosos y frágiles, porque dicha opción hace depender el conjunto de la posibilidad de mantener una pareja cambio-interés adecuada. Se trata de una apuesta de un costo social extremadamente elevado, tomando en cuenta el estado de deterioro de los ingresos de gran parte de la población.

La opción inversa, consiste en apostar a la reducción de las desigualdades y de la exclusión social, se hubiera podido tomar en la medida en que es verdad que la inflación no viene de un exceso de los salarios, que la apertura exterior no es antinómica a un desarrollo del mercado interno y que, finalmente, una política que se refiera más a la competitividad que en el pasado no es exclusiva de una intervención del Estado consecuente, así como lo muestran los países de Asia del Sudeste o Japón ⁸.

El caso argentino es interesante. El camino adoptado para salir de la hiperinflación y de la caótica situación es original. Fijando la tasa de cambio nominal, liberalizando el control de cambios, Argentina asegura a sus habitantes la convertibilidad de su moneda y su ósmosis al dólar. Convertibilidad y ósmosis se traducen, consecuentemente, en una *dolarización activa* de la economía. Cierta, esta dolarización provocada y ya no sufrida, acompañada de una liberalización del comercio exterior, de una retirada del Estado del sector productivo (privatización), tiene puntos en común con la vía mexicana. Apreciación de la moneda (es decir, inflación en dólares) y tendencia al déficit comercial parece ser el precio pagado tanto en Argentina como en México. Pero la situación de argentina difiere de la de México. De entrada, porque argentina ha conocido una verdadera hiperinflación y porque la misma no ha quedado sin efectos sobre la creciente obsolescencia del aparato industrial del país, como así se ha podido mostrar, y luego porque Estados Unidos no tiene una larga frontera con este país. A diferencia de otros países, con excepción, probablemente, de Perú, la dolarización había sido muy importante y una reserva considerable de dólares es detentada por habitantes argentinos, se trate de empresas o de individuos ⁹. La política de apreciación de la moneda nacional, mediante la fijación de la tasa de cambio nominal, acompañada de

importantes medidas de liberalización y probablemente de un repliegue del movimiento sindical, acentuado por su división, han podido conducir a una reducción sustancial de la tasa de inflación y a una ligera recuperación de la tasa de crecimiento del PIB, a partir de un nivel muy deprimido.

La tasa de inflación bajó muy fuerte y muy rápidamente, alcanzando menos de 1% mensual, elevándose sin embargo de nuevo, ocho meses después de la puesta en marcha del plan, a 3% mensual. En vísperas de la puesta en marcha del Plan, la capacidad productiva ociosa alcanzaba más del 60% de la capacidad instalada en la industria, y la inversión estaba extremadamente deprimida. A partir de abril-mayo, la capacidad productiva ociosa disminuyó, pasando a 30%, la inversión siguió retrocediendo, pero más débilmente, aumentó fuertemente durante dos o tres meses y retrocedió de nuevo, de tal suerte que el crecimiento del PBI fue nuevamente positivo en 1991. Agreguemos a esto que la tasa de salario horario real se mantiene, lo que contrasta con el período anterior, y la tasa de desempleo parece disminuir ligeramente a finales de 1991.

Los datos estadísticos son muy pobres y no siempre muy fiables, y las estadísticas prefieren privilegiar la difusión de los elementos sobre las masas monetarias más que sobre la producción, la productividad, los salarios, etc. Pero del conjunto de las estadísticas disponibles, una re-

salta y adquiere una significación precisa: la evolución del saldo de la balanza comercial. El excedente comercial disminuye muy fuertemente, deviene negativo en octubre de 1991, y nulo en noviembre. La continuación de la política de cambio llevada adelante por el gobierno se vuelve entonces más difícil al menos que los capitales especulativos sean captados por la Bolsa de Buenos Aires y colmen así la brecha provocada por la evolución del comercio exterior. El "colchón" de dólares detentado por el público, resultado de la dolarización pasiva, y las reservas gubernamentales son, en efecto, insuficientes para contrarrestar durablemente las tensiones sobre el mercado de cambios. La apuesta al "hot money" se reveló, en consecuencia, eminentemente arriesgada.

Todavía es demasiado pronto para saber si la vía argentina de dolarización de la economía puede tener éxito. La misma echa luz sobre el papel del tipo de cambio y su credibilidad en el interior de las políticas antiinflacionistas. Sin embargo, la salida durable de la inflación sólo podrá estar asegurada si la acumulación se recupera, lo que lejos se encuentra de estar garantizado.

Salir de la alta inflación o de a hiperinflación rampante es casi tan difícil como buscarle la cuadratura al círculo. Pero, contrariamente a lo que pasa en matemáticas, la cuadratura puede ser realizada en economía, siguiendo caminos ca-

muflados, muy estrechos, escarpados. Desde el momento en que la tasa de cambio alcanza a ser estabilizada de manera durable -lo que es, por lo menos problemático-, la disminución del alza de precios engrana un proceso acumulativo. La reducción de la tasa de inflación reduce, en efecto, las tasas de interés nominales, y al menos que haya un alza considerable de las tasas de interés reales, el servicio de la deuda interna es considerablemente reducido, así como se ha podido igualmente observar en México, mientras que los ingresos fiscales aumentan gracias al efecto Olivera-Tanzi invertido. Si no hay un aumento sensible del gasto público, el déficit presupuestario disminuye y el llamado al ahorro privado igualmente, dejando así más posibilidades de funcionamiento al mercado de capitales. El préstamo es, entonces, más fácil para las empresas, si, con todo, las mismas deciden aumentar sus inversiones.

Pero encontrarle la cuadratura al círculo de manera durable -durante el tiempo que el cultivo inflacionista se vea profundamente afectado- implica que algunas condiciones sean respetadas. En México, las perspectivas del tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá constituyen un hecho nuevo. Las inversiones extranjeras afluyen. La continuación del "convenio" salarial y este nuevo contexto juegan contra la fuga de capitales, no obstante el hecho de que el déficit comercial se hunde. En Argentina,

luego del fracaso, de julio de 1989 a marzo de 1991, de siete planes de estabilización, la dolarización, es decir concretamente el mantenimiento del tipo de cambio nominal a un nivel estable, en el marco de una política de liberalización y del rompimiento del compromiso del Estado con el sector productivo e infraestructural, ha provocado una primera fractura de las anticipaciones inflacionistas, a partir de abril de 1991.

Pero la salida no es únicamente monetaria y/o financiera. El cese durable de los procesos hiperinflacionistas reside en el comportamiento de las inversiones productivas, y en la elección del régimen de acumulación. La no responsabilización directa de las desigualdades y la exclusión, trasladada a la supuesta capacidad del crecimiento para resolver parcialmente este problema, constituye una apuesta extremadamente arriesgada y una salida socialmente costosa de la crisis. Existen otros caminos. La crisis no indica el único camino de salida, más que en el espíritu cada vez más dogmático de los economistas llamados liberales. Volver a anudar *durablemente* con el crecimiento plantea, hoy más que ayer, el problema de la equidad, es decir, de un papel nuevo correspondiente por derecho al Estado tanto en sus funciones redistributivas (tributación más justa) como en sus funciones productivas (el paso de una intervención directa masiva a una intervención indirecta más sustan-

cial y pertinente), diferente de lo que ha sido en Bolivia, en México y en Argentina. Es bajo esta condición que el círculo vicioso de la hiperinflación-hiperrecesión podrá ceder durablemente el lugar al círculo virtuoso de la baja inflación y el crecimiento durable y más equitativo.

Saint Jean de Luz, Junio 1991

Notas

1. El calificativo de hiperinflación, así sea rampante, parece abusivo en el caso de México. A partir de una inflación que puede ser calificada de alta, se desencadenó una dinámica hiperinflacionista bastante breve. Como lo mostraremos, las discusiones en torno a los calificativos de alta inflación y de hiperinflación rampante no son semánticas.

2. "Activa" porque es decretada. Esta dolarización se opone a la dolarización "pasiva", es decir, sufrida.

3. Nadie duda, sin embargo, que la caída de la inflación puede constituir una fuente de legitimación para los gobiernos que la han puesto en marcha, cuando incluso los procesos perversos de las precedentes políticas liberales. Los ejemplos de México y, sobre todo, de Argentina, son convincentes al respecto.

Agreguemos finalmente que las políticas llamadas de segunda generación pueden encontrar cierta legitimidad puliendo sus propios fracasos. Estos son, en efecto, abonados a la cuenta de un Estado todavía demasiado intervencionista -y porque es demasiado intervencionista es ineficaz y despilfarrador-, y no a las medidas liberales que pudieron ser aplicadas. Este argumento constituye, por otra parte, el credo del Banco Mundial y de lo que se ha dado en lla-

mar el "Washington consensus". La responsabilidad de la década perdida incumbiría a la intervención demasiado importante del Estado, y las políticas de ajuste ortodoxas habrían frenado la decadencia provocada por estos excesos intervencionistas.

4. Recordemos que la sensible reducción de las inversiones, a lo largo de los años ochentas, se realizó en el momento en que se asistía a una verdadera mutación tecnológica en los países industrializados y se tradujo en una relativa pérdida de competitividad. Esta fue algunas veces artificialmente mantenida mediante una política de subvaluación del tipo de cambio, más a menudo mediante los bajos salarios y, sobre todo, mediante fuertes subvenciones a las exportaciones. Sin embargo, la insuficiencia de las inversiones, de los gastos en investigación y desarrollo, la degradación de las infraestructuras, pesa estructuralmente de manera negativa sobre la competitividad y hace más difícil una salida de la crisis mediante una mayor apertura de la economía al exterior.

5. A través del rodeo seguro de las importaciones vueltas más baratas. Por este efecto es relativamente poco importante porque estas economías son relativamente cerradas. Son, sin embargo, muy sensibles al exterior y, en este sentido, se puede decir que son "abiertas", a causa precisamente de los efectos de las variaciones del tipo de cambio sobre los precios ampliamente indexados a él.

6. A la inversa, es una política de maxidevaluación la que, en Bolivia, rompió la hiperinflación abierta. Es verdad que la misma fue acompañada de un aumento muy sustancial de los precios de toda una serie de productos, antiguamente administrados, y de

grandes facilidades al nivel del tratamiento de la deuda externa que garantizan el nuevo tipo de cambio.

7. J.C. Casar, "la competitividad de la industria manufacturera mexicana 1989-1990", mimeo., ILET, 1991.

8. El debate ya no es entre desarrollo orientado hacia el interior y desarrollo orientado hacia el exterior. El desarrollo descansa a la vez en una ampliación del mercado interno gracias a una reducción de las desigualdades decidida y puesta en marcha a través de una política fiscal y una política social consecuentes, por una parte, y a través de una competitividad mejorada, por otra. En el marco de las mutaciones tecnológicas y financieras que en esos últimos años conoce el mundo llamado desarrollado, calificadas a menudo con el término "globalización", este mejoramiento de la competitividad es el producto complejo de fuerzas del mercado y de intervenciones del Estado. la liberalización concebida como una retirada del Estado de la economía y, así, la falta

de política industrial, tal como parece practicarse hoy día en México o en Argentina, se opone a la política de integración activa dentro de la división internacional del trabajo tal como es practicada por los Nuevos Países industrializados (NPI), por ejemplo. El desarrollo puede ser sacado del interior y del exterior con la condición de que haya una intervención del Estado consecuente, a la altura de las apuestas. Optar exclusivamente por el mercado externo, sin intervención consecuente del Estado. también lo es.

9. En parte porque el gobierno argentino había frenado la retroventa de divisas derivadas de la exportación - con el fin de evitar que la masa monetaria aumentara demasiado fuertemente... - de tal suerte que reembolsara menos de los que hubiera debido a los acreedores extranjeros. Los exportadores conservan así una parte en divisas del producto de sus exportaciones.

10. La reducción del déficit sigue a la desinflación y no a la inversa.



fernando hugo azcurra

EE.UU: LA DECADENCIA DEL LIDERAZGO INDUSTRIAL

Cuando se intenta considerar la situación de conjunto de la sociedad norteamericana en la actualidad desde una perspectiva socio-política, es casi obligado comprobar una profunda fractura en las alianzas de clase y políticas establecidas decenios antes y en particular de aquellas que arrancaron con un gran pragmatismo y una visión integradora de la administración Rooseveltiana de los años 30.

Tal bloque social y políticas globales se extendieron, aun con diferencias de estilo y medidas económicas, a lo largo de más 35 años, pasando claro está la etapa de la segunda guerra y el esfuerzo sucedáneo para la reconstrucción del capitalismo occidental.

Así y con variantes el modelo del New-Deal se propagó bajo las sucesivas administraciones abarcando los sectores medios, la clase obrera y las burguesías comercial e industrial, en la búsqueda de plasmar en corto tiempo el "sueño americano" de poder y bienestar ilimitados.

La década del 70, no obstante, se abrió con hechos económicos y políticos impensables poco tiempo antes: devaluación del dólar en 1971, derrota militar en Viet-Nam, crisis petrolera y manipulación de los exportadores de petróleo que provocaron un alza descomunal en el precio del mismo, etc.

El *welfare-state*, la alianza social que implicaba y las políticas integradoras practicadas por ambos partidos, pero sobre todo por el demócrata, comenzaron a hacer agua, hasta desembocar diez años más tarde en una fuerte crisis económico social y una conflictividad entre partidos políticos y teóricos, que las administraciones republicanas no han hecho más que ir acentuando la polarización y disgregación social hasta llegar a hoy en que el nuevo presidente Clinton y su elenco neoliberal apuntan a retomar aquella antigua política que sin embargo no pareciera tener una sólida base real como para augurar nuevos y mejores tiempos.

Orígenes e inicios de la decadencia

Hacia fines de la década de los '60 los EE.UU. comenzaron a experimentar una serie de fenómenos económicos que afectarían su tasa de crecimiento en el largo plazo y que lejos estaban de considerar como amenazantes de su poderío industrial y de su dominio político en el occidente capitalista.

La ampliación, en esos años, de los gastos gubernamentales en programas sociales y la aún mayor expansión de los gastos militares por la agresión a Viet-Nam, junto con el aumento espectacular, ya en los comienzos de los 70, de los precios del petróleo, provocaron un fuerte shock inflacionario. Duraría no menos de diez años el intento de controlarlo sin tener finalmente éxito total. Pero además aparecerían algunos problemas un tanto inesperados: aquellos derivados de la competencia en el mercado mundial con la C.E.E. y Japón.

La tradicional sabiduría académica sobre que la política económica de origen keynesiano no era otra cosa que dar con la sensata transacción entre desempleo e inflación comenzaba a revelarse como impotente ya que ambas variables manifestaban una tendencia a incrementarse simultáneamente.

Y mirado un tanto en profundidad por esa época existían ya indicios de orden estructural en la economía norteamericana que daban señales de estancamiento en el mediano plazo del cual no podrían salir rápidamente ni, mucho menos, fácilmente.

Las extraordinarias ventajas competitivas que los EE.UU. habían logrado luego de la segunda posguerra traducidas básicamente en una enorme capacidad de acumulación y reproducción del capital tanto en lo interno como en lo externo daban la sensación de un desarrollo sólido e ininterrumpido, además de inalcanzable por otros competidores.

La economía de los EE.UU. eran el mayor mercado mundial considerado tanto productivamente como de consumo; habían perfeccionado sus sistemas de organización del trabajo en la producción masiva de productos variados y de alta calidad; en el ámbito de la tecnología las empresas norteamericanas no tenían ningún tipo de competencia que significara algún riesgo así fuera mínimo; y todo el proceso productivo y de servicios contaba con una mano de obra altamente educada y calificada; competente y moderna para los manejos de los negocios, lo que posibilitaba que su economía fuera de una gran capacidad de ahorro y de una más elevada capacidad de inversión, determinando así altos niveles de ocupación y del nivel de vida de su población mayoritaria.

Como a veces se suele leer en la literatura económica, el mismo éxito de su desarrollo fue lo que paulatinamente minó las posibilidades hacia fines de los 60 comienzos de los 70.

La gran magnitud de las inversiones en equipo fijo y la necesidad de largos plazos de retorno del capital fueron los que impasiblemente conformaron una situación de inercia tecnológica y de retraso en las innovaciones, precisamente cuando estas innovaciones son las que acortan significativamente los plazos de retorno y permiten un aumento de la productividad. Saturados por las formas monopolistas de dominio, los mercados de productos fueron haciendo lentamente que las empresas y corporaciones perdieran su dinamismo e insistieran mucho más en la manipulación de los precios que en el aumento de la productividad y la mejora de los procedimientos productivos. Si a esto se le añade una política macroeconómica de gastos militares crecientes y un gran desarrollo del capital ficticio que es improductivo por definición, es sencillo ver como todo confluyó en un poderoso ralentizador de la potencia económica de los EE.UU. ante el avance cada vez más agresivo de sus más acérrimos competidores: la C.E.E. y el Japón.

Fue esta situación estructural, definida en grandes trazos, la que encontrará Reagan a inicios de los '80 cuando accede a la presidencia y sobre la cual operaría con lo que se conoce como un renacimiento de las políticas económicas neoliberales¹ por oposición a las formas keynesianas que se habían implementado en la década anterior.

La administración reaganiana

Cuando Reagan asume la presidencia de los EE.UU. a inicios de los '80, la economía norteamericana padecía tasas de inflación notablemente altas, como también altas tasas de desempleo y un gran deterioro en el proceso de inversión. El cuadro de fondo en relación con sus competidores mundiales; un voluminoso incremento de las importaciones industriales y de tecnología moderna que eran apetecidas por los consumidores e inversores estadounidenses; enormes déficits, por tanto, en la balanza comercial, que sumado al desplazamiento de capitales hacia el exterior bajo la forma de empréstitos superiores a la entrada de los mismos hacia el mercado interno fueron determinando persistentes y crecientes balanzas de pagos deficitarias; el surgimiento abrupto de enteras regiones industriales en decadencia, cuando no en el abandono total, que redundó en un ostensible aumento del desempleo estructural y un descenso global del nivel de vida de la clase obrera norteamericana sumó un cuadro preocupante que demandó la atención mundial.

Reagan se dispuso a enfrentar el problema de la economía y la sociedad norteamericana de una manera contundente y sin cortapisas contra aquellos que según él se oponían a un relanzamiento del liderazgo estadounidense en el mundo y de las fronteras para adentro. Diseñó, pues, una política

económica que apuntó (y lo hizo) a bajar impuestos a las grandes corporaciones con el declarado propósito de obtener un estímulo de la acumulación de capital; simultáneamente atacó a la clase obrera mediante el debilitamiento, o incluso la eliminación directa, de reglamentaciones sindicales y de modo indirecto por medio de una brusca reducción de los gastos gubernamentales en asistencia social y educación, todo atado a una política de deliberado aumento en los gastos de defensa hasta el punto de plantear la famosa "guerra de las galaxias".

La administración de Reagan acompañó esto con una difusión y defensa ideológico de la desregulación de los mercados, la libre iniciativa y actividad sin restricciones del capital privado, que eran las supuestas marcas indelebles de un neoliberalismo económico apoyado en la más plena libertad de mercado que estarían en condiciones de realizar una óptima asignación de los recursos llevando a una mayor eficiencia económica y a una suba de la productividad del trabajo en relación con sus rivales, y dejaría atrás las tradicionales políticas keynesianas de fomento del consumo e intervención del Estado en la economía.

La política monetaria que se practicó de carácter restrictivo y las altas tasas de interés empujaron la economía norteamericana hacia una grave recesión y consiguientemente a una vuelta de tuerca de los enormes déficits que lejos de disminuir crecieron casi descontroladamente. Afectada la demanda de consumo; bloqueada la inversión; disminuía la capacidad de ahorro que es la que permite que en tiempos normales sea aprovechada por la inversión en equipo fijo, maquinaria y construcciones inmobiliarias; estimulado el auge de la especulación bursátil y financiera; el crecimiento de la economía en el mediano plazo se vio en definitiva seriamente resentido y finalmente se fue traduciendo en un menor nivel de vida de la clase media y en menores oportunidades para el capital reproductivo. Eran los resultados tangibles de la economía *supply-sider*, es decir del lado de la oferta que tanto habían pregonado los economistas conservadores al estilo de Arthur Laffer.

El resultado final a lo largo de los dos períodos del gobierno de Reagan y su continuidad con Bush, no fue otra cosa que un agravamiento de todas las tendencias negativas que venían de las décadas anteriores y visto de cerca no hubo nada en las administraciones republicanas últimas de antikeynesiano en pro de un pretendido neoliberalismo antikeynes.

Más aun, con la perspicacia que les es habitual, John Kenneth Galbraith pudo afirmar rotundamente que "Keynes nunca estuvo eclipsado" ¹. La década del '80 fue un período extremadamente keynesiano de la economía norteamericana, en el que el gran déficit público se utilizó para financiar el desarrollo armamentista. Es un ejemplo clásico de la utilización keynesiana del financiamiento del déficit para sostener la economía. La idea de que

Keynes fue abandonado en los 80 es un típico error de quienes confunden la retórica de la libre empresa con la realidad de un masivo gasto deficitario. De lo que ahora se habla es de usar el apoyo gubernamental no para las armas sino para los bienes civiles. Pero esto no altera la situación fundamental" ("Global Viewpoint" Nueva York, 28-11-92).

De modo que en rigor habría que hablar más bien de una modalidad específica de intervención keynesiana del Estado en relación con la política fiscal y social, que se tradujo en una mayúscula transferencia de recursos por medio de la primera hacia las franjas más ricas de la población norteamericana y en un deterioro de sus ingresos y de su calidad de vida para el resto. Hubo, pues, un divorcio entre la retórica y la realidad, es decir, entre la actitud ideológica y los hechos consumados de la política económica, entre la posición económica real y la posición política, liberal-keynesiana una, reaccionaria, conservadora, autoritaria y declamatoria la otra.

La *reaganomics* que fue un intento de responder a la declinación económica norteamericana se resolvió como una política de la élite gran burguesa financiera que atacó las conquistas y posiciones de los trabajadores logradas a partir de los años 40-50, y no pudo detener el descenso de la posición industrial que ya es una involución histórica de orden mayor para los EE.UU.

Los que se han llamado los costos de la hegemonía yanqui, comenzaban a hacer sentir su peso en el imperio: el dólar que se había constituido en la divisa mundial fue alterando su valor hacia el alza lo que descolocaba a los productos norteamericanos; la función de guardián militar del mundo capitalista para enfrentar al oso Ruso, le significaba dedicar una proporción mayor de su producto en armamento y logística de alta sofisticación que sus rivales capitalistas no estaban obligados a hacerlo; el presupuesto se fue cargando año tras año de subsidios tributarios, y préstamos de garantía a las compañías; y finalmente la capacidad y rapacidad de los capitalistas norteamericanos para hacer del lucro financiero su principal actividad en detrimento de aquellas transformadoras de la industria, tuvieron un efecto crucial en el deterioro del liderazgo norteamericano.

Reacción actual contra la decadencia

Hacia la segunda mitad de este siglo, en particular a partir de los esfuerzos económicos que implicaban la restauración de Europa luego de la 2da. Guerra Mundial, los EE.UU. se constituyeron en el gran promotor del desarrollo económico de occidente; fue la gran locomotora que arrastró al capitalismo en su conjunto hacia una recuperación productiva. Bajo el paraguas protector del desarrollo atómico y militar de los EE.UU. la C.E.E.

y el Japón fueron las áreas económicas que en las décadas siguientes, reaccionaron creciendo a expensas de ellos si puede decirse.

EE.UU. que definió las reglas de juego de las relaciones económicas mundiales hasta hoy, ha perdido la delantera y se enfrenta desde una posición no inferior a la de sus rivales pero si debilitada.

El hecho de que la gran burguesía norteamericana, arrogante y confiada tanto en sus éxitos económicos como en las tropelías políticas de todo cuño, se durmiera sobre sus lauros, es más el resultado de su propia posición hegemónica y sus contradicciones intrínsecas que una pérdida de voluntad personal de sus empresarios para la lucha y la innovación como pretende el liberalismo y es ahora, cuando sus rivales la han alcanzado y en algunas ramas de gran importancia económica la han sobrepasado, que toman conciencia de esta desagradable realidad.

A inicios de los 90 el clamor levantado desde los estratos académicos y desde los niveles industriales más golpeados ha llevado a la necesidad de una toma de conciencia de que la situación norteamericana es de una gravedad estratégica y no se debe sólo a inepticias o incapacidades de personas o administraciones, y que debe apuntarse a buscar respuestas de orden estructural y de largo plazo, en sus propias bases productivas y en el comportamiento de su élite dirigente política tanto como en las fracciones financiero-industriales del gran capital.

Para este proceso de autoconciencia de sus fuerzas y limitaciones comienza por detenerse en el trazado de un cuidadoso diagnóstico sobre el estado de algunas de sus principales industrias productivas tanto en el mercado interno como mundial, y que son reconocidas unánimemente como las más afectadas de manera decisiva ya desde mediados de los '80, años en que el fenómeno se volvió ostensible al menos para los más advertidos economistas y críticos que iban más allá de la visión de corto plazo y de las euforias temporarias que a cada tanto otros sermoneaban con la gran capacidad de recuperación de los EE.UU. para doblegar y salir de las depresiones.

- *Industria de la microelectrónica*: nacida como norteamericana sin lugar a dudas y habiendo tomado la delantera los EE.UU han declinado en favor de los japoneses que de hecho han establecido un auténtico monopolio mundial sobre los chips de los semiconductores, NEC, Toshiba e Hitachi reinan sin competidores americanos. En el área de las computadoras también su poderío está cediendo paso a los japoneses y en un futuro no muy lejano tanto Apple como IBM deberán aprestarse a librar severas luchas ya que su participación en el mercado mundial sigue retrocediendo.

- *Industria de aviones comerciales*: la Mc Donnell Douglas, la Boeing y la Lockheed, cargadas de dificultades financieras, han visto aparecer rivales

de su mismo tamaño y con mayor capacidad de captación del mercado. La nueva competencia es la que ofrece el Airbus de la C.E.E. y prontamente aparecerá la de los japoneses que tienen ya un diseño estratégico para esta industria.

- *Bienes electrónicos de consumo masivo*: era ésta una industria en la que los EE.UU. no tenían competidores a la vista hacia los 50. En la actualidad han quedado prácticamente eliminados por los japoneses y muy secundariamente por la Philips europea.

- *Industria del acero*: ha quedado rezagada tecnológicamente ya que en el momento en que debió proceder a la renovación por las altas inversiones realizada en el período anterior mostraron una gran inercia aún cuando hubieran realizado gastos enormes pero mal dirigidos y peor administrados. L. Thurow ("La guerra del siglo XXI" Javier Vergara Editor, 1992) manifiesta que "la historia de la industria siderúrgica no es interesante por lo que dice acerca del futuro del acero sino por lo que dice acerca de la revolución que se aproxima en los nuevos materiales elaborados a pedido, como la cerámica, los compuestos y los superconductores. En el horizonte apunta un nuevo movimiento tecnológico. Pero estos nuevos materiales no serán producidos en EE.UU. a menos que a los norteamericanos les vaya mejor en su carácter de líderes tecnológicos en los materiales del futuro que lo que fue el caso en la función de líderes tecnológicos de los materiales del pasado" (p. 219).

- *Productos de origen químico*: aquí se enseñorean las tres grandes firmas alemanas Bayer, BASF y Hoechst; inversión de grandes cantidades de capital y sólida organización de la creación científica y producción masiva industrial son los presupuestos que no se han encontrado en el caso americano.

- *Productos textiles*: en esta industria tanto los europeos (en especial Alemania, Francia e Italia) como los Chinos han demostrado una mayor flexibilidad de adaptación para abastecer a los consumidores. Los EE.UU. luchan por sobrevivir fronteras adentro ya que en el mercado mundial no figuran. Penetrados por el concepto de producción masiva sin segmentación del mercado y sin tener en cuenta la variedad en la calidad de la demanda de los diferentes consumidores según su nivel de ingreso, los empresarios norteamericanos han quedado produciendo bienes sin calidad ni variedad y con precios que los dejan fuera de mercado. Y aquí se ha comprobado que los bajos salarios no son lo decisivo ya que Alemania por ejemplo paga a sus obreros más que los americanos y sin embargo sus ventas son mayores.

- *Producción automotriz*: el renglón que más tocó la sensibilidad de la burguesía norteamericana en su orgulloso monopolio y que consideraban llanamente como inalcanzables para siempre es el de los *automotores*. En

ninguna otra industria como en esta se manifiesta de manera tan patente. Su declinación productiva considerando que fueron los "inventores" de la producción masiva de un bien semidurable y que ellos a su vez habían arrebatado la delantera a los europeos a principios de este siglo. Además es una industria con una gran capacidad de demanda de acero, aluminio y caucho, por lo que su decaimiento en el mercado interno e internacional afecta directamente a esas industrias. En este rubro hoy y a pesar de que hace años las tres grandes (General Motors, Ford, Chrysler) están introduciendo técnicas productivas, de gestión y marketing tomadas de los productores japoneses no los han superado y las mejoras no han resultado eficaces. Por lo que las mejores fábricas norteamericanas no son tan eficientes como las mejores japonesas, pero las peores norteamericanas son, eso sí, mucho peores que las peores japonesas.

Esta industria por su poder demandante de acero, aluminio, caucho y partes eléctricas, es de gran importancia porque al detener su crecimiento o incluso bajarlo, induce a la recesión de aquellas con lo cual agrava el desempleo afectando la demanda de consumo en los EE.UU.

- Y por último la industria de *máquinas-herramientas* la que ya a mediados de los '80 estaba comprobadamente por detrás de los japoneses en precios, variedad y calidad. El retroceso en esta industria tiene a su vez importancia porque arrastró a una variada gama de otras que dependen de ella: relojería, aparatos de precisión, motores eléctricos, grandes camiones para obras públicas, bulldozers, tractores, vagones de ferrocarril y autobuses. Esto es lo que llevó a una pregunta angustiada y a una respuesta categórica a Thurow en la obra ya citada "es posible tener una fabricación de categoría mundial sin máquinas-herramientas de jerarquía mundial? No!" (pág. 232).

Por primera vez en su historia la burguesía norteamericana se plantea, ante el reto exitoso de sus rivales, una comprensión global de su crisis de largo plazo e incursiona hacia formas explicativas que cuestionan el modelo específico de su capitalismo que hasta hace dos décadas le había dado tantos resultados y que hoy ya no alcanza para mantener su posición de potencia económica. Sobre todo porque persistiendo en los moldes antiguos más tarde o más temprano la llevará a decaer también en su rol de potencia militar.

Panorámicamente hablando la forma del capitalismo americano estrictamente en su faz económica se ha basado en: 1) una agresiva burguesía individualista apoyada en la explotación tanto extensiva de sus recursos naturales como intensiva de la mano de obra; 2) una obsesiva finalidad maximizadora de la ganancia rápida sin mayores limitaciones de explotación de la fuerza productiva laboral; 3) el estímulo constante del consumo opulento de gran parte de su población, en particular de su franja más pudiente (lo que J. K. Galbraith ha llamado la cultura de la satisfacción

denominando a esos estratos como subclase funcional de los satisfechos, y que ya fuera anticipadamente considerada con una mirada profunda pero absolutamente despreciativa por Thorstein Veblen en su obra pionera "Teoría de la clase ociosa" hacia fines del siglo pasado); 4) desde el punto de vista técnico una insistencia abrumadora en desarrollar tecnologías de los productos, por encima o llanamente desconociendo, lo que se comienza a conocer como tecnologías de los procesos productivos que apuntan al largo plazo y a la consideración del consumidor no como fuente de nuevas explotaciones para la ganancia fácil sino como origen y destinatario de la riqueza social, que además produce un excedente reinvertible en manos de los empresarios bajo control del Estado y de los usuarios; 5) una relación organizativa entre capital y trabajo supeditada a formas excluyentes de la gestión y de los procesos en su conjunto que descartan toda participación. Ocurre ahora que el tan conocido autoritarismo salvaje y casi esclavista del capitalista americano con su característica de maltrato y de dueño absoluto de vida y estancias dentro de las corporaciones se está demostrando ser mal "asignador de los recursos y peor utilizador del elemento primordial de la producción: el trabajo humano".

Podría decirse que el viejo modelo americano con todos aquellos "defectos" del corto plazo y la concepción estrecha ha derivado en las desventajas competitivas actuales en que, cuando menos, el capital fijo actúa como un freno a más y mejores inversiones; han surgido nuevas líneas de producción con una mayor rentabilidad promedio que las "viejas" existentes y ha dado lugar a la expansión de empresas de producción que aprovechan costos menores en otras regiones fuera de los EE.UU.

Y como un proceso de autoconciencia de sus fuerzas y de sus límites actuales la burguesía norteamericana ha empezado a darse cuenta de dos aspectos cruciales: el primero de ellos es la necesidad de establecer un verdadero programa defensivo industrial, que ponga en caja a los "vikings financieros" concebidos como salteadores del esfuerzo económico del país y reorientarlos hacia la producción, incluso obligándolos a una mayor asociación entre finanzas e industria poniendo aquella al servicio de ésta y no al revés como hasta ahora; "el desafío que nos aguarda no es el de la competitividad, como se lo suele definir. El desafío es mantener una sociedad coherente" (Roberto Reich, "Los Angeles Times Syndicate del 5-11-91, reproducido en Clarín del 6-11-92); el segundo es la formulación de un plan estratégico nacional de largo alcance abarcador del comercio mundial y de las relaciones internacionales en materia militar y política, algo de lo cual ha comenzado a perfilarse con las proposiciones políticas y económicas de la administración de Bill Clinton.

Los norteamericanos no están ya en condiciones de obligar a sus rivales a que desempeñen roles subordinados en función de sus propios intereses,

pero pueden hacer valer aún esos intereses imponiendo restricciones y limitaciones, algo así como aceptar que si los demás quieren brusquedades y sacudidas en el mercado mundial tendrán respuestas bruscas y sacudidas. Parecería, pues, que la burguesía americana se dispone a dar batalla ya no al enemigo archiodiado del comunismo ante lo cual todos sus aliados debieron subordinarse bajo su política global, sino ante sus pares del propio campo capitalista.

Algunas hipótesis prospectivas

A la luz de los conceptos que hemos expuesto en las páginas anteriores pueden elaborarse de manera sucinta una serie de ideas o hipótesis no conclusivas sino más bien abiertas e interrogativas.

La situación de decadencia, además de tener origen en aspectos estructurales de la economía norteamericana incentiva grandes rivalidades entre las distintas fracciones del capital y los intereses políticos, en cuanto a planes y fines, plazos y estrategias, para salir de la crisis y hacer que los EE.UU recuperen su posición hegemónica global en el mundo. Sin embargo, por todo lo antedicho, y dados los condicionamientos que ofrece su actual *forma productiva* es harto difícil que esto se alcance de modo rápido y vigoroso, si es que alguna vez se alcanza.

Para los EE.UU (y esto con seguridad repercutirá en todos los mercados del mundo) sonó la hora del ajuste de sus políticas estatales. El programa de la nueva administración así lo ha comprendido y lo ha iniciado, desmintiendo de inmediato sus redentoras promesas electorales.

La búsqueda afanosa se vuelca en el corto plazo por estrechar las cuentas fiscales, de manera que se obtengan fondos para el fomento de la Inversión y el empleo; habrá un leve recorte de los gastos militares cuya cuantía no se ha podido siquiera estimar por las luchas que ya se han desatado entre los lobbies para no perder proyectos. Como complemento de lo anterior se despedirán agentes públicos, aumentarán los impuestos que castigarán a la clase media, aquella que en la campaña se dijo que se protegería eliminando gravámenes y que ha sido olvidada en sus primeras medidas.

El resto de las acciones domésticas adoptadas harán el pretendido tránsito hacia la recuperación más oneroso y pesado para la población. Las corporaciones han dispuesto hacer pagar muy caro al pueblo sus políticas de reactivación capitalista.

Y en cuanto a aspectos más generales lo que puede decirse es que la tendencia fundamental de los procesos económicos futuros tanto para la producción como para la circulación del capital mundial, pasarán más que hoy, o que en el pasado inmediato, por las relaciones entre los cada vez

mayores conglomerados y holdings financieros de los tres bloques principales del mundo. La periferia capitalista subdesarrollada, en esta perspectiva, quedará cada vez más marginada dando lugar a un agravamiento de la situación de desigualdad económica y social en sus fronteras internas.

Vivimos bajo una verdadera tendencia a la globalización de los diferentes mercados locales y nacionales en mercados regionales (NAFTA; CEE; Japón y el sudeste asiático) que bajo la égida de las gigantescas corporaciones monopolistas asistidas y respaldadas por el Estado que supera su carácter de entidad política tradicional, reguladora del espacio geográfico y económico, organizan a escala global la libre circulación y especulación del capital.

De cara al siglo XXI y teniendo presente las actuales formas de luchas comerciales y monetarias, los grandes holdings de los tres bloques en disputa, desarrollarían sus rivalidades no por los mercados de la periferia subdesarrollada para obtener ventajas monopolísticas de abastecimiento o provisión de materias primas de origen agropecuario y minero, como lo fue en la época colonial y de dependencia económica, sino más bien en torno de procesos tecnológicos y científicos buscando ventajas diferenciales y liderazgos productivos. Podría así suceder que las bases económicas de posibles enfrentamientos militares o de intentos de resolver estas disputas por vías violentas no encuentren su razón en aquellas viejas causas sino en las que surgen de la nueva situación de los procesos tecnológicos de producción y comercialización.

O sea que lo que fuera el reparto del mundo por la posesión de mercados y ventajas monopolistas de viejo cuño, pasaría a desplazarse hacia luchas despiadadas en el apoderamiento de nuevas formas monopolísticas sobre patentes, procedimientos tecnológicos y mercados de demanda cautivos dentro mismo de las regiones o bloques en pugna. Las modalidades de violencia mafiosa, confrontaciones sordas o atronadoras (por ej. escándalos políticos y económicos de las administraciones y de los partidos políticos) junto con un mayor aumento del bandidaje industrial, etc. pueden llegar a adquirir niveles antes desconocidos e impensables. Las guerras localizadas y el militarismo como rama que es de la economía capitalista manifestaría una tendencia a adquirir proporciones alarmantes en lugar de disminuir como se suele pronosticar.

El incremento de la socialización de los procesos de producción y el abrumador dominio en ellos de la ciencia aplicada y de la tecnología de última generación, parecen destrozar si cabe el término, las formas tradicionales de relación entre la propiedad privada del capital sobre la producción y la sociedad y el trabajo como medio de producción y distribución del excedente social.

El rol del Estado como actor decisivo de la economía y sus políticas

macroeconómicas se reforzará y adquirida nuevas dimensiones, no sólo ante las crisis cíclicas y recesiones, sino como un inductor y sostenedor, en el largo plazo, de la inversión, el desarrollo y el nivel de vida de la población. Tal lo que puede inferirse de las actitudes, planes y estrategias que el Estado norteamericano está tomando como concentrador y administrador general de su burguesía monopólica y como producto de la crisis.

Su rol ha adquirido ya características estructurales para el funcionamiento del sistema capitalista, no provisorias y exógenas como a principios de este siglo. La utilización capitalista financiera del mismo por parte de las grandes burguesías aún siendo una especie de resolución negativa de los antagonismos sociales y económicos de la sociedad burguesa, parecería despuntar hacia formas socioeconómicas que están más allá del mismo sistema y lo superarían. Las condiciones estructurales en el sentido histórico pero también económico para el desarrollo de la crisis general del capitalismo no sólo no habrían desaparecido sino que más bien se podrían desarrollar en toda su magnitud.

1. Utilizamos el término neoliberalismo económico, para diferenciar de las significaciones más habituales que se realizan en la literatura política y sociológica de los centros académicos y publicaciones en general de otros países, las que aluden a neoliberalismo como una versión actualizada del viejo liberalismo sostenida por el partido demócrata y tendría sus mentores más conspicuos en R. Reich y Lester Thurow; reservándose el vocablo conservadurismo para las posiciones de los republicanos. El ultraliberalismo a la Friedman, que es la tercera acepción se acercaría más a nuestra significación.

Buenos Aires, marzo 1993

Textos consultados

Thurow, Lester: *La guerra del siglo XXI*, Javier Vergara ed. 1992.

Galbraith, J.K.: *La cultura de la satisfacción*, Emece ed. 1992.

Frank, A.G.: *La crisis mundial*, Bruguera ed. 1989.

Abalo, Carlos. "La reconversión y las mutaciones de largo plazo en el capitalismo", Cuadernos del Sur Nº 13, 1991.

Durand, Maxime: *¿Adonde va la crisis?*. Cuadernos del Sur nº 14, 1992.

Brenner, Robert: *Las raíces de la decadencia económica de EE.UU.* Brecha Nº 1 y 3. 1986-1987.

Borón, A. y Godinez V.: *Entre Roosevelt y Reagan: contenidos y límites de la alternativa neoliberal*, Cuadernos de CIDE, 1983.

Solari, Andrés: *El "ofertismo" y la política económica de Reagan*, Teoría y Política nº 9, 1983.

Buster, Gustavo y Lebranc, Paul: varios artículos en *Inprecor* para América Latina, nos. 21, 22, 28 y 29. 1992-1993.

claudio gabriel

Europa en crisis

El tratado de Maastricht inauguró una nueva fase en el proceso de unificación europea. El resultado de los referendun francés y danés y los movimientos regionalistas progresistas o reaccionarios, por un lado; y el desfazaje actual en los ritmos de unificación económica y política y las dificultades de inserción en una economía mundial en crisis, por otro, siembran de interrogantes el proceso de unificación. El artículo que incluimos a continuación -publicado en la revista española Viento Sur números 1 y 3, de Febrero y Julio de 1992, indaga respuestas a algunos de estos interrogantes.

I Antes y Después de Maastricht

Los medios de comunicación no han escatimado el suspenso. A cada nuevo crujido en la preparación de Maastricht, los periódicos sacaban rápidamente la conclusión de que el proyecto comunitario estaba hundido. Pero en cuanto se anunciaba un nuevo compromiso, algunos días más tarde, en La Haya, en Bonn o en París, los mismos editorialistas proclamaban que se había dado un paso importante. Sólo la prensa británica, siguiendo en ello al gobierno de Major, ha mantenido en general una línea sostenida homogénea de crítica y de dudas.

Abundando en este aspecto, al tiempo que la prensa francesa "temía" que la nueva Alemania rompiera el proyecto europeo para volverse hacia Europa central, la prensa alemana anunciaba que era la voluntad europea de Francia la que se debilitaba por temor a una hegemonía de la nueva Alemania unificada. Así es como se forjan las opiniones públicas de los distintos países, en función de los deseos diplomáticos y de las maniobras políticas. En medio de un proceso en que los estados mayores capitalistas proceden a liberarse de las trabas "nacionales", se continúa apelando a los fantasmas chovinistas

para disimular el verdadero contenido de la reestructuración en curso.

¿Cómo desprenderse de este impresionismo que lo invade todo? ¿Cómo traspasar la cortina de humo y hacerse con los mecanismos reales?

Cuando estalló la crisis yugoslava, muchos editorialistas expresaron su desilución por la poca homogeneidad demostrada por la Comunidad y por su incapacidad para llevar a cabo una política realmente intervencionista. ¿Cuántas cosas se esperan de esta Europa! Unos esperan que regule las diferencias nacionales y acabe con el paro; otros, que permita el relanzamiento económico; otros más, que sea capaz de convertirse en nuevo gendarme regional, etc.

¿Existe Europa?

Sin duda, hay que empezar por desenredar la madeja de las divergencias que han enfrentado, durante los últimos meses, a los estados y los gobiernos de la Comunidad. Ciertamente, la lista es larga, desde la asociación de los países de Europa del Este hasta el papel del futuro banco central pasando por el peso del Parlamento Europeo, las prerrogativas de la Comisión de Bruselas, la necesidad de una diplomacia común, la perspectiva de una defensa integrada, etc.

¿Qué cosas dividen realmente las aguas y qué otras cosas no son más que contradicciones secundarias?

Por ejemplo, a buen seguro no son los acontecimientos en Europa

Central y la Unión soviética los que desestabilizarían de repente el proyecto de la Unión Económica y Monetaria (UEM). No hay razón alguna para que, en un mundo como el actual, un país como Alemania se aventure sólo para obtener unas precarias ganancias en el Este, mientras haya en la Europa occidental un mercado de cerca de 400 millones de habitantes y consumidores siempre solventes formado desde hace mucho. Y si bien la economía alemana puede, sin duda, hacer frente al mismo tiempo a las dos políticas, no están, sin embargo, dispuesta a sacrificar las ventajas del gran mercado integrado europeo occidental.

Si enumeramos los diversos obstáculos en la construcción de la UEM, y al mismo tiempo, nos fijamos en las posiciones que en cada momento mantienen los diferentes Estados, nos daremos cuenta de que no hay un "campo" que defienda, respectivamente, doctrinas europeas terminadas y coherentes. Dependiendo de que se discuta sobre la defensa, sobre el papel del Parlamento de Estrasburgo, sobre la dosificación conveniente de "federalismo", o de "confederalismo", sobre el papel del ECU, sobre los ritmos y etapas de la unión monetaria, sobre la política agraria común, etc., los agrupamientos resultantes estarán compuestos por diferentes estados y gobiernos.

Esta diversidad puede interpretarse como una muestra más de debilidad de la Comunidad, al revelar

la heterogeneidad de intereses. Pero, ¿qué hay de sorprendente en ello? ¿Eran diferentes las cosas en la época del Tratado de Roma y de los primeros pasos del Mercado Común? A fin de cuentas, fueron los intereses a largo plazo del capital los que empujaron los procesos, poco a poco, basándose en las inercias y en una serie de posiciones sectoriales. Así pues, podemos decir que, como mucho, las actuales diferencias favorecen el pragmatismo y los compromisos. El trasfondo del asunto se encuentra en otra parte, en la reorganización de los sectores determinantes del capital y en la búsqueda de una salida a la crisis.

Un Nuevo Militarismo

Así pues, el problema no es tanto que los "europeos" no hayan sido capaces de ponerse de acuerdo sobre Yugoslavia ni el hecho de que no hayan podido adoptar una acción intervencionista de forma vigorosa. En cualquier caso, lo embrollado de la situación en Yugoslavia hace muy aleatoria cualquier política de intervención exterior, incluyendo la de cada Estado por su cuenta (¿acaso hay una "política" clara y definida, eficaz y resuelta, que estados Unidos, Francia o Alemania hayan tomado separadamente?).

Si bien es cierto que algunos marcos no son los mismos para los socios europeos, es destacable que por primera vez -y "a fortiori" de un conflicto militar en Europa- se

hayan considerado una réplica y una intervención militar comunitarias. El hecho de que estas cuestiones se hayan debatido seriamente es una muestra significativa de la tendencia vigente.

Por otra parte, se puede encontrar en esta situación una parte de los debates sobre la "defensa europea". El hecho de que la reciente cumbre de la Alianza Atlántica haya terminado con un compromiso que reconoce la conexión entre la CEE y la Unión Europea Occidental (UEO) confirma la tendencia a largo plazo hacia un nuevo militarismo europeo. En el mismo momento, Madrid anunciaba su decisión de imbrincarse en el proyecto de fuerzas franco-alemanas y tropas belgas participaban, algunas semanas más tarde, en maniobras junto a tropas miembros de esta famosa brigada franco-alemana.

Así, se ha vuelto muy difícil para los americanos pedir a Alemania que tome parte política y sobre todo financiera creciente en la defensa mundial, al tiempo que rechazan la progresiva cristalización de una defensa europea. La formación de un lobby militar-industrial europeo se asocia poco a poco a una doctrina europea de defensa y a intereses políticos y diplomáticos específicos.

No tiene por qué extrañar que esta perspectiva se combina con el mantenimiento de una Alianza Atlántica revisada y con la conservación del papel central del dispositivo militar americano. El mundo no está ya regido por una sola potencia he-

gemónica, pero el capitalismo tiene, más que nunca, necesidad de una capacidad represiva multifórme. Así pues, el cambio decisivo está en otro lado; en la relación que se va instaurando progresivamente entre instituciones políticas europeas en vías de integración y una parte del sistema de defensa "occidental". Esta nueva estratificación de responsabilidades es consecuencia de dos factores: el debilitamiento político y económico relativo de Estados Unidos (a pesar de la Guerra del Golfo, destinada, entre otras cosas, a resituarse a este país en el seno del campo imperialista) y el aumento de los riesgos en Europa del Este y en el Tercer Mundo.

No obstante, sobre este segundo aspecto, la Comunidad tendrá sus propios intereses y especialmente sus responsabilidades particulares. Ni Francia, ni Alemania ni Gran Bretaña por separado podrán actuar de gendarmes incontestados en África, en el Océano Índico o en Europa Oriental. Es, sin duda, un signo de los tiempos que sea en este preciso momento cuando se dibuje la posibilidad objetiva de una integración militar europea, la única capaz de responder a los nuevos desafíos.

Sin duda hará falta todavía mucho tiempo para que se lleve a cabo esta transformación. Pero sobre éste, como sobre otros aspectos, el definitivo bloqueo de la dinámica puesta en marcha no vendrá de las contradicciones económicas o políticas "endógenas". Solo las luchas

sociales y la entrada en escena de movimientos políticos y sociales contestatarios podrían ser el grano de arena que impidiera a las burguesías europeas lograr esta mutación.

„La Voluntad Política

Dos categorías de problemas se entremezclan en la puesta en marcha de la UEM. La primera es la apertura de los mercados y la reestructuración de las empresas europeas en el marco del Acta Unica. La segunda es la de las instituciones, del tipo de comunidad política y extensión de las prerrogativas de ésta en materia de defensa y diplomacia. Entre estos dos niveles, la cuestión monetaria juega un papel de bisagra, a la vez eslabón necesario del "gran mercado" y etapa decisiva para la puesta en marcha de una supranacionalidad institucional.

Es ahí donde se encuentra el mayor obstáculo en la actualidad. Es el momento decisivo en el que se da un desequilibrio entre los avances de la internacionalización del capital y los procesos políticos que deberían derivarse de ello. Esta asincronía ha sido subrayada muchas veces, especialmente en lo que concierne a la enorme dificultad para sustituir los Estados "nacionales" actuales por un proto-Estado europeo.

Aparte de las resistencias sociales y las luchas políticas, el único factor que puede provocar un fra-

caso prolongado sería precisamente un desorden monetario debido a la pérdida de disciplina en el seno del sistema monetario (SME)... a causa de no haberse podido dotar a tiempo de una moneda única. No se puede descartar esta posibilidad. Hemos destacado ya que se trata ahora de una carrera de velocidad y que no será posible mantener por mucho tiempo la situación actual (libre circulación de los capitales y paridades relativas bajo vigilancia) sin instaurar paridades fijadas definitivamente en el seno del SME y sin una homogeneización de las tasas de descuento dicho de otra forma, un primer paso decisivo hacia la moneda única.

Habida cuenta de la creciente internacionalización de las economías europeas, la UEM presentaría inmediatamente ventajas respecto a la transición actual. Permitiría, por ejemplo, la estabilidad de los cambios gracias a un ECU convertido en "moneda única". Actualmente, los defensores de la UEM cifran el coste de las transacciones de cambio en un 0,5% del Producto Interior Bruto comunitarios. La estabilidad del cambio sería un elemento anti-inflacionista, así como la desaparición de las anticipaciones, especulativas o de otro tipo, sobre las variaciones del cambio rendirían más colocándolas en ahorro en Europa, en comparación con el resto del mundo.

Las instituciones de la futura Europa, por otra parte, tienen tanta necesidad del ECU como moneda

única, como el ECU necesita, para existir realmente, de un "Estado europeo" en el que confíen las clases dirigentes y las empresas. En efecto, no puede haber moneda "aceptada" por los detentadores de capital sin que ésta esté apoyada por un aparato de Estado fiable para la regulación general del sistema. Las cuestiones monetarias e institucionales representan, pues, un mismo problema con dos incógnitas.

Este es el verdadero marco y el nudo gordiano de la situación... y no la crisis yugoslava, las exportaciones de carne checoslovaca o las candidaturas austríaca y sueca a la entrada en la CEE.

Esta contradicción fundamental entre los terrenos financieros y económicos, de un lado, y los monetarios y políticos de otro, podría parecer insuperable. Pero la cada vez más compleja imbrincación de intereses industriales y financieros "europeos" y la puesta en marcha del "gran mercado" hacen que un fracaso definitivo de la UEM tuviera consecuencias gigantescas en el plano económico y social. Esas consecuencias podrían cambiar la relación de fuerzas entre las clases del viejo continente. Ello dejaría al sistema en el atolladero. Supondría una ruptura con las formas pasadas de intervencionismo y de políticas económicas nacionales, sin que se realizara, por otra parte, el necesario transcrecimiento. Tal fracaso abriría las puertas a muy profundos desarreglos económicos mediante los cuales se podría colar una nue-

va era de conflictos sociales y de constataciones masivas. Las clases dirigentes y los gobiernos son conscientes de ello, no lo dudemos. La voluntad política forma parte de los datos del problema y explica el pragmatismo y los compromisos actuales.

Lo que la prensa francesa ha interpretado (gracias a una estúpida anglofobia) como obsesiones antieuropeas de Margaret Thatcher en materia monetaria se ha visto finalmente que corresponde a una visión más ajustada de los ritmos y las dificultades. El sueño "miterrandiano" de un movimiento rápido hacia una Europa federal dotada de su moneda única se ha quedado en humo de pajas. El propio presidente francés ha tenido que conceder a los alemanes una perspectiva a más largo plazo para la última fase de la unión monetaria.

La posición británica actual no está guiada por una tendencia ideológica al "atlantismo", a la defensa de la soberanía nacional, u otras majaderías. Es más bien la estructura presente del capitalismo británico la que explica las políticas europeas específicas de Londres/1. Y el paso de la era Thatcher a la era Major expresó, en estos temas, una ligera puesta en hora del péndulo de Downing Street, precisamente en función de las inflexiones en curso en las alianzas y reestructuraciones industriales británicas.

Doble Desafío

Así, todos los países de la Comu-

nidad se ven enfrentados al mismo problema: llevar a cabo simultáneamente la apertura de su mercado a la competencia exterior y la defensa de sus propios "campeones nacionales".

Hay dos procesos en marcha que se entremezclan: la reorganización mundial del capital, por una parte, y su reorganización específica en el plano europeo (incluyendo a los países de la Asociación Económica de Libre Cambio-AELC) por otra. Este doble proceso hace extremadamente complicada la reestructuración industrial del viejo continente. Las alianzas, fusiones y recompras se cruzan y entrecruzan entre europeos, americanos y japoneses, marcando áreas de interés diferentes según los sectores y productos. Ya hemos subrayado que no existe, hablando con propiedad, un tejido industrial europeo ya constituido en estos momentos... Pero en algunos sectores y no precisamente los de menor importancia, las cosas están, sin embargo, bastante avanzadas: la banca y los seguros, la industria aeroespacial, la aeronáutica y el transporte, la industria del armamento en parte, la energía y la electricidad, la distribución y, parcialmente, el sector agroalimentario.

Hay también sectores en los que, por el momento, el gran mercado europeo permite una simple competencia de socios europeos que se devoran tranquilamente, sin la intervención directa de los japoneses o de los americanos: por ejemplo, los transportes por carretera y, de momento, el ferroviario.

Por el contrario, hay dos importantes sectores industriales en los que la alianza europea sería prioritaria para sus planes estratégicos, pero sin duda no se ha logrado. Se trata, evidentemente, del automóvil, que muy malamente puede escapar a las alianzas con los japoneses y que irá perdiendo cada vez más terreno frente a sus fastidiosos colegas. Y, a continuación, la electrónica, donde la dependencia de los japoneses en materia de microprocesadores y la nueva alianza entre IBM y Macintosh dan al traste con las esperanzas europeas (Bull, Philips, Olivetti). Parece, en fin, que la batalla en la televisión de alta definición, librada a base de normas específicamente europeas con objetivos proteccionistas, está definitivamente perdida.

La amplitud de la reestructuración mundial es, pues, un pesado fardo sobre el tema de la UEM. Las reestructuraciones iniciadas hace más de diez años no están dirigidas solamente a concentrar el capital europeo, a superar la competencia entre "campeones nacionales" y a constituir un nuevo tejido industrial europeo sobre la base de un reparto del gran mercado... Están destinadas también, y sobre todo, a hacerse con una parte del mercado mundial. Además, en este terreno, hace falta, de una manera u otra, conquistar una parte del mercado americano para cada tipo de producto (ya que el mercado europeo no resulta ya suficiente) y es necesario situarse muy rápidamente entre los tres

primeros grupos mundiales. Así pues, hay que pasar de un planteamiento industrial fundamentalmente "nacional" a desafíos y marcos mundiales; entre ambos, la "industria europea" puede aparecer como una simple "virtualidad".

A partir de ahí, los grandes grupos pueden oscilar entre una doctrina proteccionista de Europa (véanse las posiciones de Peugeot frente a los japoneses) y una doctrina de libre comercio generalizada. Sin embargo, parece claro que el resultado actual de estas múltiples estrategias fragmentadas del capital refuerzan finalmente la perspectiva de la UEM. Por otra parte, se realizan frecuentes llamamientos por parte de las grandes empresas europeas para acelerar el acuerdo monetario, así como las peticiones de ayuda a Bruselas para favorecer los polos europeos competitivos.

El fondo del asunto está, efectivamente, en el papel cada vez más importante del poder público, del "Estado". Y ello pese a las tonterías liberales con las que se alimentan a las poblaciones de los diferentes países para justificar la austeridad... El poder público es tanto más útil cuanto que debe continuar ayudando a encuadrar las necesidades de investigación y ciertos proyectos de inversión que alcanzan sumas cada vez más gigantescas -véase el papel del Miti en Japón/2.

En el estadio actual -un poco a la manera de dos empresas que comparten los riesgos de una investigación o del lanzamiento de un pro-

ducto- los Estados europeos deben intervenir conjuntamente para apoyar ciertos grandes proyectos industriales. Este es el papel de los programas de ayudas públicas a la investigación común: Race, Espirit, Eureka, etc. Pero es también el caso de mercados como el del Airbus, de la sociedad Ariane-Espace y del proyecto Hermes.

El verdadero desafío se sitúa ahora en los futuros productos: la televisión de alta definición, las biotecnologías y la genética, el tren de alta velocidad, el coche "inteligente", telecomunicación y productos multimedia, etc.

Este encuadramiento, esta ayuda y esta toma a su cargo de una parte de los riesgos por parte del poder público son elementos que abogan por un proto-Estado europeo capaz de financiar y coordinar estas nuevas necesidades. El capital británico no escapará a estas necesidades. Major está sin duda convencido de ello, aunque debe antes maniobrar en su partido y no perder las elecciones.

La UEM estaba objetivamente inscrita en el Acta Unica... No se puede dejar circular libremente los capitales sin plantearse rápidamente el problema de la divisa común. Porque, sin esto, el menor desequilibrio importante en el seno del SME, con la actual desreglamentación, podría entrañar un vasto desorden monetario, amplificado por la especulación. Fracasas en la UEM implicaría, por lo tanto, una brutal marcha atrás en la puesta en marcha

del gran mercado... y, en consecuencia, una vuelta anacrónica a los proteccionismos estrictos nacionales. Sería el tratado de Roma en su totalidad lo que quedaría en entredicho. ¿Es imaginable una vuelta a 1959?

Por otra parte, la UEM representa un importante eslabón de la política de "salida de la crisis". Consecuencia del Acta Unica, combina reestructuraciones industriales, monetarias e institucionales. En última instancia, es decir a nivel político y social, su logro constituiría un elemento no-económico útil para una posible salida de la onda larga recesiva. Constituye, pues, un reto mayor para las burguesías europeas y para los Estados.

¿Salida a la Crisis?

Hay dos tendencias que cohabitan, la de una mundialización en aumento y la que preconiza la constitución de una entidad política y económica europea específica. Deberá, pues, encontrarse un punto de equilibrio entre un nuevo liberalismo y un nuevo proteccionismo, en el marco de una hipotética salida a la crisis. Este es el marco de los tratos actuales del tratado General sobre tarifas y Comercio (GATT).

Tres polos neo-proteccionistas pueden así emerger en el seno de la OCDE: América del Norte (Tratado de Libre Comercio de América del Norte, Nafta), Japón-Asia y Europa. Pero sería un error pensar que su forma se remitiría a una simple ré-

plica de los viejos sistemas de "defensa" de las economías nacionales. Las guerras comerciales tomarán una forma totalmente distinta, ya que el desarrollo desigual y combinado en el seno de los países de la OCDE se va a hacer de manera multiforme, según los sectores y productos: hegemonía japonesa, europea o americana, según los casos. Ninguno de los polos tendrán una hegemonía absoluta, con algunas consecuencias en los planos militar y político.

Pero sería un error considerar este movimiento febril del capital como un movimiento caótico del cual fuera imposible prever futuras "racionalidades". Una cosa es que la economía se mundialice cada vez más, o que los movimientos de capital sean cada vez más complejos, y otra que el sistema no tenga necesidad de un punto de equilibrio. Este no es generado pura y simplemente por la economía. La dimensión política y social, imperativa para encontrar una salida a la crisis actual, debe incardinarse en un sistema socio-político nuevo en onda con la evolución mundial. La UEM y su paraguas político-institucional pueden ser precisamente una parte de la solución para los Estados europeos.

Alcanzar al Adversario

Así pues, es necesario evitar una serie de errores. Por ejemplo, el de tomar sus deseos por realidades e interpretar las contradicciones inter-imperialistas como el último de los

avatares de la crisis del sistema europeo.

Lo más urgente, sin duda alguna, es dotar al movimiento obrero y a las izquierdas anticapitalistas de una respuesta alternativa a la Europa que se va dibujando poco a poco. La nueva realidad hace que el repliegue estratégico en el marco nacional, por conservadurismo o por ilusión de autodefensa, constituya un callejón sin salida. Enseguida, quienes lo lleven a cabo acabarán por replegarse en la región o "nación", en la ciudad o en la empresa. La micro-estrategia se convertirá en un refugio aleatorio para todos aquellos que no hayan podido dotarse de un nuevo internacionalismo a la altura de las circunstancias. A partir de la interpretación de las luchas cotidianas y de toda las resistencias sociales que no dejarán de desarrollarse en los próximos años, hará falta comenzar a trazar los contornos de una Europa alternativa; al menos, los primeros elementos de una contraofensiva. Partiendo de las necesidades inmediatas, sean económicas, sociales o políticas, habrá que construir una nueva coherencia, que combine el derecho a la autodeterminación de todos los colectivos de trabajo o de vida y la audacia de un proyecto anticapitalista sin fronteras.

La cumbre de Maastricht viene a recordarnos nuestro inmenso retraso respecto al enemigo.

II Cinco Coordinadas

1. La perspectiva de la Unión Económica y Monetaria (UEM) co-

responde a una necesidad de valorización del capital. Más allá de los problemas planteados por la competencia con las empresas japonesas y americanas, el gran mercado europeo tiene sus raíces en la naturaleza del capital y sus tendencias acumulativas: exportaciones y reagrupamientos de capitales de orígenes "nacionales" diferentes; desarrollos de estrategias y de técnicas de producción cuyos costes se establecen cada vez menos en un único mercado nacional; insuficiencia y pérdida de eficacia del Estado nacional para garantizar las condiciones generales de la producción.

El proceso emprendido en Europa para lograr una integración orgánica y finalmente política, aunque es muy complejo y audaz, no está al margen, desde este punto de vista, del desarrollo de nuevas zonas de libre cambio, como la NAFTA en América del norte, AFTA en Asia, etc.

Precisamente porque nos encontramos ante un proceso objetivo global, la Comunidad Europea (CE) constituye con la Asociación Económica de Libre Cambio (AELE) un "Espacio económico Europeo" (EEE), que prepara las condiciones de una unificación de toda la Europa Occidental.

El proyecto de unificación europea, en tanto que reorganización del capital, juega, pues, un papel objetivo importante en la transformación de numerosos elementos de la vida política y social. El desarrollo hasta el final o no de la UEM, no

impide de forma alguna en la etapa actual, que este objetivo actúe de forma autónoma e importante en las mutaciones en curso.

2. En la medida que esta perspectiva no proviene, en primer lugar, de una voluntad política o ideológica, sino de una necesidad estructural del capitalismo, es lícito preguntarse cuáles podrían ser las consecuencias de un posible fracaso. Dada la amplitud de los intereses en juego, así como la importancia creciente de las estrategias continentales y mundiales para los principales sectores industriales y financieros europeos, un fracaso irreversible de la Unión tendría consecuencias inconmensurables. La multiplicación de los montajes financieros y comerciales y la complejidad de la jurisdicción europea, ya puesta en pie, no admitirán una larga parada en la primera o la segunda "etapas" de la Unión. No puede ya haber ahora un amplio intermedio histórico, por ejemplo, de varios decenios, estabilizado en las integraciones parciales ya realizadas. O bien se va a la UEM de forma *relativamente* rápida y controlada, o bien habrá una implosión por el retorno caótico a viejos proteccionismos. Una "regresión" hacia la situación anterior al Acta Unica haría entrar ahora al continente en la espiral de una crisis sin precedentes.

Por otra parte, es la comprensión de lo anterior lo que explica la famosa "voluntad política", los Diferentes Estados y sus Gobiernos han

identificado perfectamente este peligro y avanzan, pues, de forma pragmática sabiendo llegar a los compromisos necesarios. Por el momento...

¿Pero es posible una "catástrofe"? Sin duda, y sobre todo por la agudeza de las crisis políticas e institucionales. el ascenso de la extrema derecha en ciertos países, el rechazo al Tratado de Maastricht en Dinamarca, la importante oposición que encuentra en otros países, la agravación de la crisis monetaria bajo el impacto de la recesión..., pueden hacer descarrillar los consensos y compromisos realizados entre Gobiernos.

Tiene que haber una cierta "solidaridad" entre el ascenso en credibilidad de un ecumóneda-única y la constitución de un proto-Estado que es su aporte institucional. Es ahí donde está el mayor problema: la desincronización actual entre la internacionalización del capital y la perspectiva muy aleatoria de una auténtica federación europea.

3. El Acta Unica, y ahora la UEM, se integran en las estrategias de salida de la crisis. Se encuentran así numerosas relaciones entre la integración europea y la reorganización de las empresas, en su búsqueda de un reestablecimiento de las tasas de ganancia y en su reorganización progresiva del proceso de trabajo. Este es el caso, por ejemplo, de las famosas "economías de escala", que remiten a la idea de masa crítica para poder realizar hoy ciertas investigaciones, y para fabricar e im-

poner a nivel mundial los nuevos productos. La masa de financiación requerida, la dimensión de los riesgos que se corren, imponen una superación del marco nacional, incluso regional, cuando la tasa de monopolización del mercado es ya muy elevada.

4. No hay que extrañarse de que la unificación europea se acompañe de ataques sistemáticos contra las conquistas sociales o que intervenga como un factor agravante (o acelerante) en la precarización del trabajo y en los cierres de empresas. La mentira socialdemócrata de una unión económica combinada con una vertiente social progresista ha fracasado. Con toda evidencia, el tratado de Maastricht no invierte la tendencia ultraliberal del Acta Unica. La idea de una enmienda social a esta última había llevado a una "Carta Social" tan ineficaz como ridícula. ¡El capitalismo no saldrá de su largo período recesivo haciendo regalos a quienes le proporcionan su fuerza de trabajo!

5. Las convulsiones no esperan al último minuto. La reorganización capitalista conmociona, transforma e incluso desestabiliza a veces una parte de sus propios cimientos. Así ocurre con el Estado nacional, que había sido durante tanto tiempo tan profundamente necesario para la valorización de los mercados, su protección y la constitución de las condiciones generales de la población.

Hay que precisar, sin embargo, que esta crisis institucional no está

originada por el aumento de las prerrogativas de Bruselas. En su origen se encuentra la pérdida de eficacia del estado nacional en lo que concierne a la regulación de un capitalismo cada vez más "mundializado". Una parte preponderante de los precios se realiza a nivel internacional y las políticas anti-crisis nacionales no tienen ya sustancia. La presión exterior ha dejado de ser un embrollo reservado a los pequeños Estados: se ha convertido en un parámetro decisivo para todos los países.

La contradicción entre las exigencias del capitalismo y las limitaciones del Estado nacional nunca ha sido tan fuerte. Los dos niveles se entrecruzan y se oponen. El Estado sigue siendo, en efecto, una pieza clave del equilibrio del conjunto. Conserva una parte de su antiguo papel en la valorización del capital y para todo lo que afecta al control social, a la producción ideológica y al monopolio de la fuerza. Pero el Estado sólo se entendía con sus fronteras nacionales y su legislación específica. Imponía su legitimidad por una relación idealizada, frecuentemente mítica, con la comunidad nacional.

Esta ha sido una larga historia, en la que guerras y revoluciones jugaron papeles fundadores, haciendo más o menos invisible, según las épocas, el lazo entre la ideología nacional y las necesidades propias de la burguesía. El Estado aparecía, pues, como algo inmutable: tan necesario para la vida material como

para la propia identidad. "El" había sabido, incluso, convertirse a la vez en el Estado del Bienestar y el depositario de la identidad "nacional". ¿Cómo, entonces, iba a ser sospechoso de trabajar a favor de una clase social específica y en defensa de un régimen de explotación?

El Declive del Estado Nacional

Pero llega un día en el que la internacionalización del capital muestra desnuda la complejidad del problema: el Estado pierde una parte de su funcionalidad para los propios capitalistas. Aún útil, y a fin de cuentas aún imprescindible en muchos aspectos, no es ya, sin embargo, el único depositario de los intereses de ciertos sectores capitalistas cuyas políticas se juegan poco a poco a otra escala.

El resultado está ahí: el Acta única pone en pie un sistema que debe hacer desaparecer las fronteras "nacionales" en lo que concierne a la circulación de las mercancías, de los capitales, de los servicios y de las personas. Sigue siendo posible relativizar el acontecimiento evocando otras funciones del Estado, recordando que sigue siendo un instrumento central para una parte importante de las empresas y de la burguesía... Sin duda. Pero eso no quita para que la CE, en su nueva versión, consagre el fin de una época en lo que concierne a la realidad de los estados y su funcionalidad.

Por otra parte, en ese mismo movimiento histórico se han acele-

rado los procesos de desarrollo desigual en el propio seno de los Estados europeos. La crisis, y los remedios parciales que el capital le aporta, han conmovido ampliamente las jerarquías regionales. Las regiones más pobres y más desasistidas no han despegado a pesar de las ayudas y los "planes". Las otras, al contrario, han conocido, en el curso de los quince últimos años, importantes cambios relativos. Las regiones que habían estado en el centro del desarrollo capitalista durante más de un siglo han debido, a menudo, dejar sitio a otras en términos de crecimiento de la inversión y de polarización de las nuevas industrias de *alta tecnología*. Resultado: las tasas de paro pueden ser muy diferentes entre los antiguos bastiones industriales y las nuevas regiones dinámicas. El diferencial de tasa de paro entre regiones en Europa va de uno a un poco menos de seis.

La desigualdad y la disparidad se agrava en la medida que, una vez más, la dimensión europea interviene aquí de forma autónoma. La "construcción europea" acentúa las desigualdades. Estimula sobre todo estos procesos por la distribución regional de las inversiones no nacionales tras desaparecer las antiguas reglamentaciones.

Existían ya *fondos estructurales* encargados de compensar estas desigualdades. Las instituciones terminan interviniendo, por necesidad, pero lo hacen avalando los destrosos cometidos por el capita-

lismo. "Compensan", es decir, intentan corregir utilizando las finanzas públicas lo que ha sido provocado por los beneficios privados. Pero se quedan muy cortas... Mantener el paro al nivel actual en las regiones más desfavorecidas necesitaría en ellas, según un alto funcionario de la CE citado en *Le Monde* del 1 de marzo pasado, la creación de dos millones de empleos de aquí al año 2000. Y para pasar del 50% del PIB medio comunitario, donde se encuentran ahora, al 70% sería preciso que esas regiones conocieran durante quince años un crecimiento superior entre un 1,5% y un 2% al crecimiento medio europeo!

Ahora llegan los *fondos de cohesión*, que intentan en lo esencial ayudar a los cuatro países más desfavorecidos (Grecia, Irlanda, Portugal y el Estado español) para que reduzcan una parte de su retraso en relación al núcleo duro de la Comunidad. Esos manás comunitarios continuarán jugando un papel de diferenciación interna.

Así nos encontramos con el Estado-nacional cogido en un bocadillo, por decirlo así, entre sus crecientes dificultades para asegurar una gestión fragmentaria del capitalismo mundial y unas "estrategias" regionales que intentan captar los dividendos de las nuevas formas del desarrollo desigual.

Hay claramente una ligazón entre esto y el desarrollo de las crisis institucionales en toda una serie de países. La lista no es exhaustiva,

pero podemos mencionar a Italia, Francia, Bélgica (debate sobre el federalismo del Estado), Gran Bretaña y el Estado español. Ciertamente, no se trata siempre de crisis que enfrenten al Estado central, por un lado, y las regiones constituidas o naciones sometidas, por el otro. La crisis francesa o la crisis italiana no provienen directamente de esos antagonismos; ello no impiden que los debates constitucionales que se desarrollan tengan algo que ver con los problemas de la representatividad y de los poderes de las diversas instituciones en el marco de la reorganización europea. De estas crisis repetidas resulta una pérdida de credibilidad en aumento de las instituciones centrales y de los partidos tradicionales, que son su proyección aparente.

El presidente francés François Mitterrand resumía así su visión de la situación el pasado 29: "La contradicción está en todas partes: se expresa por una especie de dialéctica, que ya se ha señalado, entre la dislocación de hoy y la necesidad de unidad que continúa habitando en el espíritu de los europeos. Pero, por el momento, la dominante es la dislocación. Un primer período se dibuja ante nosotros: el de la exasperación..."

El Debate sobre la "Nueva Ciudadanía"

Se habla mucho de la crisis de representatividad política y de la crisis de la identidad nacional. Hay

que esforzarse por comprender sus raíces profundas y su carácter duradero. Tanto más teniendo en cuenta que esto alimenta el racismo y el ascenso de la extrema derecha. Un informe de la Comisión Oficial de los Derechos Humanos francesa subraya que el racismo se nutre, entre otras cosas, de "un sentimiento de crisis del orden, de las instituciones y de la identidad nacional".

La "construcción europea", combinada con la crisis del sistema económico, no es ajena, sino todo lo contrario, a estos problemas. Si hay, en efecto, un inicio de entidades regionales, si el estado-nación pierde una parte de sus poderes pero sigue siendo por lo menos una pieza insustituible y si, en fin, la Comunidad se quiere dotar poco a poco de ciertas prerrogativas supra-nacionales, todo esto no constituye por el momento una nueva estructura coherente. Es el aspecto de crisis y de incoherencia el que domina, favoreciendo teorías regional-reaccionarias por parte de los "ricos": el *Vlaams Block* de Flandes, las Ligas lombardas en Italia, la fuerte influencia de los "republicanos" en el Bade-Wurtemberg, etc.

Por otra parte, la propia extrema derecha no está a cubierto de diferenciaciones internas sobre la cuestión europea. Su credo puede ser, bien la defensa de la soberanía nacional contra los "eurócratas" de Bruselas (como hace el Frente Nacional en Francia), bien un nacionalismo de identidad regional/3.

En ese contexto se ha desarrolla-

do el debate sobre la "nueva ciudadanía".

La ausencia de control sobre los cargos públicos electos es tan antigua como la democracia representativa formal. Hoy la gente soporta cada vez menos una delegación de poder sin control regular y sin posibilidad de intervención: es una cuestión de interés. Esta evolución puede sorprender cuando asistimos a una crisis de la conciencia de clase y a un debilitamiento de las movilizaciones sociales de masas. ¿Quizás esta tendencia a sentir, cada vez más, la frustración de una democracia de fachada es una conciencia devaluada y apolítica, puesto que no se combina con el reconocimiento de una pertenencia de clase?

En realidad, parece que nos encontramos ante un proceso combinado. Esta conciencia individual (que no hay que confundir con el individualismo cantado por los ideólogos burgueses) no es necesariamente el fruto de un deterioro de la conciencia colectiva. Expresa -o puede, al menos, expresar bajo ciertas formas- otro aspecto de la conciencia de clase, en las nuevas condiciones socioeconómicas.

El nivel cultural medio ha mejorado; la urbanización ha aumentado hasta el punto de plantear problemas nuevos de medio ambiente y de vida cotidiana; las calificaciones y la organización del trabajo han cambiado; las mujeres han entrado masivamente en el mercado de trabajo; la escolaridad se ha prolongado, etc. Todo esto

produce reivindicaciones de nuevo tipo, que se expresan bajo formas específicas. La aspiración a autodeterminarse y a poder decidir sobre la propia vida puede así dar nacimiento a una nueva configuración de la conciencia social de los individuos.

Nuevas Formas de Exclusión Social

La clase obrera conoció un largo período durante el cual su relación con el Estado y la "ciudadanía" fue más tenso que lo que conocimos después de la II Guerra Mundial. Es lo que Etienne Balibar llama una "extra-territorialidad"/4. Esta situación engendraba formas específicas de representación obrera, de cultura y de solidaridad. Salvo periodos excepcionales, la delegación de poder se hacía globalmente en beneficio de los "representantes cualificados" de la clase. Así, las fuertes concentraciones proletarias votaban en general y masivamente por quienes hablaban en nombre del proletariado. Y la rápida pérdida del control sobre estas burocracias políticas y sindicales parecía compensada por ganancias reales, logradas en las luchas pero luego garantizados por negociaciones y legislaciones. Los jefes de partidos y de sindicatos se encontraban dotados de un mandato permanente para tratar con el adversario de clase. Esta forma de representación política de la clase alejaba de la conciencia de la mayoría el problema general de

la democracia formal en el Estado.

Lo que el obrero obtenía para él, para su familia o para su comunidad, provenía de las luchas. Votaba para que esas victorias estuvieran protegidas "arriba" por gentes que representaban a su clase. Los burgueses no veían apenas en él a un consumidor, un usuario, o ni siquiera un ciudadano de cuerpo entero. La opinión burguesa oscilaba entre el paternalismo y el temor: se tenía compasión por la "pobre gente" y se fustigaba a la "chusma" de los barrios obreros.

Esta "extraterritorialidad", por emplear el término de Balibar, ha dejado de existir, hablando con propiedad. En su lugar, aparecen los problemas de los suburbios, los guetos de inmigrantes, las barriadas populares insalubres. Todo bastante diferente de lo que había sido característico de la antigua comunidad obrera, con sus fuertes lazos entre el hábitat y la fábrica. Nos encontramos, pues, ante nuevas formas de exclusiones políticas y sociales. Estas mutaciones han sido ampliamente analizadas, en múltiples estudios, a propósito de la desaparición de las colectividades sociales ligadas a los sectores industriales dominantes del pasado: astilleros navales, minas, siderurgia, ferrocarril, automóvil.../5.

El Estado del Bienestar ha codificado progresivamente la relación con él de los individuos (incluso proletarios). Se ha realizado un doble movimiento. Las burocracias "representativas" de la clase se han

encontrado cada vez más cooptadas, integradas y comprometidas en la gestión global del sistema. Luego, el propio Estado ha ampliado y sistematizado su gestión de las relaciones sociales. El salario indirecto ha tomado amplitud; las negociaciones sociales se han sistematizado; el arbitraje aparente de los poderes públicos se ha extendido.

La mutación del estado burgués ha provocado y acompañado la mutación de las burocracias representativas del mundo obrero. La gestión municipal prolongada de estas últimas se ha comprometido cada vez más con la patronal local. La creciente extensión de las mutuales o la cogestión de las instituciones de protección social han aumentado los fondos que gestionan en nombre del estado. A partir de ello, la calidad de representantes de los trabajadores pierde sentido progresivamente en las conciencias y, por supuesto, en los hechos. Una terminología mediatizada viene a punto para regularizar la situación: se comienza a hablar de "clase política" para referirse tanto a partidos de la izquierda parlamentaria como partidos de la derecha tradicional. Y esta extraña "clase" es concebida por la mayor parte como el conjunto de quienes tienen como oficio hacer política para repartirse el pastel.

Por otra parte, las políticas de austeridad han debilitado la fiabilidad de los servicios públicos, hasta tal punto que se ha hecho más complicado hoy defender nacionalizaciones y hacer de ello una perspectiva

progresista. Se ha pasado, un poco en todas partes, de tentativas de mejora de la formación profesional a una simple gestión del paro/6.

El sistema de convenios colectivos ha retrocedido en muchos países. La institución escolar está en crisis y no puede ya crear ilusiones sobre la igualdad de oportunidades. La exclusión se desarrolla en todas partes, primero en terreno social, luego político. El Estado tiene cada vez más dificultades para presentarse como algo por encima de las clases y defensor de una justicia redistributiva... Pero no aparece tampoco como lo que es, es decir, como el Estado de una clase. Para un gran número de gente se ha convertido sencillamente en una guarida de ladrones y de mafias.

¿Podría este rechazo de los políticos atenuarse mediante el recurso a una "nueva ciudadanía" basada en la dimensión regional o nacional? ¿Resuelve el problema votar como ciudadano valón por Walonia o como ciudadano escocés por Escocia? Ciertamente no, mientras esas instituciones sigan siendo un valor demagógico de la dictadura del mercado y de las ganancias.

Una "nueva ciudadanía" que reprodujera a nivel local las mismas delegaciones de poder que a nivel nacional: la ausencia de derecho de intervención directa de las poblaciones, la ausencia de revocabilidad de los electos, la ausencia de circulación en las informaciones, etc., no resolvería nada de la frustración actual. Ahora bien, en una época en

la que los viejos Estados pierden una parte de sus medios de intervención, es particularmente escandaloso pretender remediar el famoso "déficit democrático" de Europa sólo mediante la magia de las gestiones pretendidamente regionales o locales.

No se trata de negar la pertinencia de las reivindicaciones locales, regionales o nacionales. Muy al contrario. La sociedad nueva que hay que construir debería apoyarse en una profunda autoorganización local y en la autodeterminación... Pero esta perspectiva subversiva no es creíble más que inventando nuevas instituciones coherentes en relación a las evoluciones socio-económicas. Y esto debe referirse hoy a toda la dimensión europea.

Racismo e Igualdad de Derechos

Evidentemente la cuestión del racismo y de los inmigrantes que provienen del tercer Mundo o de la Europa del Este no es la menor de las cuestiones cuando se quieren abordar, en su conjunto, estos problemas de ciudadanía y de derechos.

Encontramos aquí, una vez más, la dicotomía productor/ciudadano. En todo sistema de segregación del mercado del trabajo una disparidad de derechos cívicos acompaña a la estratificación de la fuerza de trabajo. Así ocurrió durante mucho tiempo con el derecho al voto de las mujeres; también con al *apartheid* sudafricano. El final de estos sistemas extraeconómicos de regulación

no significó, por otra parte, que las segregaciones desaparecieran. La suerte de la mayoría de las mujeres trabajadoras o la suerte de los negros en la Sudáfrica *postapartheid* lo demuestran sobradamente.

Pero, en todo caso, una parte de la fuerza de trabajo es "tratada" por el sistema como una "pura fuerza de trabajo", es decir, sin acceso a la ciudadanía convenida.

Estas complejas segmentaciones son legitimadas en nombre de los diversos prejuicios "naturales", de sexo, nacionalidad, de cultura y de "raza". El Estado hace opaca su naturaleza de clase a los ojos de los trabajadores, (re)presentándose de forma diferente a las diferentes categorías. Pone cara de dotar a algunas de una parte gratificante de soberanía que niega a otras. Algunos son "ciudadanos" de cuerpo entero, otros no... Es claramente un racismo de estado, ligado a la gestión de la fuerza de trabajo en beneficio del capital.

Este racismo no tiene especialmente el color del fascismo, de la socialdemocracia o de la derecha tradicional. Es un dato permanente del Estado burgués. No es dependiente de los aires que corran, de las presiones demagógicas u otras cosas; se basa en la función permanente del Estado en lo que concierne a las condiciones generales de la producción.

Se encuentra también en el acuerdo de Schengen y en las diversas reuniones europeas que tratan de la emigración y de los "nuevos flujos migratorios".

Es interesante seguir, a este propósito, lo que ocurre con Europa del Este. En estos países, en los que la transición hacia el capitalismo sigue siendo lenta, caótica y desigual, hay una fuerte desconexión entre la circulación de los capitales, de las mercancías y de las personas. Ahora bien, las condiciones de la "caída del muro de Berlín" han hecho que una parte sustancial de la fuerza de trabajo de esos países pueda ser libre de venderse, cuando otras componentes de la economía de mercado está aún en sus balbuceos. Resultado: una parte de esas personas se estiman libres (debido a su "liberación del comunismo") para venir a vender su trabajo allí donde el mercado de trabajo parece más abierto, en Europa del Oeste.

Esta desconexión entre la posibilidad del libre circulación de las mercancía-trabajo y el resto del mercado plantea problemas inmediatos a los señores de la Comunidad. Hemos visto con qué vigor Italia ha expulsado a los albaneses. Y el debate en Alemania sobre el derecho de asilo muestra claramente que no se trata simplemente de ideología y de prejuicios de extrema derecha.

Es necesario, pues, que el Estado -o los Estados- instaure nuevas reglas para mantener las inercias y las segmentaciones tradicionales del mercado mundial, para que se perpetúe la separación entre, por una parte, la circulación de las mercancías y de los capitales, y por otra

parte, la de la fuerza de trabajo. Nuevas jurisdicciones, nuevas represiones... el Estado desarrolla su racismo funcional.

A partir de esto, el Estado tiene necesidad de una justificación comunitaria, "nacional" y cultural. Para romper la unidad objetiva de todos los que venden su fuerza de trabajo debe reproducir una ficción idealizada de la nación, o de la etnicidad. La definición de la ciudadanía viene así a coronar la segregación.

El "ciudadano" teórico, en Europa del Oeste o del Este, es imposible de encontrar. La separación querida entre productor y ciudadano es cuidadosamente reproducida por el poder. Además, el productor no tiene poder, como el ciudadano carece de soberanías sobre su vida y sobre la sociedad. Pero en adelante, la crisis económica, las mutaciones sociales así como la unificación europea resaltan, más que en el pasado, el vacío de poder asociado a la noción de "ciudadano".

En la práctica, la gente está tan preocupada por poder determinar su vida profesional como su condición de consumidora. No está más abierta a aceptar despidos como una simple fatalidad que para aceptar la construcción de una autopista a dos pasos de su casa en nombre del "interés general". Mucha no ve ya por qué la razón de Estado bastaría para "justificar" los gastos militares y el envío de tropas al extranjero. Percibe cada vez menos para qué

puede servir votar regularmente a algunas camarillas políticas si ello, de todas formas, no tiene ninguna consecuencia práctica sobre el sistema educativo, sobre el sistema de información y de decisión en general u otros asuntos...

Así empiezan a cohabitar dos frustraciones. La de una ciudadanía formal sin poder y la de una situación social precaria. La fuerza política que dé una respuesta y una interpretación a todo esto ofrece recuperar una esperanza, o incluso un proyecto de contra-sociedad. No hay que olvidar que la extrema derecha es ya candidata a esa tarea. Partiendo de la crisis del Estado, satanizando a "los otros" (los inmigrantes, el Tercer Mundo, o bien otras regiones del país), pretende responder a la aspiración popular a un mundo racional sin corrupción y sin miseria. ¡Un orden reencontrado!

Para Reunificar Productores(as) y Ciudadanas(os)

Es interesante señalar la aparición de diversas iniciativas de izquierda que buscan responder a estos problemas. En Francia la revista *M*, de marzo de 1992, acaba de publicar un "Manifiesto Ciudadano" firmado por diversos intelectuales y subrayando principalmente "el derecho para cada cual a ser útil, socialmente, y a que esta utilidad sea reconocida". Poco más o menos, en el mismo momento se lanzó un llamamiento con el título

de "Izquierda fin y continuación", en el que, partiendo de la crisis de representación, se reclama un "nuevo equilibrio de poderes"... para "reanimar el espacio público de deliberación" /7. El llamamiento termina diciendo! "Trabajamos por una utopía moderna y modesta, que no oponga ya al individuo y la sociedad, sino que esboce un futuro: hacer posible, con un mismo gesto, más individuo y mas sociedad...".

En Bélgica han aparecido dos iniciativas paralelas. Tras la con-moción de las elecciones del 24 de noviembre de 1990, en las que el *Vlaams Block* alcanzó el 25% en Amberes, se constituyó en Flandes una "Carta 91" que se presenta como un "movimiento de ciudadanos". Intenta "la puesta en pie de órganos y de nuevas instituciones que permitan el control y la participación directa del ciudadano". Denuncia la crisis, la degradación de las ciudades, el racismo, una Unión Económica y Monetaria elaborada no democráticamente. Una carta análoga se ha formado en Valonia. En Bratislava, se ha celebrado el pasado marzo una reunión titulada "Conferencia de los Ciudadanos" europeos, consagrada principalmente al nacionalismo y al racismo. Miembros de movimientos diversos, provenientes de toda Europa, han debatido sobre los problemas de ciudadanía y de las instituciones políticas en Europa/8.

El problema está en la calle, cualquiera que sean los firmantes de tal o cual manifiesto.

No podemos darnos por satisfechos con los apañes que intentan hacer los gobiernos para fomentar ilusiones. El derecho de voto y de elegibilidad en las elecciones para todo natural de la CE no es, hablando con propiedad, un "progreso" en la medida que introduce el problema de una "identidad" europea que se basa en la política de seguridad e imperialista de Schengen.

El fracaso reciente del referéndum local,organizado por la Administración de Amsterdam, sobre la regulación del tráfico de automóviles muestra que no es así como se podrá pretender dar a la población trabajadora un poder de decisión. Igualmente, el derecho de voto de los inmigrantes en Holanda en las elecciones locales, aunque sea una conquista que habrá que defender, si llega el caso, no resuelve nada del racismo. Las instituciones burguesas no son capaces de proporcionar la menor parcela de derecho cívico real, y el sistema no puede sino engendrar un falso semblante de democracia directa. El deseo y la posibilidad real de control vendrán de las movilizaciones de masa, independientemente de las instituciones. Nada que ver, pues, con una estrategia de desgaste y "contrapoder" en el Estado.

Para que esto tenga una finalidad es preciso que haya una real estrategia, formas de movilización y relaciones de fuerzas. No hay que contentarse con una microdemocracia basista: es claramente el poder

de arriba y el objetivo... Hay, entonces, que llenar la separación entre las luchas de empresas y los movimientitos sociales.

Hay que hacer experiencias complementarias y cada vez más imbrincadas. Y para ello hay que evitar dos errores simétricos: creer que la importancia de las luchas de empresa pertenece al pasado del viejo movimiento obrero; o pensar que los movimientos sociales fuera de la empresa no representan sino una conciencia desviada, difuminada y coyuntural del "verdadero" combate de clase. Los dos se sitúan en terrenos que la burguesía ha separado conscientemente para mutilar aún mejor la conciencia de clase. Los primeros están ligados a la lucha en la producción; los segundos a los dominios de la reproducción de la fuerza de trabajo. Tocamos aquí un debate aún sin desbrozar sobre la naturaleza y la heterogeneidad del "sujeto revolucionario" y sobre la diversidad de la representación del movimiento de emancipación.

Soñemos, pues, un poco, puesto que tanto se habla de la "reconstrucción" del movimiento obrero y de los movimientos sociales.. Imaginemos casas en barrios y ciudades en las que cohabitarían todas las asociaciones y todos los sindicatos, donde sería posible trabajar diariamente entre movimientos antimilitaristas, feministas, antirracistas, organizaciones de vecinos, grupos culturales, movimientos de jóvenes, estructuras pedagógicas alternati-

vas, sindicatos... Lugares en los que sería posible trabajar en la reunificación del tejido social roto de los suburbios insalubres... Abiertos a todos y todas, como contrapoder, como centro de movilización y de vigilancia.

Esto podría permitir desarrollar campañas unitarias de masas, que reunificaría productor/productora/ciudadano/ciudadana. En este aspecto, estoy totalmente de acuerdo con André Gorz cuando escribe: "El movimiento obrero debe acordarse (...) de que originalmente ha salido de asociaciones de cultura obrera. No podrá perpetuarse como movimiento mas que si se interesa por el desarrollo humano fuera del trabajo, tanto como en el trabajo" /9.

La crisis del estado nos ofrece así hoy algunas oportunidades para volver a dar coherencia y credibilidad a nuevas formas de radicalización que desemboquen en experiencias de masas de desobediencia civil. Utilizando las crisis institucionales actuales para denunciar la forma en que el sistema organiza el divorcio entre las dos esferas de nuestro ser social sería posible volver a dar crédito a la idea de una sociedad alternativa. Nuevas experiencias podrían entonces renovar el antimilitarismo revolucionario mediante un rechazo masivo de la mili obligatoria (en los países en los que se practica) y una negativa a pagar los gastos militares. El feminismo podría recuperar una amplia audiencia encontrando los medios para una batalla de masas en el te-

rreno del trabajo y de la igualdad.

Recordemos aquí los debates de los asalariados ingleses de la *Lucas Aerospace*, que, en 1975, discutían la reconversión de su empresa en una producción civil, o también la negativa a pagar la *poll tax* en Gran Bretaña, o la campaña en Suiza por "la abolición del Ejército", o la huelga de mujeres de 1991, también en Suiza, todas estas luchas indican una dirección, una "tendencia".

Pero el objetivo no debe ser una estrategia fragmentada, reducida a una especie de reformismo de "lo más próximo". Por el contrario, es la convergencia de estos movimientos y su independencia social en relación a los Estados y alas instituciones europeas lo que debe permitir una reactivación de las luchas anticapitalistas. Ello implica, paralelamente, un relanzamiento de los movimientos sindicales y el desarrollo de fuerzas políticas revolucionarias en un marco pluralista y democrático. Y por consiguiente, la necesidad de volver a pensar sobre una estrategia anticapitalista, renovando toda la problemática del control social y de la dualidad de poder.

La evolución del capitalismo nos abre así un nuevo campo de reflexión. Ha pasado el tiempo en el que consignas anticapitalistas podían concebirse en el estricto marco "nacional". Ahora el desafío es relacionar movimientos de lucha y de control en todos los aspectos de la vida social (educación, transportes, alojamientos, luchas reivindicativas

en la empresa, antirracismo, antimilitarismo, antisexismo, etc) con una convergencia europea de conjunto.

Este es el gran desafío de la izquierda revolucionaria europea: apoyarse en la crisis del estado-nación, unificar los diversos terrenos de lucha y volver a dar credibilidad al proyecto socialista, definiendo una Europa alternativa a la de Maastricht

Notas

1/ Gran Bretaña controla 120.000 millones de dólares de inversión (a junio de 1990) en Estados Unidos, lo que equivale a más de una tercera parte de las inversiones extranjeras directas (268.000 millones de dólares en total para Europa). Entre 1980 y 1990, mientras que el conjunto de las inversiones extranjeras se multiplicaron por cerca de 4,8, las británicas lo hicieron por 8,5. en 1989, 4 de las 10 mayores operaciones de inversiones fueron hechas por los británicos, así como 28 de las 109 operaciones de inversión de más de 100 millones de dólares. Desde 1987, las nuevas inversiones británicas han supuesto para Estados Unidos un 40% del total de nuevas inversiones extranjeras. Los activos británicos en Estados Unidos representan el 16,7% de las ventas extranjeras (el 32,2% de las europeas). Dado que estas inversiones se han hecho mayoritariamente en sectores tradicionales, dependen más de la coyuntura americana, lo que explica la ralentización de las mismas desde 1990.

2/ El Miti es un organismo público japonés que dirige las políticas de investigación y desarrollo de las empresas.

3/ Ver en *Le Monde* del 1 de enero de 1992 las declaraciones del dirigente de las Ligas Lombardas, Gianfranco Miglio, explicando que la identidad lombarda es el estar entre los más europeos de los italianos y abogando a favor de una Europa de las regiones.

4/ Balibar, Etienne: *Les Frontières de la démocratie*, París, La Decouverte, 1992.

5/ Bernard Francq, sobre las regiones mineras belgas, en *Contradiction* (Bruselas), 56, 1989. Alain Bihr, sobre todo en *L'homme et la société*, París, 98, 1990. François Bon, en "*Ouvriers, ouvrières*", *Autrement*, 1992).

6/ Este es lo que ocurre, incluso en países en los que había una larga tradi-

ción de inserción profesional mediante el aprendizaje. En Gran Bretaña, el *Industrial Training Act* (1964) ha sido desplazado por el *Youth Training Scheme* (1980). El primero era financiado por las empresas, el segundo por el Estado. El primero estaba gestionado paritariamente con los sindicatos, el segundo por los patronos. Se ha pasado de un salario de aprendizaje a una indemnización de formación...

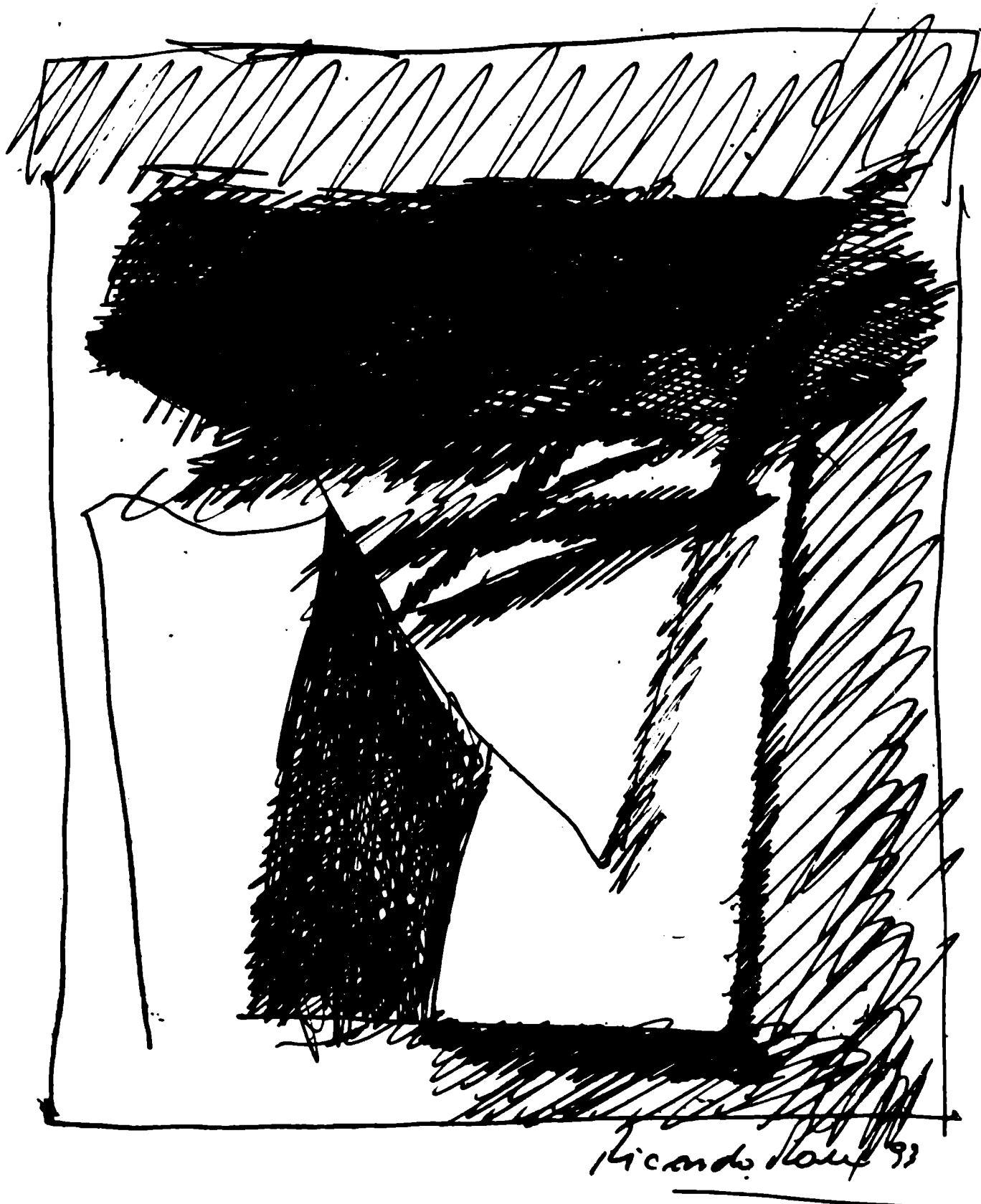
7/ *Le monde*, (2, abril, 1992).

8/ *Helsinki Citizens Assembly*, 2ª Asamblea General, 26-29 de marzo 1992. Bratislava.

9/ Gorz, André: *Metamorphose du travail*, París, Galilea, 1989.



Publicado originalmente en *Critique Communiste* / Abril-Mayo de 1992 / París.
Traducción: Alberto Nadal



Ricardo Ruiz 93

george labica

"Maastricht no es nuestra Europa"

Hacia fines de Octubre del año pasado, George Labica -filósofo, vicedecano en la Universidad de París X-Nanterre autor de numerosas obras, entre las que se destaca el reconocido Dictionnaire critique du marxisme estuvo en nuestro país para dictar un seminario en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y dar un ciclo de conferencias en las ciudades de Buenos Aires y Rosario, auspiciadas por las revistas Actual Marx y Cuadernos del Sur.

Alberto R. Bonnet, Rossana Sansubrinio y Eduardo Glavich, en nombre de Cuadernos del Sur, realizaron un extenso reportaje del que publicamos los aspectos más destacados.

Cuadernos del Sur: Acaba de llegar usted de Francia y resulta imposible dejar de pedirle su evaluación acerca de los resultados del referendun sobre el Tratado de Maastricht.

George Labica: Fue algo muy complejo. Hay dos cosas que me parecen importantes. La primera es que la gente, masivamente, no ha votado para confirmar el Tratado de Maastricht. Hay sólo un 2% de los electores que ha votado después de leer el Tratado. Los otros han votado por tres cosas: la primera y segunda, por el temor a las desiciones de la Europa unida, en materia agropecuaria (los campesinos) y en materia de restricciones y regresiones en el plano social. La tercera fue una cuestión de política interior francesa. El voto por el Tratado de Maastricht anticipó por poco tiempo las elecciones legislativas y éstas por poco tiempo las elecciones presidenciales; es decir, el voto fue en un caso favorable a la continuación en el poder de los socialistas y en el otro caso el voto fue una condena de la política de los socialistas. La segunda cuestión es el resultado de las elecciones. Las elecciones han sido la prueba de un fenómeno nuevo que es una recomposición del cuerpo electoral, porque en el campo del "sí" hubo tanto electores de la derecha como electores de la izquierda y en el campo del "no" lo mismo. Hay dos grandes partidos de derecha en Francia: en el PRP de Chirac, la dirección

del partido ha llamado a votar "sí" y cerca de un 75% de los militantes han votado "no" porque en el interior del partido surgió una corriente animada por hombres de centro-derecha y cercanos a las opiniones del frente nacional, de extrema-derecha. En el segundo partido de la derecha, la UDF de Giscard, el 80% ha votado "sí". En el P.S., que ha llamado a votar "sí", hubo un 30 o 35% de la gente que no siguió las consignas y votó "no". A favor del "sí" estuvo la casi totalidad de los militantes del P.C.F., que votaba "no", y la casi totalidad de los militantes del Frente Nacional de Le Pen, que votaban "no". De tal suerte, la sociología del referendun fue la siguiente: por el "sí", la burguesía, las corrientes que impulsan desde hace veinte años una Europa integrada, de competencia con los EEUU y con Japón, una Europa que no se preocupe más de los problemas sociales y agrícolas, y un sector muy amplio de los intelectuales ligados al poder socialista. Y por el "no" votaron las grandes masas de obreros, de campesinos e intelectuales de la izquierda que, aunque no verdaderamente extremista, miran siempre a los intereses sociales de los trabajadores. El resultado del voto, en consecuencia, fue una suerte de recomposición política y sociológica del cuerpo electoral, he aquí algo interesante. Aquí tengo una solicitada por el "no" de izquierda que fue firmada por intelectuales de la izquierda. Toda la campaña fue verdaderamente tremenda porque los medios, en su casi totalidad, fueron partidarios del sí. Durante el tiempo que pasó desde el inicio de la campaña hasta el voto propiamente dicho, el porcentaje en favor del "no" creció siempre y esto produjo casi un pánico en el campo del "sí", porque ellos creyeron al comienzo que habría un 75 a 78% en favor del "sí" y día tras día el "sí" retrocedía. En la campaña se vieron argumentos contra nosotros del tipo: "son prehistóricos", prefieren los nazis a la Europa" o también "prefieren un espíritu chauvinista a un espíritu europeo", y también nos acusaron de no ser capaces de comprender la democracia y de no merecer el derecho de voto. Esta solicitada no fue reproducida por ningún órgano de prensa -salvo "Le Rouge"- y los medios renunciaron a hablar de esta solicitada, prefiriendo dar publicidad a hombres de derecha o a Le Pen o, más aún, del P.C. Porque hay que decir también que entre la posición del P.C. -y es una lástima decirlo- y las posiciones del Frente Nacional el denominador común fue el nacionalismo.

CdS: A partir de lo que usted dice, parece que, a pesar de haber perdido el "no" (aunque por poca diferencia), el impacto de la votación por el "no" es casi tanta como si hubiera ganado.

GL: Totalmente. Se puede decir que si hubiera habido una semana más, o diez días más, el "no" hubiera podido ganar. Y ahora las cosas pasan de tal manera que todo es como si el "no" hubiera ganado.

CdS: ¿Cuáles eran los contenidos políticos de la posición no-nacionalista por el "no", que ustedes sostuvieron en esa declaración? ¿Cuál es la diferencia con la posición del Partido Comunista, por ejemplo?

GL: La diferencia es, en primer lugar, el rechazo del nacionalismo. En segundo lugar, la necesidad de extender el proyecto de la Europa unida al Este, para crear condiciones a fin de integrar a los países que piden su entrada como Rusia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, etc. En tercer lugar, la necesidad de crear las condiciones de una ciudadanía europea que no rechace a los trabajadores extranjeros a la Europa de los doce y también a los extranjeros a la Europa grande, es decir, a los trabajadores de Turquía, de Africa del Norte, de Africa negra, etc. La diferencia respecto de la igualdad y de una ciudadanía nueva. Las consecuencias del voto se ven a escala de Europa porque Francia fue uno de los dos países que eligieron el procedimiento de referendum para pronunciarse sobre Europa: Dinamarca, que votó "no", y Francia, que casi votó "no", un 50 y 50%. Y la influencia del voto francés se puede percibir claramente en España y en Italia, y en la Europa de Maastricht -que en sus principios no puede ser negociable, pues el Tratado está para tomarlo o dejarlo, pero no para transformarlo- se ve hoy que los principales jefes de gobierno como Mitterrand o como Kohl declaran todos los días que hay que tomar en cuenta las reivindicaciones sociales, los temores de los campesinos y de los obreros, etc. La Europa en cuestión ahora no existe. No existe porque Dinamarca se fue, Gran Bretaña e Italia han salido del Sistema Monetario Europeo, y en los otros países, se ha generado la conciencia de que en la Europa de los doce hay una escala de valores que permite distinguir entre los países más avanzados, que son Alemania y luego Francia, y los otros, más atrasados, entre los cuales se encuentran Grecia y Portugal. De tal suerte que la Europa aparece como una casa muy protegida y que quiere protegerse del exterior, y los que piden la entrada en Europa deben mostrar su propia dignidad: si tienen bastante dinero, si tienen un nivel de democracia aceptable, si tienen un nivel cultural, etc. Europa es casi una decoración. Ser ciudadano de Europa es un privilegio.

CdS: Vista desde Europa y teniendo en cuenta lo que dijo anteriormente sobre los resultados del referendum y la situación de la unificación europea: ¿cómo se percibe la lucha por la hegemonía mundial, tras el derrumbe del denominado "socialismo real" y cuando las tendencias mundiales parecieran orientarse hacia la globalización económica, la interdependencia creciente y la articulación de pactos regionales? La CEE es un caso, pero están también el NAFTA, el Mercosur, el sudeste asiático.

GL: El primer punto es que en la Europa actual hay ya una potencia hegemónica, Alemania, eso suscitaba temores de parte de otros países por razón de la potencia económica, demográfica, y por el recuerdo del pasado de Alemania; y ahora el factor de regulación transnacional es el "Buba" (el *Bundesbank*), que va a reglar todo el sistema monetario. Son decisiones del "Buba" no escritas, naturalmente, las que provocaron la salida de Gran

Bretaña y de Italia y las que controlan todas las economías. La potencia Europa-unida virtualmente puede ser la más peligrosa del mundo por el número de sus habitantes, su producción económica y, ante todo, su capacidad científica en materia de investigaciones de punta. Pero no estamos aún en esa Europa. El desarrollo de la Europa tal como lo previó el Tratado de Maastricht es un desarrollo totalmente orientado sobre la competencia a escala mundial, y hay que ver que la Europa en cuestión tiene ahora entre los doce un poco más de 30 millones de desempleados y tiene, según las estadísticas internacionales, 8 millones de personas en situación de lo que se llama "gran pobreza". Se puede temer que todo eso va a crecer: el desempleo, la gran pobreza, etc. En la lucha por la hegemonía mundial hay ahora tres polos: el europeo, el japonés y el estadounidense. En el caso de Japón, debe considerarse que ahora la economía japonesa conoce una suerte de crisis y que hay de parte del gobierno de Japón la voluntad de provocar una extensión de su influencia mediante negociaciones con lo que se llaman los "dragones y también con la China, que representa un mercado extraordinario. Existen ahora comienzos de una conexión entre China y Japón, y esto se ve cuando Deng Xiao-Ping habla del concepto monstruoso de un "socialismo de mercado" o un "liberalismo socialista". Yo estuve en Shangai hace un año y medio y he visto la construcción de empresas y de una bolsa de valores absurdamente gigantescas, que van a competir con Hong Kong, con Taiwan, etc. Los EEUU adquieren una configuración nueva, con acuerdos con Canadá y con México. Los EEUU se encuentran ahora en una posición que me parece defensiva. Para protegerse, deben ellos también provocar una extensión de su influencia y una extensión de su control sobre América Latina. El resultado de esa lucha no se puede saber, sólo se pueden hacer hipótesis.

CdS: ¿Y respecto de la expansión capitalista hacia la ex URSS? Un espacio económico con una importancia potencial de primer orden.

GS: Para emplear una metáfora que puede discutirse, pero que yo considero útil, el tipo de relación que va a establecerse entre la Europa privilegiada y la Europa del Este es del mismo tipo que las relaciones entre los EEUU y América Latina, o entre las antiguas potencias coloniales de Europa y Africa, porque en los países del Este, como se ve de manera concreta al interior de Alemania, la unificación fue casi un *Schluss* (una liquidación), es decir, una apropiación, una colonización, y el mismo fenómeno puede reproducirse a escala europea en la medida en que la Europa privilegiada va a tener una inmensa reserva de mano de obra en la Europa del Este y también una reserva de productos de base como petróleo, gas, etc., y va a realizar, cuando las condiciones se reúnan, inversiones enormes. Ahora, cuando se discute con compañeros de Africa, ellos tienen la sensación de que son condenados por la deuda, por formas de neoco-

lonialismo muy duras, muy agresivas, y además son condenados por el cambio de los circuitos de las inversiones que no van a ser hacia el Sur sino hacia el Este de Europa.

CdS: Eso dependerá también de cómo se desarrolle la crisis social en la Europa de Este, lo cual constituye un gran interrogante.

GL: Si, un gran interrogante, porque ahora los fenómenos son totalmente negativos. Los nacionalismos, los retornos a la religión, son regresiones profundas. Y en el caso, por ejemplo, de la ex-URSS, en Rusia, no se puede decir hoy que haya democracia, hay un tipo de régimen que al final se parece mucho al régimen precedente.

CdS: En una reciente entrevista que le hizo a Gorbachov la televisión argentina, en Moscú, éste acusó a Yeltsin de ser neostalinista.

GL: Claro. Sucede que hombres como Yeltsin y Gorbachov fueron y son hombres del antiguo aparato. Ellos creían y han creído hasta hoy que las cosas pueden cambiar *pour la tête*, y en el interior del partido el error fundamental de Gorbachov fue creer que un cambio se podía hacer al interior del mismo.

CdS: Pasando a un plano diferente, ¿cómo considera los movimientos sociales actuales, dentro de Europa, como las huelgas y movilizaciones de Alemania, Italia, y de los mineros en Gran Bretaña?

GL: Me parece que hay dos elementos. El primero es un elemento actual. Lo que pasa con las huelgas y las movilizaciones testimonian nuevas formas de lucha y una toma de conciencia de lo que pasa con la Europa y lo que va a venir. Es decir, políticas de austeridad como se ven en Italia o también en Gran Bretaña, políticas de regresiones sociales como cuando los gobiernos reconsideran las conquistas del movimiento obrero en materia de salud, de seguridad social, de enseñanza, de protección de la mujer, de los niños, etc. En Italia, donde el fenómeno es más importante, se ve que la brutalidad de la política de austeridad produce una movilización que no tiene igual desde hace 10 a 15 años. Lo mismo pasa y va a pasar en Gran Bretaña y también en Francia. En Francia hubo muchas manifestaciones de trabajadores y de campesinos, pero hay que precisar que las motivaciones de los campesinos y de los obreros de las grandes empresas no son las mismas. El segundo elemento es un poco prospectivo pues concierne al porvenir de la Europa, pero en función de su presente, de lo que pasa allá. En el referéndum, surgieron muchos argumentos en relación con el nacionalismo, sosteniendo que los nacionalismos de las naciones europeas estaban amenazados y debían protegerse. Yo creo que eso es una idea totalmente anticuada. Porque desde hace unos años en Europa se ve un fenómeno de recomposición, pero de recomposición que no se entiende sobre bases del Estado-Nación, en Francia, Gran Bretaña, Italia. El Estado-nación me parece una noción casi caduca. Las bases de la recomposición

son regionales y transnacionales. Y esto se ve bien, yo creo, en un país como Francia. Es un país ejemplar, desde el punto de vista del Estado-nación, por su fuerte y antigua integración, su tipo de gestión política y administrativa vertical, jacobina. En un país como Francia se ve una región como el Sudoeste (Toulouse-Montpellier) que se va reestructurando en relación cada día más estrecha con la Cataluña de España. Hay un acuerdo entre Toulouse y Barcelona, que se concretizó durante la preparación de los Juegos Olímpicos de Barcelona, con construcción de rutas, de ferrocarriles, nuevas líneas de aviación; hay integración de la economía de Cataluña con la economía del Sudoeste francés. Lo mismo sucede en el Norte. Lille tiene su mirada puesta en Bélgica y Holanda. Y en el Este, Alsacia-Lorena, vinculada por tradición con la Renania. No es por azar que el máximo de votos por el "sí" fue en el Este de Francia. Cuando se mira a Italia, está el fenómeno nuevo de las ligas. Las ligas, como la liga Lombarda, no se deben apreciar como un movimiento de tipo nacionalista, neofascistizante, porque no es el caso. Incluso hay trabajadores en la Liga Lombarda. Lo que las motiva es la voluntad de terminar con la ayuda en dirección del Mezzogiorno: donde se crean las riquezas debe estar la posibilidad de conservarlas, y no de servir de ayuda al Mezzogiorno (se sabe hoy que el Mezzogiorno italiano está totalmente controlado por la mafia: un estudio reciente de un grupo de sociólogos italianos muestra que el presupuesto de la mafia es hoy una vez y media superior al presupuesto de todo el Estado Italiano). Un fenómeno análogo se produce en Escocia, La Gran Bretaña, desde el punto de vista del nacionalismo y de la recomposición, tiene desde ya su problema con Irlanda. Pero hay un nuevo problema con Escocia. Parece manifestar un deseo de autonomía. No es el deseo de autonomía lo que me parece interesante, sino las condiciones de este deseo. Es que Escocia, como la Lombardía en Italia, como la Cataluña en España, tiene ahora muchas riquezas: son las riquezas petroleras del Mar del Norte. Y no quiere participar para el desarrollo de ciertas regiones que en gran Bretaña son regiones casi muertas, como las antiguas capitales del siglo XIX, Manchester, Liverpool, que son ciudades abandonadas, desertificadas.

CdS: Y respecto de estas recomposiciones regionales, ¿qué papel jugaron y juegan los partidos, las organizaciones de izquierda?

GL: Creo que hasta hoy no comprendieron nada de esta situación... Salvo un partido como el Partido Comunista de Cataluña, que tiene una posición muy lúcida sobre el fenómeno de la recomposición. No por su propia influencia, sino por su pensamiento. La izquierda en Francia está en descomposición. Hay fuerzas centrífugas en el Partido Socialista y en el Partido Comunista, cuya influencia se reduce de día en día. La cuestión es saber si pueden reunirse las condiciones para agrupar todas esas fuerzas

diversas que provienen del Partido Socialista, del Partido Comunista, de la extrema-izquierda, de los ecologistas, del movimiento de los jóvenes contra el racismo, en favor de la paz, el movimiento de las mujeres. Hay un potencial considerable, pero es un potencial muerto si no se producen las condiciones de una unión, y de una unión de tipo orgánico, con un programa de alternativa. Ahora, hay deseos de muchas partes, pero no hay realidades.

CdS: Pero, volviendo a lo que usted decía antes respecto de que en esta década asistimos al derrumbe de los Estados-nación, y de que toda esta recomposición geográfica está sustentada más en razones económicas que en cuestiones nacionalistas o fundamentalistas, ¿puede esto dar lugar a la construcción de un nuevo internacionalismo en los movimientos sociales, acorde con la nueva transnacionalización del capital, o vamos a asistir más bien a recomposiciones sociales regionales?

GL: Es difícil de responder, porque ahora son tendencias más que realidades. Pero si por otro lado se observa lo que pasó en Yugoslavia, se advierte que el fenómeno de descomposición de la federación yugoeslava se inició con una primera secesión que fue la de la Eslovenia. Ahora nadie habla de Eslovenia. Se habla de Serbia, Boznia-Herzegovina, Montenegro, pero no de Eslovenia. Fue captada por el antiguo arco austro-alemán sin problema. Durante todo el período del comunismo en Yugoslavia, la Eslovenia, que es el país más desarrollado de toda Yugoslavia, orientó su economía más en dirección de la Europa (Alemania y Austria), que en dirección de los países del Este. Los medios ahora tienen la vista puesta sobre la guerra, que es naturalmente dramática, de demencia, pero hay también recomposición. El papel de Alemania en Yugoslavia es un papel considerable. también el papel del Vaticano. No hablamos aquí, como según las viejas costumbres, de una actitud sospechosa, de las manos del extranjero, de los servicios secretos, pero el Vaticano ha tenido un papel importante incluso en la liberación de Darnas. Pero son tendencias. hay también movimientos que podrían contrariar esas tendencias.

CdS: Y en esas condiciones, ¿cuáles serían las líneas generales de un programa de alternativa?

GL: Un programa de alternativa tiene ahora dos niveles. El primero es el de una lucha cotidiana, digamos una lucha generalizada, para impedir las regresiones de la democracia, para defender y, si se puede, extender los procedimientos democráticos en todos los países. Y el segundo nivel es el de la necesidad de recomposición de las fuerzas agotadas para una alternativa. En Francia hay un movimiento que va a esbozarse y que es una alianza entre verdes, rojos, y rosas que salen del Partido Socialista. Y, en lo que concierne al poder socialista, se ve hoy que renuncia definitivamente a una unión de izquierda. Ahora se orienta, mirando las próximas elecciones legislativas, hacia una estructura socialista y centro-izquierdista. Pero no

sólo centro izquierda, como dicen ellos, también centro-derechista, una recomposición con hombres como Mitterrand, pero también con Rocard, Fabius y el ex-presidente Giscard D'Estaigne. El problema en Francia y también en Alemania y bajo otras formas en Italia -en España sucede otra cosa- es el problema del movimiento ecologista. Porque el movimiento del medio ambiente hoy se ha dado estructuras: en Francia tenemos dos partidos verdes, y la insistencia en una organización de tipo institucional, de tipo partidario, en el movimiento, va a estorbar la movilización que estuvo en el origen del mismo. Ahora los jefes de los dos movimientos ecologistas se comportan como jefes de partidos mirando a las elecciones. Ahora están negociando circunscripciones electorales con los socialistas y mañana negociarán también con la derecha, si la oferta de la derecha es más portante que la de la izquierda, y los militantes tienen totalmente un sentimiento de decepción. Se ve en el referendum. Antes del voto de Maastricht hubo congresos de ecologistas, en los dos movimientos, y la dirección de cada uno decidió impulsar el voto en favor del sí y los votos internos en los congresos ecológicos mostraron que ambos movimientos se cortaron en dos. No se puede decidir una posición en nombre del movimiento. Ahora hay una lucha. En Alemania, las cosas son un poco diferentes, pero la etapa de la discusión entre los que se llamaban "realistas" y los "fundamentalistas" fue un poco sobrepasada hoy. Hay formas de integración de los verdes alemanes en las instituciones de las provincias, de los gobiernos locales, como se ve en Frankfurt con el "revolucionario" Cohn-Bendit.

CdS: Y este proceso de reorganización de la izquierda y de las fuerzas sociales: "implica una reformulación teórica del marxismo, conforme una perspectiva de reorganización de la izquierda?"

GL: Seguro. En lo que concierne al marxismo hay una doble operación que se debe cumplir. La primera es la de una liberación, sin preguntas sofisticadas, como las que hacía ayer una compañera en la presentación de vuestro libro *: "interrogación semántica"... Es una tontería. No sólo hay que liberar a Marx de los errores, de los dogmatismos, sino también devolver a su pensamiento su fuerza de transformación. El primer trabajo es un trabajo de salud, de higiene se puede decir, cómo volver a poner en marcha al propio Marx. Sartre tenía razón hace treinta años: el marxismo se paró, y hoy hay que volver a ponerlo en marcha. En el segundo trabajo no podemos contentarnos con la voluntad de limpiar a Marx. Se necesita tomar en cuenta fenómenos que ya Marx no conocía, que son fenómenos nuevos, numerosos. Marx fue un hombre que estuvo totalmente convencido de que los días del capitalismo estaban contados. Pensaba que la revolución socialista pronto se produciría. Hoy nosotros sabemos que las cosas no fueron así y que nuevos fenómenos surgieron en la realidad: el

fenómeno de Hiroshima, el fenómeno de la sumisión total del capital productivo al capital financiero, el fenómeno totalmente desconocido por Marx de la posibilidad de una extraordinaria integración de las conciencias a la ideología dominante a través de los medios de información. Cuando se ve que hay una vinculación estrecha entre el hundimiento de lo que se llamaba antes la forma-partido y que los partidos ahora se descomponen y de otro lado la potencia extraordinaria de los medios de comunicación se puede comprender que el capitalismo en su crisis tiene una fuerza más grande que en el tiempo en que Marx escribió "El Capital". Nosotros debemos estudiar todos estos fenómenos y comprender también que la lucha por el poder no puede tener la simplicidad que tenía en las cabezas de hombres como Lenin o Trotsky. Ellos pensaban que con el partido, con militantes heroicos, decididos, con masas que los apoyaran, la revolución se podría hacer temprano y después de la revolución, un desarrollo nuevo de las relaciones sociales, de la organización de la producción, etc. Eso hoy acabó totalmente. Hoy se ve que un proceso de transformación no se puede concebir más que con la vinculación, al mismo tiempo, de parte de todas las fuerzas, la vinculación de lo que pasa en el movimiento obrero, tomando en cuenta su tradición, sus conquistas, y también de los movimientos nuevos, de los colectivos, el movimiento de las mujeres, de jóvenes, de lucha por la defensa del medio ambiente. Hoy la pregunta que hay que responder es la de si se puede organizar todo eso a través de la forma tradicional del partido. Porque detrás de todo esto hay también otro hecho: el crecimiento verdaderamente considerable de la conciencia democrática de los trabajadores de países como los de la Europa occidental, y por cierto afuera es más alto, la de los trabajadores que hicieron la revolución del '17.

CdS: Nos resulta difícil conciliar esa elevación de la conciencia democrática de los trabajadores con lo que usted decía anteriormente del acople de esos mismos trabajadores con la ideología dominante. ¿Cómo puede explicarse esta aparente contradicción?

GL: Justamente, ellos viven las luchas en una contradicción. Los que en un barrio se movilizan para impedir la instalación de un sitio nuclear, contra la polución creada por una empresa, son militantes fuertes, movilizados, determinados, pero no se vinculan a un proyecto social más amplio que debería integrar otros movimientos. Es por eso que los colectivos de base sustituyeron en los últimos años a los sindicatos. Fueron luchadores, realmente luchadores, con fuerzas importantes, pero esas luchas no pudieron tener una salida, un éxito real, porque no confluyeron con otras luchas. Se ve bien en Francia con la lucha de los agentes de telecomunicaciones y también con una lucha que vuelve constantemente de las enfermeras, luchas que no son controladas por los sindicatos.

CdS: ¿Cómo se logra, entonces, darle una perspectiva global a las luchas?, ¿cómo se hace para unir estos elementos aparentemente antagónicos -sin hacer futurología- en caso de que el partido haya dejado de ser la organización que puede unificarlos?

GL: Ese es nuestro trabajo. Lo que es propiamente sorprendente hoy es que en el tiempo pasado el movimiento obrero, aún cuando no estuvo fuerte, tenía sus propios medios de información, sus propios canales. Hoy expresar masivamente esas ideas, nuestras ideas, no es posible. Hay una suerte de prohibición. Lo que se dice en la solicitada anterior no puede salir en cadena de televisión, no puede escribirse en la prensa, es una cosa tremenda. Madonna se puede hacer escuchar a escala mundial, nosotros no. Aún cuando estuviéramos mostrando nuestro culo.

CdS: Tal vez sea más tremendo viéndolo desde la perspectiva de un europeo, que en otro momento tuvo otras prácticas. En países como la Argentina, la censura ha sido permanente y los períodos de libertades públicas muy puntuales. Hay un dato que parece ser interesante: usted habla de los comités de base que se expresan por fuera de las estructuras tradicionales en Europa. Pero acá en la Argentina y en otros países de América Latina también parece ser que hay un agotamiento de las estructuras sindicales tradicionales. Pareciera ser una tendencia mundial. De hecho, cuando surgió Solidaridad en Polonia o la lucha de los mineros de Vorkuta, o cuando surgió el PT en Brasil, al margen de la estructura sindical tradicional. Ahora bien, llegó a la Argentina, con retraso, una vieja discusión europea acerca de la pérdida de centralidad del movimiento obrero. Sin embargo, la semana pasada los mineros ingleses se pusieron otra vez en movimiento y toda la parte contestataria de la sociedad se nucleó en una movilización de 150.000 personas alrededor de ellos; también la semana pasada en Bolivia, después de muchos años desde que la COB fue derrotada y aplastada y surgieron muchos movimientos sociales, cristianos de base, agrarios, etc., que no podían salir de sus reivindicaciones regionales, se pusieron en movimiento los mineros y hubo una manifestación en La Paz de 70.000 personas. Pareciera ser que las viejas disputas de la centralidad obrera no están resueltas, como dijeran André Gorz y tantos otros.

GL: No está resuelta, tienen razón. Las condiciones materiales están cambiando ahora, y es por eso que Major en Gran Bretaña no podrá tratar a los mineros como Thatcher ha tratado al movimiento que luchó durante más de un año en condiciones muy difíciles. Ahora los fenómenos que menciona son una fuente de esperanza. Creo en la posibilidad de difundir considerablemente nuestras ideas, porque las opiniones están muy maduras ahora. Las masas hacen la historia, y no los revolucionarios ni los intelectuales, pero hay que contribuir a crear las condiciones a informar, a tener debates.

CdS: Volviendo al plano de la reformulación teórica del marxismo, ¿qué aportes de corrientes marxistas del siglo XX le parecen a usted más importantes en vistas a esta tarea de reformulación?

GL: Todas las corrientes anti-dogmáticas. todos las corrientes que adoptan una actitud crítica sobre bases democráticas, de lucha, de rechazo a la integración en la ideología dominante. Son muchas. La de ustedes es una de ellas. Lo que intentamos crear en Francia con revistas como "Actual Marx". Ahora hay que tomar todo lo que se presenta, tratar de unir y debatir.

CdS: Y específicamente dentro de marxismo francés, después de la época de Sartre y Althusser y los debates de entonces, ¿qué pasó? ¿qué diría usted que sucedió después de ese rico período?

GL: Creo que en Francia hay una especificidad que fue la cooptación de los intelectuales de izquierda en las instituciones políticas, administrativas, y otras creadas por el Partido Socialista cuando accedió al poder en el '81. Y a ese fenómeno yo lo llamo, como en el pasado Julien Benda, "trahison des clercs" (traición de los intelectuales). En Francia se utiliza una expresión muy sabrosa que es "*ils sont montés à la sup*" o "*ils sont allés à la sup*". La mayoría, la enorme mayoría se pone al servicio del poder socialista en sus instituciones, como directores del gabinete ministerial, como autoridades en la universidad, como embajadores, etc. Y al servicio, también, de la ideología dominante. La mayoría de ellos fueron o se pretendieron marxistas, marxistas ortodoxos, maoístas, y hoy son ellos quienes hacen la ley, en las elecciones, los medios, la prensa, de tal suerte que en Francia es hoy una basura utilizar la palabra "marxismo", la palabra "comunismo", la palabra "revolución", verdaderamente existe una degradación de aquellos términos por parte de los "ex-marxistas". Son maoístas que creyeron hacer la revolución en Nanterre los que se encuentran entre los intelectuales que firmaron hace dos años una solicitada que apareció en una página entera del diario *Le Monde*, antes del referendun de Maastricht, dirigida a los miembros del congreso americano para que decidieran votar una intervención militar en Nicaragua. Es decir que las condiciones para expresar hoy, en Francia, una posición marxista, para hacer trabajar los conceptos del marxismo, y más aún, para expresar, publicar, son muy difíciles. Es menos difícil en Italia -no existen las mismas tradiciones-, o en Alemania.

CdS: En su seminario, alguien comparó ayer esa cooptación de los intelectuales con lo que sucedió en México durante años. Ahora bien, usted habló de una especificidad francesa, y los marxistas ingleses hablan, en el plano teórico, de otra "especificidad" para referirse a su propia corriente. ¿Cómo considera usted el marxismo inglés, que se desarrolló tanto mientras el desarrollo de las otras corrientes del marxismo, de alguna manera, se estancaba?

GL: El marxismo inglés, en toda su historia, no ha tenido otra cosa que grupos de intelectuales, pero no intelectuales vinculados al movimiento obrero. Son intelectuales brillantes, investigadores remarcables como Hobsbawm, Thompson u otros, pero no "intelectuales orgánicos" -como decía Gramsci- vinculados a los obreros como lo fueron los intelectuales que atravesaron el Partido Comunista francés o los movimientos de izquierda.

CdS: Y como contracara de este proceso, acerca del pensamiento burgués en filosofía y en ciencias sociales en general: mientras el marxismo es percibido de alguna manera como una corriente en debate, cuando no en crisis, ¿cómo considera la situación del pensamiento burgués?

GL: Yo creo que la evolución de la filosofía en Francia, en los últimos años, es muy sintomática. hace diez años, los tres polos filosóficos se identificaron con las figuras de Freud, Nietzsche y Marx. Hubo también muchos trabajos sobre Hegel. Hoy hay un doble movimiento de vuelta al pasado, antes de Hegel. No se habla de Freud, ni de Nietzsche, ni de Marx; se habla de Kant, de Fichte. Pero no del Kant y del Fichte progresistas, sino del Fichte teórico de la nación, etc. También de la filosofía medieval y antigua. Y el otro movimiento es casi una dominación de Heidegger. La actitud de los intelectuales franceses al respecto se ve claramente. Cuando salió el libro del chileno (Fariás) sobre el hecho de que Heidegger fue nazi del principio al fin de su vida, hubo en Francia una protesta extraordinaria contra el libro de Fariás. Esa protesta es interesante porque puede significar dos cosas: o bien los intelectuales que protestaron eran totalmente ignorantes, no conocían las posiciones de alemanes como Habermas, que decía la misma cosa que Fariás, pero desde hacía 20 años. La posición misma en Francia de Bourdieu. O bien son unos mentirosos totales, restringiendo Heidegger a la crítica de la metafísica, a la crítica de la técnica. Respecto de la más alta figura actual en filosofía política, Hannah Arendt, cada día un alumno me presenta un proyecto de tesis sobre Hannah Arendt, y ya estoy harto. Casi nadie en Francia menciona el tipo de relaciones que se establecieron entre Heidegger y Hannah Arendt. Arendt, la mujer del antitotalitarismo, y Heidegger, el hombre contra la técnica: una mujer que por una parte critica al nazismo y por otra parte vivieron juntos. Es un misterio, pero un misterio que no interesa a los intelectuales franceses.

CdS: De todos modos, ese auge de la filosofía heideggeriana invadió también, en parte, al propio marxismo. También hubo en Francia y en Europa en general marxistas existencialistas de raíz heideggeriana.

GL: No franceses, lo digo sin chauvinismo. Porque le diré que se olvidó totalmente que la primera tentativa de pensar Heidegger y la crítica de la técnica de Heidegger en términos marxistas es la de Henri Lefebvre, hace más de 30 años. Después los ideólogos ortodoxos, los que yo llamo "in-

telectuales Hi-Fi" (High Fidelity) del P.C.F. prohibieron totalmente la lectura de Heidegger, de manera tonta, como es tonta la actitud pro-heideggeriana de los otros hoy. Los intelectuales de izquierda se convirtieron en heideggerianos: una cosa triste, pero una cosa real.

CdS: Esta recuperación de la filosofía heideggeriana que usted describe, junto con toda una línea de pensamiento posestructuralista, confluyen en las tendencias posmodernas -que Jameson relaciona con la crisis de legitimidad del capitalismo tardío- que en Francia parecen seguir siendo fuertes.

GL: Muy fuertes. En Francia es una verdadera moda, una moda del "neo", neoliberalismo, neofascismo, nueva cocina también. La nueva cocina se caracteriza como los otros "neo" (nueva historia, etc.) porque no tienes nada que comer en tu plato, pequeñas verduras, pequeños biftecs, etc. Y el "post", postmodernismo, postcapitalismo, postsocialismo, todo "post". Y todo eso para enterrar toda forma de pensamiento político que vaya a poner en cuestión el estado real de las cosas. Es un rechazo, un verdadero rechazo: fin de la historia, fin de los grandes relatos -como dice Lyctard. Lyotard en otro tiempo fue una alta figura de la crítica marxista antidogmática y hoy va a pasar su tiempo en las universidades de los EEUU -que le pagan bien, por cierto. Es una lástima. Y aquí no arreglo ninguna cuenta personal. Creo que esta situación refleja las condiciones generales de la crisis, la crisis del pensamiento de izquierda, vinculada con la crisis del mundo capitalista. pero eso va a cambiar y los marxistas van a recuperar la palabra. Mañana, dentro de unos días, un mes, un año, pero eso va a cambiar.

CdS: Muchas gracias. Quisiéramos terminar aquí, porque sabemos de la intensa actividad que usted ha desarrollado en nuestro país durante los últimos días. Una última cuestión, sin embargo, nos interesa particularmente, a propósito de los que usted dijo anoche en la presentación de *La liberación de Marx*: la propuesta de elaborar una red de revistas, a nivel internacional. Para *Cuadernos del Sur*, por cierto, constituye una tarea necesaria en la que quisiéramos trabajar. ¿En qué consiste la propuesta?

GL: Enviaré, a partir de mi retorno a Francia, la lista de revistas que hemos realizado entre Francia, Alemania, Bélgica, Holanda, Portugal..., una red de revistas que ahora están decidiendo unir sus fuerzas, cambiando artículos y publicidad, pero de una manera muy orgánica. Y no hay ninguna intención de limitar esta organización a la Europa de los doce. Tenemos ya relaciones con compañeros de los países del Este, que luchan sobre bases marxistas en condiciones mucho más difíciles que las nuestras. Yo conozco muchos compañeros de los países del Este que fueron encarcelados y torturados por los regímenes estalinistas y que intentaron trabajar por una alternativa socialista en lo que se llamó "Revolution des Velours"

en toda la prensa, refiriéndose a la revolución en Checoslovaquia. Ellos ahora no pueden tener la palabra ni en Checoslovaquia, ni en Rusia, ni en Hungría, ni en Bulgaria. Cuando se expresan es a través de "Le Rouge", por ejemplo, o "Critique Communiste". Y cómo no incluir aportes de América Latina, y en particular de Cuadernos del Sur, teniendo en cuenta el magnífico esfuerzo que ustedes realizan en condiciones tan difíciles.

CdS: Otra vez muchas gracias.

Buenos Aires, octubre 1992

sous le drapeau du
socialisme

CORREO
Internacional

INPRECOR

Correspondencia de Prensa Internacional
para América Latina

* Labica se refiere al debate realizado en la presentación de la Ficha Temática Nro. 4 de CdS: *La liberación de Marx*, el 28 de Octubre de 1992.

El "no" de izquierda Por Europa, contra Maastricht

Partidarios de una Europa democrática donde todos los que viven y trabajan gozan de derechos sociales y cívicos iguales, sin privilegio particular para los naturales europeos de origen, de una Europa movilizadora contra la llaga del desempleo y por la ampliación de los derechos sociales de una Europa portadora de un nuevo impulso laico frente al retorno de los integrismos religiosos, de una Europa solidaria con el Sur y el Este, de una Europa resuelta a buscar la vía de un desarrollo compatible con la defensa del entorno y con la protección planetaria de los recursos naturales, nos oponemos al Tratado de Maastricht y a sus consecuencias.

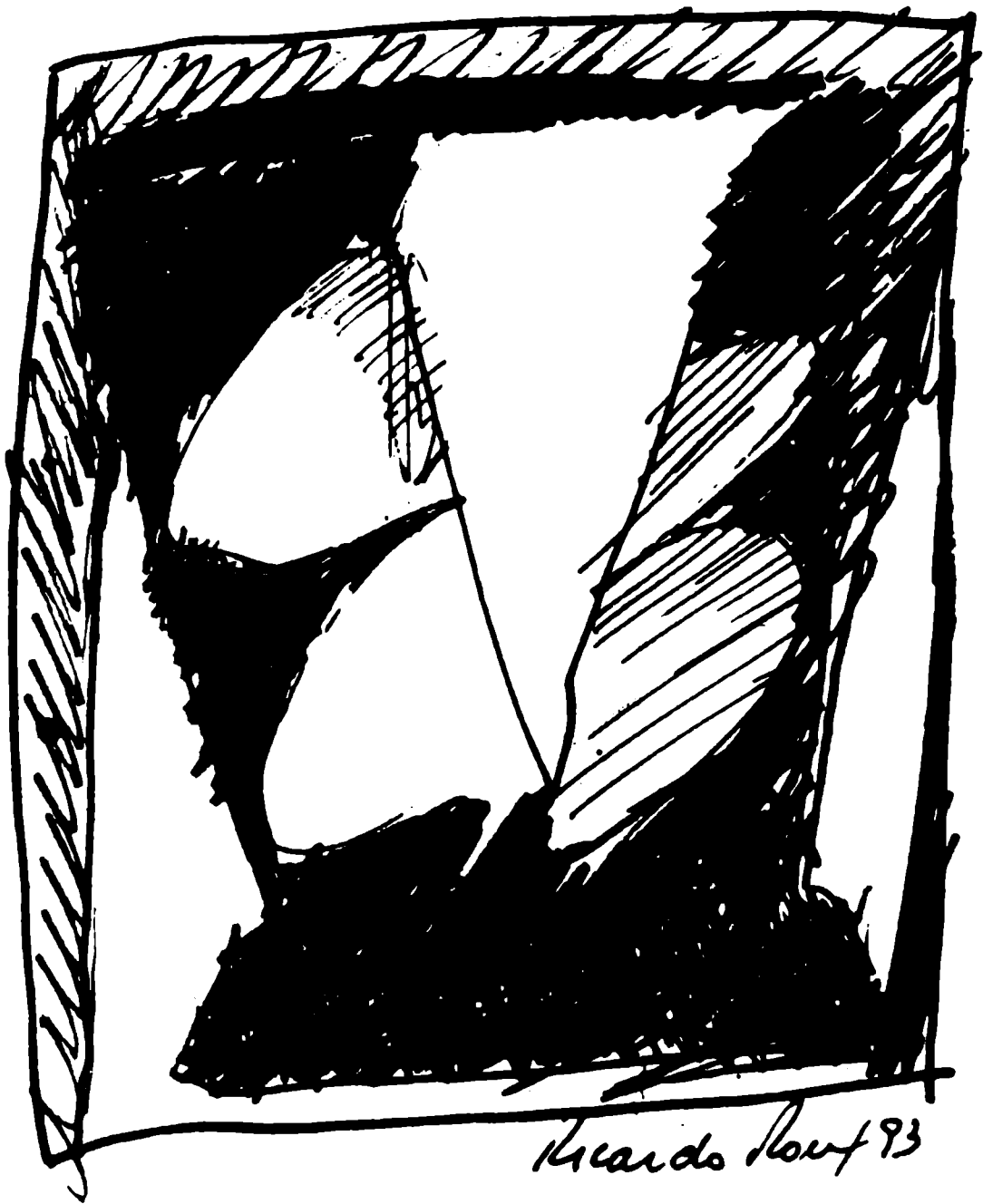
Maastricht no es nuestra Europa.

Es la Europa de la moneda y de las mercancías contra la de las mujeres y los hombres. Es la Europa de los banqueros y de los jueces contra la de los ciudadanos. Es un conjunto económico egoísta que pone sus buenas tierras yermas en el desierto de miseria que es el mundo. Es una fortaleza integrada en la Alianza atlántica bajo el cetro americano, y dispuesta a nuevas guerras del Golfo, y finalmente xenófoba.

Lo que se decide en el referendun no es pro o contra la Europa, sino por o contra este tratado, contra una Santa Alianza de los ricos contra los pobres, que recusa a las naciones para sofocar mejor la expresión democrática. A pregunta clara, respuesta clara: la nuestra es "no". Ahora que voceros del gobierno y dirigentes de la oposición liberal sellan una vergonzosa alianza para llevar adelante la campaña por el "sí", numerosos son los y las que rechazan Maastricht pero temen justificadamente mezclar sus voces con el "no" reaccionario y chauvinista de un Le Pen o de un de Villiers. Es necesario que se haga escuchar, sin compromiso con la derecha y respetando de nuestra diversidad, un "no" a Maastricht que, lejos de volver la espalda a Europa, sea un "no" europeo e internacionalista, para una Europa social y ciudadana, factor de mayor igualdad y justicia entre todos los pueblos del mundo.

Aparecido en *Le Rouge*, 9-VII-1992.

Primeros firmantes: David Assouline, Michele Veavillard, Yves Bénot, Daniel Bensaid, Claude Bourdet, Suzanne de Brunhoff, Alain Calles, Gérard Chaouat. Monique Chemellier-Gendreau, Antoine Comte, Didier Daeninckx, Christine Daure-Serfaty, Michele Dayras, Christine Delphy, Alain Dugrand, René Dumont, Gérard Filoche, René Galissot, Max Gallo, Gisèle Halimi, Albert Jacquard, Raymond Jean, Sylvian Joubert, Jean-Jacques Kirkyacharian, Alain Krivine, Georges Labica Bernard Laglois, Danielle Le Bricquir, Jean-Pierre Lemaire, Michel Lequenne, Anicet Le Pors, Albert Lévy, Michaël Löwy, Gilbert Marquis, Andrée Michel. Florence Montreynaud, Didier Motchane Gilles Perrault, Géraud de la Pradelle, Maurice Rajsfus, Siné, Francesca Solleville, Maya Surduts.



Ricardo Nov 93

MerCoSur *

Una vez más Adam Smith y Karl Marx

Desde la firma del Tratado de Asunción (marzo de 1991) el MerCoSur se ha convertido en un punto de referencia permanente de discursos oficiales, medios masivos de comunicación, reuniones empresarias, agenda de encuentros políticos, foros académicos y en menor medida tema de atención de la burocracia sindical.

Esta generalizada difusión no suele ir acompañada de un auténtico y amplio debate acerca de la viabilidad, beneficios y consecuencias para el conjunto de la sociedad del proyecto en marcha. El cauce que adopta la discusión, reiterada incluso en algunos círculos de izquierda, es que estamos en presencia de una realidad que se impone por sí misma, por tanto irreversible, se trata de ver entonces como los distintos sujetos sociales involucrados logran la mejor adaptación a ella.

Preocupados por los problemas contemporáneos de América Latina no podemos dejar de percibir al MerCoSur como un factor destina-

do a ejercer una impronta profunda sobre los "países-miembros". Para elucidar algunas de sus claves hemos tomado como punto de partida la situación de América Latina en la década perdida" -en el marco de la crisis mundial del capitalismo- para contextualizar el contenido de la Iniciativa para las Américas lanzada por el presidente Bush en 1991 y poder avanzar en las consideraciones sobre el origen, antecedentes, curso y destino del neoliberalismo que conduce al actual proceso de integración.

América Latina. La década perdida

La década del 80 ha constituido para América Latina la "década perdida" según la popularizada expresión acuñada por la CEPAL. Los indicadores socioeconómicos remarcan el agudo retroceso de la evolución económica de la región y el generalizado deterioro de las condiciones de vida de una porción mayoritaria de su población.

El crecimiento del Producto Interno Bruto para el período de 1980-90 se ubicó por debajo del 1,0% mientras que para la década anterior se registra un índice del 5,5% ello significa que la economía de la región considerada globalmente casi no ha crecido y la situación es más dramática si se considera el retroceso en el crecimiento del PIB por habitante que fue de 3.0 promedio para 1970-80 y cayó a -1,6 para el quinquenio 1980-85. Los coeficientes de la inversión interna bruta cayeron de 24.1 en 1980 a 16.3 en 1989. Todo esto sin olvidar el creciente endeudamiento externo que pasó de 228,236 millones de dólares para 1980 a 410.090 millones de dólares en 1989 ¹.

Esta presentación de algunos indicadores críticos no explica, ni muestra por si misma la naturaleza compleja y profunda de la crisis cuyas causas van más allá de la ineptitud y/o lucidez de las políticas económicas aplicadas por los distintos gobiernos de la región. En el análisis cabe distinguir dos elementos centrales para su comprensión.

1. El ciclo de la economía latinoamericana está ligado al comportamiento de la economía mundial en la actual etapa de transnacionalización del capital.

2. Esto no debe llevar a borrar las especificidades nacionales, aunque estas deben ser entendidas y analizadas en el marco más general arriba mencionado.

Si comparamos la evolución del

PIB de la OCDE (Organización de Comprensión y Desarrollo Económico) constituido por los 24 países más industrializados del mundo y A.L. aparece muy claramente la sincronidad del brusco descenso y crisis de la producción en 1975 y 1982, aunque con niveles distintos de caída y recuperación. Pero para el funcionamiento de la economía mundial no es lo mismo la caída de la Bolsa de Buenos Aires que la de Nueva York, la crisis no se trasmite entonces de la periferia al centro sino que se halla instalada en el epicentro mismo del sistema, es decir, en primer lugar en el principal país capitalista del siglo XX y en menor medida, aunque con consecuencias igualmente amenazantes, en el resto de los países del Norte.

No corresponde aquí discutir los diversos diagnósticos que se han hecho sobre las causas y características de la crisis, al respecto puede consultarse una extensa bibliografía²; sí nos interesa destacar que desde nuestra línea de análisis vemos en la crisis actual un papel similar al que desempeñaron para la historia del capitalismo las de 1873 y 1930. Crisis estructurales, que expresan el agotamiento de un modelo de acumulación y reproducción del capital pero que al mismo tiempo operan en un sentido remodelador que permite cristalizar un nuevo esquema de funcionamiento sin cuestionar las premisas fundamentales del sistema.

Para América Latina esta reorganización se hizo evidente a través

de las sucesivas formas de inserción al mercado mundial. En la etapa del surgimiento del imperialismo, en las últimas décadas del siglo XIX, su aparato productivo se orientó a la monoexportación primaria para atender a la demanda creciente de materias primas de los países centrales contando para su financiación con la inversión directa del capital extranjero en obra de infraestructura y el marco brindado por los consolidados Estados Nacionales. La crisis de 1930 conlleva una mutación igualmente profunda, generando una extendida industrialización sustitutiva de importaciones sustentada en la activa implementación por parte de los Estados de políticas intervencionistas mercado internistas. "Crecimiento hacia afuera" y "Crecimiento hacia adentro" fueron las fórmulas que vinieron a sintetizar las modalidades que adoptaba el desarrollo capitalista en América Latina.

La crisis de los ochenta, que es la crisis del modelo fordista de acumulación que alimentó la vertiginosa expansión de la segunda posguerra ha puesto al descubierto un conjunto de contradicciones que parecen como insolubles. Nos encontramos entonces con una creciente internacionalización del capital desplegando las nuevas tecnologías, remodelando el mundo del trabajo con sus consecuentes recalificación y desocupación de la fuerza laboral, expandiendo el crecimiento del comercio mundial a ritmos superiores que los de la producción generando una nueva división inter-

nacional del trabajo. No obstante estas inéditas transformaciones, el capitalismo debe seguir ubicando en el centro de sus preocupaciones las potencialidades (e incapacidades) para remontar la crisis y volver a ritmos de crecimiento similares a los de treinta años atrás.

Ni la euforia que siguió a la caída del Muro de Berlín, ni el éxito de la Guerra del Golfo alcanzaron para sanear el crónico cuadro por el que atraviesa la mayor economía capitalista del globo, algunos indicadores como:

- Déficit fiscal para 1992 de u\$s 335.500 millones, y estimándose para 1993 en los u\$s 341.000 millones.

- Caída del 66% de la Inversión extranjera directa entre 1990 y 1991.

- Tasa de desempleo del 7,8% de la PEA, el más alto desde octubre de 1984.

- Pérdida de competitividad no solo frente a Japón y Alemania, sino que pasó a ocupar el quinto lugar detrás de Suiza y Dinamarca.

De una manera elocuente muestran las dificultades de Estados Unidos por remontar esta persistente crisis cuyo origen está lejos de ser el poco interés del presidente Bush por los asuntos internos o el inadecuado manejo del déficit fiscal como nos propone Galbraith ³ en clave Keynesiana, que por otra parte no disimula su preocupación porque Estados Unidos siga un camino similar a que condujo al derrumbe de las economías del Este.

Por ahora los pronósticos de la

OCDE parecen mostrarnos que estamos frente a un moderadísimo crecimiento que cada vez más se presenta como contraste frente a las expectativas de un vigoroso aumento de la producción mundial. ¿Estaremos a las puertas de un modelo posfordista de regulación o las contradicciones del capital transnacional siguen operando para impedir el fin de la historia prometido?

América Latina tampoco ha quedado al margen de los efectos de las transformaciones del capitalismo, aunque paradójicamente las mutaciones de este trazan una nueva geografía en la división internacional del trabajo que la conducen a la marginalidad. Las ventajas comparativas que antes brindaban la abundancia de materias primas y la baratura del precio de la mano de obra son tendencialmente devaluadas por el nuevo modelo donde la revolución científico técnica permite la elaboración de materiales sintéticos y un uso intensivo de la fuerza de trabajo calificada con un alto nivel de productividad.

Conviene no perder de vista que los alcances de la crisis para A.L. no se limitan a los efectos mecánicos de la propagación internacional de la crisis del centro que operan través del comercio y las finanzas sino como muy bien lo destaca Ominani se suman:

“Los efectos secundarios de la internacionalización cuyas consecuencias más importantes son la intoxicación financiera, la petrolari-

zación y la industrialización extravertida. Por último, los bloqueos propiamente endógenos, que se refieren a la fragilidad de la regulación de conjunto, a la falta de institucionalización de la relación salarial y las desarticulaciones sectoriales”.⁴

En este sentido la disminución del precio de las materias primas o del quantum de exportación/importación de A.L. con respecto a Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea o la caída de la Inversión Extranjera Directa que para la región en 1980/84 representaba el 12,3 del total mundial a 7,6% en 1985/90, pueden dar una imagen de homogeneidad del conjunto de A.L. Sin embargo es esta una visión superficial, es más real que sobre la base de un retroceso del conjunto se ha dado un proceso diferenciador de las economías locales que culminó en distintos grados de inserción selectiva al mercado mundial, particularmente de algunos países como Brasil, Chile y México.

Estancamiento desigual pero también retroceso de los regímenes autoritarios marca el contexto regional de fines de los 80. Sobre este escenario EE.UU. necesita llenar de contenido su vacío de política exterior frente a América Latina al momento de la volatilización del conflicto Este-Oeste.

Iniciativa para las Américas

El 27 de junio de 1990 en la Casa Blanca el Presidente George Bush

pronuncia ante diplomáticos Latinoamericanos y del Caribe, miembros de su gobierno y representantes del Banco Mundial, Fondo Monetario internacional, Banco de Integración y Desarrollo y "líderes en las comunidades de negocios y finanzas" el discurso en el que esbozó la "Iniciativa para las Américas".

El diagnóstico parte de la constatación del resurgimiento de regímenes democráticos, "con una excepción": Cuba. Las transformaciones políticas, siempre en la visión de la administración de Bush, que se extienden al resto del continente, hallarían su correlato en la esfera económica:

"En toda la región, las naciones se están apartando de las políticas económicas estatistas que sofocan al crecimiento y buscan ahora el poder del mercado libre para ayudar a este hemisferio a darse cuenta de su potencial para el progreso todavía sin explotar. Ha surgido un nuevo liderazgo, apoyado por la fuerza del mandato del pueblo. Un liderazgo que entiende que el futuro de América Latina está en los gobiernos y mercados libres" ⁵.

La Iniciativa surge como un instrumento destinado a promover políticas neoliberales de desregulación estatal, privatización de empresas públicas y mayor apertura al comercio exterior frente a las recetas populistas, que son consideradas por su proteccionismo y distribucionismo la causa de todos los males.

El "nuevo liderazgo" emergente, a pesar del respaldo de Washington, aparece cuestionado y amenazado en Venezuela por lo desolador del ajuste, en Perú por el sesgo anticonstitucional de Fujimori, en Argentina y Brasil por la hipercorrupción de los altos funcionarios de gobierno y las dudas sobre la seguridad jurídica de los actos de gobierno. En síntesis, democracia y ajuste se presentan como términos difícilmente conciliables antes que compatibles.

Más allá de la retórica coyuntural ¿Por qué Estados Unidos apunta a "cambiar el foco" de la interacción económica? ¿Por qué caracterizar ahora a la región como de "vital importancia"?

Para contestar a esto nos remitimos una vez más a la crisis, que pone en evidencia el vertiginoso declive de la economía norteamericana, de allí la naturaleza contrastante entre la Iniciativa y la Alianza para el Progreso lanzada en 1961 por el presidente J. F. Kennedy.

La centralidad de América Latina estaba dada entonces por razones de seguridad hemisférica, para bloquear la posibilidad de que el ejemplo de la Revolución Cubana de 1959 se generalizara al continente. Se buscaba mediante la reforma agraria, los avances técnicos y una fuerte corriente de inversión de capitales alcanzar los objetivos oficialmente reconocidos de crecimiento económico, cambio estructural y democratización política. Este era el sentido más general de

la "alianza para el progreso", sin embargo el programa quedó prontamente opacado.

Treinta años después la Iniciativa se inscribe en un marco internacional signado por la descompresión del conflicto Este-Oeste, la obsesión por el libremercado y una agenda donde Washington coloca como temas destacados para su tratamiento con latinoamérica: inmigración, narcotráfico, protección del medio ambiente, control del terrorismo, etc.

El nuevo programa se asienta en tres pilares, luego de haber dejado en claro que ahora el crecimiento es entendido como producto de la responsabilidad de cada país en particular. El comercio constituye el eje central de la nueva política, la que debe contemplar también las inversiones y el tratamiento de la deuda.

"La prosperidad de nuestro hemisferio depende del comercio, o de la ayuda... la nueva Iniciativa para las Américas creará incentivos que refuerzan el creciente reconocimiento en América Latina de que la reforma hacia mercados libres es la clave para el crecimiento sostenido y la estabilidad política" ⁶.

La responsabilidad por el retraso del crecimiento del comercio hemisférico frente a la totalidad del intercambio mundial en los ochenta recae sobre las barreras aduaneras excesivamente restrictivas que separan asfixiantemente las economías de la región.

"Estas barreras son la herencia

de la equivocada noción según la cual la economía de una nación necesita protección para crecer. La gran lección económica de este siglo es que el proteccionismo sofoca el progreso y los mercados libres engendran la prosperidad" ⁷.

Para ello se propone crear una zona de libre comercio que abarque desde Alaska hasta Tierra del Fuego donde todos serán "socios iguales".

¿De alcanzar semejante propuesta algún grado de concreción Estados Unidos estaría resolviendo su crisis de mercados?

La rivalidad comercial con la cuenca del Pacífico liderada por Japón y la Comunidad Económica Europea encabezada por Alemania unificada obliga a los Estados Unidos a recrear las condiciones que devuelvan rentabilidad y eficiencia a sus capitales para poder recuperar el creciente espacio ganado por sus competidores. Una de las opciones para ello es ampliar su espacio económico de modo de apropiarse de las ventajas que brinda una economía de escala, no solo con la ampliación del mercado sino con un uso más "racional" de los factores productivos.

En esta búsqueda estratégica por remontar el terreno perdido es que debe inscribirse el Acuerdo de Libre Comercio firmado por Canadá, México y Estados Unidos (NAFTA). La generalizada revitalización de los acuerdos subregionales como el Pacto Andino, el Mercado Común Centroamericano o el Mercado co-

mún del Cono Sur vienen a colocarse en paralelo con aquel proyecto, pero conviene destacar la política celosamente selectiva del gran país del Norte por sellar formas de asociación más estrechas y orgánicas. En este sentido su próximo socio latinoamericano habrá de ser Chile y parece no haber urgencia ni interés por dar ese status a otras naciones del continente.

Considerado globalmente el comercio con América Latina parece brindar una base frágil e insuficiente para una sostenida recuperación de la crisis. Alrededor del 40% del comercio latinoamericano se orientó hacia Estados Unidos pero para su Balanza Comercial esto representó un escaso 13%.

Este escenario pesimista se agrava aún más si se piensa en el peso asfixiante de la deuda de América Latina que durante la década del 80 no dejó de crecer en proyección geométrica. Así pasó de 228.236 en 1980 a 420.000 millones de dólares en 1990; pero mientras la deuda crecía a un ritmo firme, el pago de los intereses lo hacía mucho más leve y fluctuante, en 1980 se pagaron 26.776,5 en 1982: 47,153 y en 1989: 39,461,3 millones de dólares.

El Plan Brady fue la propuesta elaborada para dar certidumbre al funcionamiento del sistema financiero internacional. Con el ingreso reciente de Brasil al Plan se completa la lista de grandes deudores adheridos a él, se puede hablar entonces del éxito político de la iniciativa, que básicamente concede un discreto

descuento en el valor teórico de cada una de las deudas a cambio de asegurar el pago pleno del remanente en forma puntual.

El Plan contempla además el cambio "deuda por naturaleza" y el Presidente Bush no dejó de remarcar que las acciones en torno de todo tipo de negociaciones sobre la deuda deben ser emprendidas sobre la base de "caso por caso".

La compleja ingeniería del Brady no pudo evitar dejar flotando en el aire una sencilla pregunta: ¿podrán los países deudores cumplir sus compromisos de aquí a treinta años cuando las propias estimaciones del Fondo Monetario Internacional contemplan un aumento, al menos en términos nominales, de la deuda de la región, que sería de 435 millones de dólares para 1992 y se incrementaría a 442,7 millones de dólares en 1993?

La inversión está sujeta a la creación de "un clima atractivo" que reconoce como imperativo la apertura de las economías, de desregulación de las actividades productivas y la privatización de servicios esenciales suministrados por el Estado y una legislación laboral acorde a las nuevas condiciones de libre mercado. ¿Todo ello resulta condición necesaria pero será suficiente para que la IED se radique en estas latitudes?

Las medidas propuestas para aumentar la financiación mediante un programa de préstamos y un fondo multilateral de inversión son tan escasas e insuficientes que ni

siquiera merecen ser consideradas como mecanismos a tener algún impacto sobre la región.

Crisis de Estados Unidos, crisis de América Latina, las opciones son muchas y la dirigencia del status quo ha asumido el paradigma neoliberal como la fórmula para enfrentar esta situación. Políticas de corte keynesiano o "populistas" son desechadas por inviables en la actual fase de transnacionalización del capital. En una clara maniobra ideológica el Presidente Bush lo expresa con total transparencia:

"Con las palabras del valiente líder colombiano -el presidente Virgilio Barco-: *el largo partido entre Karl Marx y Adam Smith se está finalmente acabando*" ⁸.

¿Qué es el MerCoSur?

El 26 de marzo de 1991 en la ciudad de Asunción los gobiernos de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay suscribieron el Acta por el cual se comprometen a constituir a partir del 31 de diciembre de 1994 un mercado que implica:

a) "La libre circulación de bienes, servicios y factores productivos entre los países, a través, entre otros, de la eliminación de los derechos aduaneros y restricciones no arancelarias a la circulación de mercaderías y de cualquier otra medida equivalente:

b) El establecimiento de un arancel externo común y la adopción de un apolítica comercial común con relación a terceros estados

o agrupaciones de estados y la coordinación de posiciones en foros económicos comerciales regionales e internacionales;

c) La coordinación de políticas macroeconómicas y sectoriales entre los Estados Partes: de comercio exterior, agrícola industrial, fiscal, monetaria, cambiaria y de capitales, de servicios, aduanera, de transporte y comunicaciones y otras que se acuerden, a fin de asegurar condiciones adecuadas de competencia entre los Estados Partes".

Desde la entrada en vigor del Tratado hasta la fecha señalada se establece un período de transición en el que se adopta un Régimen General de Origen, un Sistema de Solución de Controversias y Cláusulas de Salvaguardia. Se reconoce además el ritmo diferencial en el proceso de integración para las Repúblicas del Paraguay y Uruguay, concediéndose un año para la entrada en plena vigencia de la liberalización comercial.

Se crea la estructura orgánica encargada de administrar y ejecutar el tratado, conformándose para tal fin: A -Consejo del Mercado Común, órgano superior responsable de la conducción política y la toma de decisiones para la constitución definitiva del Mercado Común, integrada por los Ministros de Relaciones Exteriores y Economía de los Estados-Partes; y B -Grupo Mercado Común, órgano ejecutivo coordinado por los Ministros de Relaciones Exteriores, que podrá constituir sub-grupos de trabajo.

La toma de decisiones está concentrada en los Poderes Ejecutivos de cada uno de los países que "mantendrán informados a los respectivos Poderes Legislativos".

De la lectura de los 24 artículos se infiere claramente que la integración está planteada de manera exclusiva en términos comerciales y es la lógica del mercado la que debe comandar el proceso. Asuntos tan acuciantes para las economías del cono sur como la deuda externa, no aparece ni mencionado, ni insinuado.

No es la primera vez que países latinoamericanos firman convenios de integración económica y mencionando los antecedentes que más directamente han involucrado a los actuales Estados-partes podemos apuntar: En la década del 50, el fallido ABC, que impulsado por el entonces presidente de la Argentina General Perón, intentaba vertebrar las economías de Argentina, Brasil y Chile.

En 1960, en Montevideo, se crea la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), integrada por Argentina, Brasil, México, Paraguay, Perú y Uruguay, su anémica existencia intentó ser revitalizada con la creación de la ALADI. En 1980, nuevamente en Montevideo, se crea la Asociación Latinoamericana de Integración, cuyos resultados a la fecha no han sido cualitativamente significativos.

Estas formas de integración multilateral, inspiradas en el paradigma del "crecimiento hacia aden-

tro", parecieron encontrar su punto de estancamiento en los desequilibrios de las balanzas comerciales de los países de menor desarrollo frente a los que habían alcanzado un estadio superior. Esto no significa suponer que estas experiencias acotadas no han aportado una pequeña cuota positiva en la medida que han contribuido a cierto conocimiento y distensión entre nuestros países.

Sin embargo, el antecedente más importante e inmediato que debe nombrarse es la confluencia de Argentina y Brasil materializada en la Declaración del Iguazú del 30 de noviembre de 1985. El eje del programa de convergencia era eminentemente político, a a partir de la coincidencia en el posicionamiento internacional respecto de diversos puntos (consenso de Cartagena, Grupo de Apoyo a Contadora, creación de una Zona de Paz y Cooperación en el Atlántico Sur, etc.). Las consecuencias políticas fueron importantes para desactivar espíritus belicistas que siempre de uno y otro lado de la frontera habían alimentado la hipótesis de conflicto con el vecino.

El 29 de julio de 1986 se establece el Programa de Integración y Cooperación Económica (PICE) entre la República Argentina y la República Federativa del Brasil. Se propiciaba un criterio gradualista, flexible y progresivo a través del tratamiento de producto por producto. Esto llevó a la firma de 24 protocolos, de los cuales muy pocos pudieron ser realmente implemen-

tados (trigo, alimentos, autopartes y cooperación nuclear).

El 29 de noviembre de 1988 se firmaba el Tratado de Integración, Cooperación y Desarrollo entre la República Argentina y la República Federativa del Brasil, que implicaba un cambio de enfoque ya que su objetivo era el establecimiento de "un espacio económico común" aunque manteniendo las pautas de "gradualidad, flexibilidad y equilibrio" a las que ahora se suma la "simetría", para permitir la adaptación progresiva de los habitantes y de las empresas de cada Estado parte a las nuevas condiciones de competencia y de legislación económica".

La fuerte presencia de los lobby, la hiperinflación en la Argentina y los cambios de gobierno en ambos países pareció dejar trunca esta experiencia, pero a mediados de 1990 los recientemente electos presidentes Carlos Saúl Menem y Fernando Collor de Mello vuelven a dar impulso a la integración pero sobre la base de un nuevo esquema de reducción lineal y automática de aranceles.

Debe señalarse aquí un cambio importante a la orientación y dirección del proceso de integración. Los acuerdos de 1985-86 eran resultado de la iniciativa de fracciones políticas de las burguesías locales encaminadas por los Presidentes Sarney y Alfonsín y en las que los Estados jugaban un rol central en el direccionamiento de los programas.

Pero a partir del cambio de ad-

ministraciones y el acentuamiento de las políticas neoliberales y de ajuste estructural particularmente en Argentina, tanto la iniciativa como la dirección han quedado en manos de las fracciones de Capital más concentradas, particularmente en las corporaciones Transnacionales quedando para los Estados-partes solo los acuerdos marco.

La integración adoptó un giro pragmatista y la retórica oficial presentó cuatro indicadores como elementos claves para avanzar en un proyecto que en América Latina venía fracasando sistemáticamente desde los intentos mismos de Simón Bolívar. Las cifras que parecían anunciar el engendro de una nueva potencia en el Cono Sur eran las siguientes: El Mercosur

- abarca el 60% de la superficie de A.L.
- representa el 45% de la población.
- posee un mercado potencial de 190 millones de habitantes.

Tiene un PBI de 416.000 millones de dólares equivalente a más del 50% del PBI de toda el área. La complejidad de la realidad superaba con creces la sencillez de las formulaciones oficiales. Incluso estas comenzaron a aceptar que los caminos que se abrían no conducían necesariamente a una situación beneficiosa para el conjunto de los Estados-partes y sus habitantes.

El subsecretario de Relaciones Económicas Internacionales, Alieto Guadagni lo manifestaba así:

"Esta reconversión y transfor-

mación implica que muchas actividades productivas actuales tendrán que expandirse, mientras que otras tendrán que declinar... La interacción no es una panacea. Nada nos garantiza automática y mágicamente el éxito y, ni siquiera la equidad... La integración no constituye un seguro contra los riesgos y las dificultades que nos plantea el mundo contemporáneo, pero nos pone en mejores condiciones para enfrentarlo... No ignoramos los problemas y las aristas traumáticas que presenta el proceso que se inicia, pero un nuevo espacio económico crea oportunidades que no existirían de preservarse la actual situación...⁹.

La mistificación que muchas veces ha ganado el tema tiene como corolario la expresión que el Mercosur se presenta como la solución para el crecimiento capitalista, siempre que se sea capaz de alcanzar la competitividad a la que desafía el libre mercado.

Discursos "ideológicos" al margen y tomando en cuenta la complejidad de las variables intervinientes y que se trata de la dinámica de un proceso en marcha que se haya en sus inicios podemos avanzar en lo que parece convertirse en la característica central del perfil integrador entre los dos principales socios.

Con el actual esquema de intercambio no parece debilitarse la tendencia observada desde mediados de la década del setenta en que Argentina provee productos primarios y Brasil refuerza su papel como ex-

portador de bienes manufacturados. A continuación transcribimos la visión que sobre el punto nos dan diversos informes técnicos elaborado por personas, fundaciones y corporaciones que adhieren al proyecto integrador.

"... en la medida que se fortalezca el proceso de integración, el perfil se irá decantando hacia productos agroalimentarios de capital, complementados por todos aquellos procesos que requieran series cortas o crecientes de sofisticación tecnológica, con fuerte incidencia de mano de obra calificada en la composición del costo y calidad necesaria, para el caso argentino. Esto, parece se complementará con cierta provisión de insumos energéticos (gas, petróleo).

A la inversa, el perfil de Brasil es netamente de productor de series largas y de una amplia variedad de productos industriales"¹⁰.

Horacio Cepeda en un reciente trabajo elaborado para la Unión Industrial Argentina destacaba:

"Si se observa como ha evolucionado la estructura del comercio en los últimos tres años, puede advertirse que se está dando un cierto patrón de especialización, de acuerdo con el cual Brasil es proveedor de productos industrializados (el 72,5% de sus exportaciones) en tanto que la Argentina lo es de productos primarios y manufacturas de origen agropecuario (el 67% de las exportaciones)"¹¹.

"Se puede concluir que la conformación del mercado brasileño en

lo que hace a su poder de compra es diferente a la Argentina, pues mayores porcentajes de la población viven en estado de pobreza y la mayor parte del ingreso está distribuida en franjas porcentualmente menores de la población. Existen demandas cautivas que podrán ser satisfechas por productores argentinos. Adicionalmente, Rebolini (1990), resalta la potencialidad de expansión de las necesidades alimentarias de Brasil. Este autor sostiene que este factor podrá dinamizar el crecimiento económico de los demás países miembros del MerCoSur" ¹².

Durante los años 1989, 1990 y 1991 el intercambio con Brasil dejó un saldo favorable en la balanza comercial argentina. Este marco brindó un clima de "optimismo" y unanimidad empresarial que los resultados negativos de 1992 empiezan a quebrar y no es casual entonces que la Unión Industrial Argentina (UIA) salga a reclamar públicamente "una banda de valores relativos de tipo de cambio" frente a la avalancha de manufacturas que parece ir creciendo desde el país vecino. Es conveniente no olvidar que esta corporación representa sin embargo al sector más concentrado y transnacionalizado del capital industrial, por tanto con mayores posibilidades de reinserirse con ventajas competitivas en el proceso.

En resumen para nosotros la historia no recorre una linealidad inapelable, el presente es complejo

y borrar sus contradicciones implica simplificar la realidad para justificar el proyecto neoliberal y negar alternativas al capital transnacional. Sin embargo el modelo parece imponerse, lo que implicará una profunda reestructuración de los espacios económicos y sociales, y que en parte ya viene dibujándose.

Si entre los beneficiados ya se puede incluir a las grandes firmas transnacionales que realizan el comercio intraindustrial (CII) representando un tercio del intercambio total, el destino de los trabajadores parece bastante sombrío: la libre circulación de la mano de obra favorece las migraciones generando una sobre oferta que presiona hacia abajo los salarios y precariza las condiciones laborales en general. La mejor suerte que puede correr está atada a:

"la ratificación de los convenios de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) por los gobiernos de los cuatro países. La ratificación de los convenios significaría poner un piso a la protección social de los trabajadores y evitar que su desprotección sea una herramienta para ganar competitividad y atraer inversiones (dumping social)" ¹³.

No es ocioso tener presente las conclusiones elaboradas en el reciente Balance de Desarrollo Humano elaborado por las Naciones Unidas:

"El crecimiento económico no mejora automáticamente las vidas de las personas, ni en sus propias naciones ni a escala internacional. Existen

considerables disparidades de ingresos en el interior de los países. La peor disparidad nacional es la de Brasil: 26 entre el 20% más rico de la población y el 20% más pobre, de acuerdo con su ingreso per cápita»¹⁴.

Hoy se visualiza a Brasil como "motor de la reactivación" y se argumenta el sostenido crecimiento mantenido durante la difícil década del ochenta, pero no es menos cierto que el desarrollo es también un motor de las desigualdades y una vez más la contundencia de las estadísticas nos devuelven la certeza que la búsqueda capitalista de la ganancia y la resolución de las necesidades humanas son dos tendencias francamente antagónicas.

Smith o Marx

Bush opone Smith a Marx y descalifica a Keynes porque hoy los representantes del capital reconocen a la transnacionalización como un fenómeno tangible, irreversible y que evoluciona hacia un control cada vez más amplio de la producción nacional. Esto que ya nadie discute, está acompañado de un reconocimiento del agotamiento de las políticas keynesianas como fórmula anticrisis y premisas para la recreación de las condiciones de rentabilidad del capital transnacional.

Se vuelve a las banderas de un capitalismo librecambista capaz de devolver mercados y ganancias. Se vuelve a la política más funcional a la actual lógica del desarrollo del capital. Adam Smith lo expresaba

en 1776 haciendo no solo una defensa de la mecánica de la libre competencia, sino sosteniendo que los intereses privados de los individuos coinciden en la búsqueda de su resolución egoísta con los intereses del conjunto de la sociedad.

Karl Marx en enero de 1848 pronunciaba su "Discurso sobre la cuestión del librecambio". Allí analiza las consecuencias que para los sectores de la sociedad inglesa trae la abolición de las leyes de granos, pero también para el resto del sistema ligado a la economía de Inglaterra. En el reino del mercado, todo productor de mercancías es susceptible de ser reemplazado por medios menos costosos, el ejemplo es el de los tejedores indios, condenados a la miseria por los artículos ingleses elaborados por medio del telar a vapor. Aclara además que su crítica de la libertad comercial no tiene por que ser entendida como la defensa al sistema proteccionista.

La analogía que se puede plantear entre el ayer y el hoy deja de ser exterior si se lee con detenimiento este pasaje de Marx y el de la hasta hace muy poco Ministra de economía de Brasil Zelia Cardoso.

"El Señor Bowring habla de algunos males individuales... habla de sufrimientos pasajeros en el tiempo de transición y simultáneamente no disimula que estos sufrimientos pasajeros han consistido para la mayoría en el paso de la vida a la muerte y para el resto el movimiento de transición a una condición inferior a aquella en la

cual estaban situados anteriormente. Si más adelante dice que las desgracias de estos obreros son inseparables del progreso de la industria y necesarias para el bienestar nacional, explica simplemente que el bienestar de la clase burguesa tiene por condición necesaria la desgracia de la clase trabajadora"¹⁵.

Sobre el plan económico aplicado por Collor, Zelia Cardoso dice:

"-Creo que probablemente mucha gente murió por este plan.

-¿Y lo llevó adelante con ese convencimiento?

-Ese es el dilema que yo quería mostrar en el libro: la diferencia entre el sentido nacional y el sentido individual. Tal vez por un objetivo nacional haya pérdidas en lo individual y es necesario optar...

-¿Y cree que no hay alternativas a eso?

- No conozco ningún programa de ajuste en el mundo sin costo social, si alguien tiene alguno me gustaría conocerlo"¹⁶.

Es insuficiente para entender al capitalismo actual la sola lectura de la obra de Marx, como son insustituibles las herramientas que nos brinda el autor de *El Capital* para analizar las transformaciones del capital transnacional en sus manifestaciones concretas. La vigencia del pensamiento de Marx, a pesar del proclamado fin de las ideologías, está ligado a la persistencia, a pesar de sus cambios, de la contradicción constitutiva del sistema entre Capital y Trabajo.

Si en la era de la revolución científico-técnica, si a finales del si-

glo veinte sigue teniendo plena vigencia aquella frase de principios de siglo de Rafael Barret "No se si en la época de las cavernas la humanidad se moriría de hambre, ahora no me cabe duda". Se nos figura que la construcción de una sociedad distinta no solo es una utopía deseable sino también posible.

Rosario, septiembre 1992

Notas

1. CEPAL *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe*, Nueva York, Naciones Unidas, años 1980-1990.

2. Citamos a continuación algunos de los muchos que consideramos imprescindibles:

- Aglietta, M., "El capitalismo mundial en los ochentas", *Cuadernos Políticos*, México, julio-septiembre 1983.

- Boyer, R., *Capitalisme fin de siècle*, P.U.F., Paris, 1987.

- Durand, M., "¿A donde va la crisis?", *Cuadernos del Sur* N° 14. 1992.

- Mandel, E., *La crisis 1974-1980*, Era, México, 1980.

- Mandel, E., *El capitalismo tardío*, Era, México, 1979.

- Dos Santos, T., *Imperialismo y dependencia*, Era, México, 1986.

- Pla, A. "La mundialización de la crisis del sistema : más allá de los límites del capital", *anuario 13*, Escuela de Historia, Rosario, 1988.

3. Galbraith, J. K., *La cultura de la satisfacción*, Emecé, Bs. As. 1992.

4. Ominani, C., *El tercer mundo en crisis*, G.E.L. Bs.As., 1987, p. 17.

5. Bush, G., "Iniciativa para las Américas" una versión completa se halla en O'Donnel, M., *El descubrimiento de Europa*, Planeta, Bs. As., 1992.

7. Idem.

8. Idem.
9. Guadagni, A., "Mercosur una nueva frontera productiva", *Ambito Financiero*, Bs. As. 26/3/91, p.16.
10. Dalmasso, E., *El Mercosur*, Córdoba, 1991, p. 50.
11. Citado por *El Economista*, Bs.As. 21/8/1992, p. 5.
12. Fiel, *Argentina y el Mercosur*, Bs. As., Manantial, 1992, p. 96. (Revollini, "El Mercosur", 1990 s/d)
13. Bustos, P., *El Mercosur ¿Más de lo mismo?* "Febrero, Bs. As., 1992. p. 51.
14. Diario *El país*, Madrid, 30/04/92, p. 4.
15. Marx, K., "Discurso sobre la cuestión del librecambio", *Miseria de la Filosofía*, Jucar, Madrid, 1974, p. 298.
16. Diario *Página 12*, Bs. As. 1/12/91, p. 21.

* Ponencia presentada al Coloquio de Americanistas -UNC- Córdoba, setiembre 1992.

Gustavo Guevara: Escuela de Historia. Fac. de Humanidades y Artes. UNR.

washington estellano

Uruguay: El frente amplio en la encrucijada

*"No hay nada tan terrible que no ser
dueño de las victorias que uno ha obtenido"*

René Zavaleta Mercado

El masivo rechazo electoral del 13 de diciembre último a cinco artículos clave de la Ley de Privatización de Empresas Públicas -aprobada un año antes por una mayoría parlamentaria exigua- se ha interpretado como una derrota contundente del proyecto neoliberal del presidente Luis A. Lacalle. Lo tajante del pronunciamiento 72% contra 27% ha mostrado la falta de representatividad y legitimidad de los poderes legislativo y ejecutivo. En los hechos no sólo fue una derrota premonitoria de la suerte que le espera al Partido Nacional para las próximas elecciones de noviembre de 1994, sino además una muestra de la transformación del mapa electoral, en especial de interior del país, tradicional reserva de los partidos de la burguesía.

Asimismo a nadie se le escapa que es toda la estructura institucional la que sale seriamente afectada habida cuenta del contexto de movilizaciones y luchas que precedieron al pronunciamiento electoral. En efecto, la campaña por el referendo, se realizó enmarcada en un proceso de resistencia popular que comprendió desde estudiantes de secundaria, jubilados, médicos, magistrados del Poder Judicial, huelgas de textiles, metalúrgicos y de obreros rurales contra el cierre de empresas, hasta una huelga nacional de la policía. Esta huelga policial, donde los huelguistas estaban armados, mostró el grado de descomposición del aparato represivo, porque hasta altos mandos de las FF.AA. se negaron a reprimirla. Esto es, el referendo evidenció la posibilidad concreta de transformar la correlación de fuerzas sociales y políticas en la medida que se apela a la movilización y la intervención de la población. Esto lo percibieron muy claramente tanto el partido de gobierno como los voceros periodísticos que responden al

capital financiero y las clases hegemónicas. Paradójicamente fueron los dirigentes del Frente Amplio (F.A.) quienes buscaron quitar trascendencia al triunfo popular, negándose a convocar a las masas a salir a la calle a festejar, las movilizaciones que hubo fueron semi espontáneas, y afirmando que el resultado electoral no cuestionaba la "gobernabilidad" y la continuidad institucional del gobierno del Dr. Lacalle.

Esta verdadera derrota de la política neoliberal del gobierno, abre un abanico de posibilidades a las fuerzas populares, cuya muestra más notoria es la huelga general de todas las ramas de la enseñanza pública, al inicio del año lectivo, y el Paro General del PIT-CNT del 11 de marzo del 92 exigiendo la renuncia del Ministro de Hacienda y un cambio de la política económica. Y al mismo tiempo, ha desatado la discusión en la interna del Frente Amplio, sobre problemas organizativos y programáticos, que fuera expresamente postergada para después del Referendo. El eje temático en discusión es el carácter mismo del F.A. en cuanto a la vigencia actual de su programa antimperialista original. Y como consecuencia, la validez de su estructura organizativa. Esta consiste hoy en una combinación de coalición política de diversos grupos y partidos nacionalistas y de izquierda, y de un movimiento social estructurado en una red de comités de base en los barrios y lugares de trabajo y estudio.

El triunfo electoral del F.A. en las elecciones de 1989 en el departamento de Montevideo, que le permitió controlar el municipio más importante demográfica y políticamente del país y este triunfo nacional -ahora aliado a otras fuerzas, donde se incluye la fracción del P.Colorado del ex Presidente Julio Ma.Sanguinetti- permite pronosticar la posibilidad cierta de que el Frente pueda disputar con éxito el control del gobierno nacional en las próximas elecciones. Para la mayoría de la dirección del F.A., empero, esto solo sería posible, realizando una alianza muy amplia con fracciones de los partidos burgueses, lo que trae como consecuencia, rebajar o desdibujar el programa antimperialista.

En alguna medida esto ya se ensayó en el proceso mismo de la lucha por imponer el referendo contra las privatizaciones. La iniciativa la tomaron los sindicatos y el PIT-CNT. La dirección del F. A. al tiempo de hacerla suya la mediatizó, proponiendo que sólo se pusiera a votación cinco artículos y no toda la Ley de Privatización como era el proyecto original. Con esto se tendió un puente hacia la fracción del Partido Colorado del ex-Presidente Sanguinetti, cuyos parlamentarios apoyaron la Ley, y sólo votaron en contra esos cinco artículos. No obstante, Sanguinetti al inicio se opuso a la campaña pro-referendo, y recién la apoyó cuando su base se lo impuso y la movilización de los sindicatos y de la Comisión nacional mostraron en los hechos la posibilidad concreta de derrotar electoralmente la política privatizadora ¹.

Todo este movimiento y campaña pro-referendum la condujo políticamente la Comisión Nacional, integrada por varias fracciones de partidos burgueses. Incluso del Partido Nacional sin que la dirección media del F.A. (el Plenario Nacional, donde tienen un peso mayoritario los comités de base) fuera convocada ni consultada. Luego del triunfo del referendo, en la reunión del Plenario Nacional del 26 de diciembre, fue derrotada la posición que llevara la cúpula dirigente del F.A. en el sentido de abrir un proceso de discusión de acuerdos políticos (sobre reforma del Estado y las leyes electorales) con todos los grupos y partidos que habían apoyado el referendo. La resolución del Plenario, en cambio fue poner como eje la discusión y rechazo de la política económica y definir un programa alternativo, a lo que se opone, principalmente el sector de Sanguinetti, que en la administración pasada continuó la política neo liberal de la dictadura, aunque con evidentes matices sobre todo en los ritmos y profundidad de su aplicación.

Es decir, en el F.A. existen dos grandes interpretaciones de las posibilidades que abre la derrota y la soledad del Poder Ejecutivo en su política neoliberal. Una que se expresa esencialmente en las bases, de poner el acento en cambiar ya la política económica defendiendo el nivel de vida y de trabajo de la población trabajadora. Otra, que entiende que es prioritario hacer una amplia alianza para alcanzar el gobierno y desde allí verificar los cambios posibles...

En nuestra opinión, para comprender los problemas del F.A. es necesario indagar en su contradicción estructural. Es decir, en su peculiaridad, de coalición política y movimiento social, que es también fuente de su riqueza y originalidad.

La contradicción estructural del F.A.

Porque sucede que en los hechos, en la definición de los aspectos tácticos o políticos se prescinde de la característica de movimiento político-social y se actúa como una coalición de dirigentes que resuelven por encima de los militantes, a quienes se acude ya con los hechos consumados para que avalen con su voto la elaboración de las cúpulas. Se niega así lo más auténtico e innovador de la experiencia frentista, su carácter de movimiento político y social. Sin dudas, este es uno de los factores que concurren a debilitar la adhesión militante de los jóvenes, de los cuadros más abnegados. si no se los consulta para la elaboración y la definición de la política, no se espere, pues, que participen disciplinadamente en su aplicación. "Bajar línea" y esperar una adhesión mecánica, es una de las secuelas más nefastas del burocratismo stalinista.

En la medida que los movimientos político-sociales se institucionaliza

-un mal ¿necesario?- se separan de sus raíces originarias y sus dirigentes, aun los más legítimos, tienden a autonomizarse, a desprenderse de sus fuentes de origen. De ahí la necesidad de recurrir a los rescoldos de la memoria histórica siempre latente en las masas populares. El F.A. nació como coronación de un amplio movimiento social y político, en el transcurso de la década de los años 60, que se fue amalgamando en las fábricas, en fábricas, en las barriadas, en las aulas de estudio, en las polémicas universitarias, en las oficinas, en las reuniones públicas y clandestinas de los sindicatos; en el extenso movimiento de comités de apoyo a la Revolución Cubana, en las Mesas Zonales de la CNT y, antes aún, en las comisiones solidarias que se creaban a propósito de los conflictos laborales; la formación del F.A. es tributaria de la alianza obrero-estudiantil del 58 y del proceso posterior, y no podría explicarse sin tener en cuenta la formación de la CNT en 1964 y el Plan de Lucha que se inició en enero de 1965 con movilizaciones y asambleas de fábrica, con mitines en los barrios; que confluyó en el Paro General de abril y que culminó en el Congreso del Pueblo y la definición de un programa popular y antimperialista. Un programa cuyos ejes fueron la Reforma Agraria, la Estatización de la Banca, del Comercio Exterior y de las industrias básicas.

El F.A. en sus mejores momentos siempre fue percibido como un movimiento social y político que trascendía, que iba más allá de la sumatoria de partidos y grupos que lo integraban. Hoy es más claro aún, ante la endeblez organizativa y política de los partidos y grupos que lo encabezan, que el F.A. se revitalizará como un movimiento o no será más que un acuerdo cupular de dirigentes al mejor estilo de los partidos tradicionales de la burguesía.

Los necesarios ajustes al programa del F.A.

Otra de las zonas problemática que hacen a la crisis estructural del F.A., y que surge aquí y allá a pesar de la reticencia de sus dirigentes en abordarlo de frente y consultando a sus militantes de base, es la indudable necesidad de ajustar y precisar su programa histórico y definir nuevas tácticas para alcanzarlo.

Aquí tampoco podemos desconocer y hacer a un lado su historia: el programa del F.A. fue un producto directo de la maduración social y política de amplios sectores de las masas trabajadoras y de los intelectuales revolucionarios de Uruguay. No era un programa socialista, pero en su eventual aplicación abría la posibilidad de establecer una dinámica antimperialista, que en potencia llevaba a trascender al sistema capitalista. Sobre todo porque si el movimiento social le imprimía su ritmo y su modalidad de masas autorganizadas, la propia acción llevaría a plantear

una transformación socio-política del Estado en tanto relación histórico-social de dominación/subordinación.

Hoy, se dice con razón, vivimos una situación distinta de la de entonces. Aunque es indudable que la ambigüedad del aserto acepta lecturas diversas y hasta permite extraer conclusiones opuestas.

La derrota de la Huelga General de 1973 y la dictadura cívico-militar, es cierto, no pasaron en vano. En otro trabajo decíamos: "En la historia del movimiento obrero y revolucionario, los golpes represivos generan inevitablemente un debilitamiento del nivel ideológico general retrotrayéndolo a etapas ya superadas. Tampoco es nuevo que los cambios de perspectiva estratégica se pretendan plantear como problemas tácticos"³. Sin embargo, a la salida de la dictadura se produce una reactivación del movimiento de masas: se organiza el PIT-CNT, se retoman las grandes movilizaciones sociales, se reorganizan los Comités de Base del F.A. En respuesta, desde los centros dirigentes de la burguesía nacional e internacional, se organiza entonces -pacto del Club Naval mediante- una acción política e ideológica, tendiente a contener y controlar esa movilización popular, reduciendo su accionar al mercado de la política, entendiendo por ello el mero juego de los partidos en el plano estrictamente electoral y parlamentario. Todo lo que se proponga ir más allá de esos "bienes políticos" es estigmatizado como subversivo y atentatorio de la "democracia", y de la "estabilidad de las instituciones". Nace entonces el concepto de gobernabilidad que supone separar los problemas económicos de los políticos, postergando las reivindicaciones e intereses de las clases subordinadas mediante acuerdos políticos que maniaten la resistencia popular. Es el reaseguro necesario para garantizar la continuación del proyecto neoliberal.

El otro factor nuevo que obra como un elemento ideológico y político todopoderoso, es el cambio operado en la situación mundial. La crisis económica, los cambios en el patrón de acumulación, el peso asimétrico de la especulación financiera sobre la inversión productiva, la revolución tecnológica que multiplica la incidencia del trabajo muerto sobre el trabajo vivo, desplazando y despreciando la fuerza de trabajo, son todas variables que hay que introducir en el análisis. Y finalmente tenemos, para complicar más aún las cosas, el derrumbe de lo que consideraba todo un modelo de transición al socialismo. No obstante, el libre juego de las leyes tendenciales del desarrollo del sistema capitalista, no hacen más que, por un lado, deslumbrarnos con los avances tecnológicos y científicos, y por el otro, mostrar expresiones letales de una decadencia moral, hambrunas y miseria que desbordan la imaginación y horrorizan la inteligencia. Ni los crímenes del stalinismo ni las aberraciones de las burocracias postcapitalista, alcanzan ni son suficientes, como pretenden los ideólogos de la burguesía, para ocultar las tremendas contradicciones antagónicas del modo de producción capitalista.

Pues bien, la necesaria puesta al día del programa alternativo y revolucionario exige tomar en cuenta todo ello, lo que no implica buscar una "tercera vía", un camino del medio que nadie concretiza ni ha experimentado. Hasta ahora las experiencias socialdemócratas de Carlos A. Pérez en Venezuela o de Alan García en Perú, así como los intentos de un "capitalismo nacional" bajo conducciones populistas, han dejado un profuso legado de frustraciones e impotencias

Las nuevas dimensiones del programa alternativo

La internacionalización del capital y la conformación de grandes bloques con sus respectivas zonas de influencia, nos llevan de la mano a una conclusión evidente: por las mismas razones que es imposible e inviable un "capitalismo nacional", también lo es un "socialismo nacional". Es más, como se ha analizado⁴, en gran medida las desviaciones y crisis de la ex-URSS y del llamado "socialismo realmente existente" y el rebrote actual de choques nacionalistas se debe, entre otros factores, -cuyo análisis escapa al objetivo de este artículo- al carácter estrictamente nacional de su economía, a la falta de una verdadera planificación internacional que permitiera la conformación de un bloque homogéneo y un desarrollo internacionalista armonioso, respetando, al mismo tiempo, la particularidades culturales nacionales de cada nación o país.

Una nueva dimensión internacionalista del programa del F.A., entonces, deberá comprender al menos una visión regional que, desde luego, nada tiene que ver con la intención y orientación neoliberal del MERCOSUR, pensado y abierto al libre juego de las transnacionales. Proponer, empero, un enfoque internacionalista no significa esperar luego que los procesos de cambio se den simultáneamente. Las luchas por las transformaciones comienzan siempre en el plano nacional de acuerdo a los ritmos y peculiaridades de la lucha de clases en cada país, pero se afirma y consolida sólo cuando se proyecta a la arena internacional en un bloque o federación de países de matriz social similar.

El otro aspecto, es que la elaboración del programa no es un problema técnico o de especialista, sino que utilizando en todo su valor el aporte y la capacidad de los intelectuales revolucionarios y de los técnicos deberá procesarse en la lucha de los movimientos sociales de resistencia al actual estado de cosas que nos ha llevado a la crisis del capitalismo. Es decir, esto no se resuelve discutiendo como elevar la competitividad del capitalismo uruguayo, ni elaborando "modelitos" sofisticados, sino profundizando la organización y la lucha de clases que es, como ha sido siempre, el gran motor de los cambios, de las transformaciones, incluso de las innovaciones tecnológicas.

La elaboración del programa del F.A. hoy, por ejemplo, no puede soslayar discutir y apoyar la lucha de los obreros del Espinillar en defensa de la industria azucarera nacional. Al mismo tiempo estudiar el problema en sus dimensiones regionales formulando propuestas que comprendan los intereses de los trabajadores azucareros de Brasil, Argentina, Bolivia y Paraguay, etc. Y promoviendo reuniones conjuntas para analizar la situación desde una perspectiva regional.

Asimismo, lo que vendría a ser algo así como la tercera dimensión programática, habrá que redefinir el objetivo estratégico del F.A. y la adopción de tácticas operativas que están subordinadas a él. Es evidente que si la estrategia se orienta a transitar una transformación social profunda, -y no sólo a restaurar el viejo Estado Benefactor y lograr una mejor distribución del ingreso (descontando desde ya que éstos solos propósitos, por más "inofensivos y concertados" que se presenten, encontrarán la más tenaz y furiosa resistencia de las clases dominantes)- hay puntos insoslayables a reivindicar y tener en cuenta: la tenencia y uso de la tierra y el control de la renta rural y urbana; el control del ahorro interno, los excedentes y la orientación de la inversión; y los flujos financieros hacia y desde el exterior. Como anotamos más arriba, el programa histórico del F.A. originado en las movilizaciones y conflictos sociales de la época y configurado en el proceso de construcción de la CNT y en el Congreso del Pueblo, planteaba la Reforma Agraria, nacionalización de la Banca, del Comercio Exterior y de las industrias básicas. Los problemas estructurales que lo aconsejaban entonces, ¿Ya están resueltos? ¿Hay que revisarlo y sustituirlo?

El proyecto alternativo y cómo conquistarlo

Para intentar responder a esa pregunta partamos de la disyuntiva que hoy se propone en cualquier discusión sobre qué proyecto de país pretendemos: ¿Plaza financiera o inversión productiva? En la respuesta a este interrogante todos estamos de acuerdo. El problema, empero, se plantea cuando se trata de concretar el proyecto y programa específico para poner en marcha la inversión productiva. Los especialistas en economía han mostrado donde están los capitales. Se calcula en alrededor de cinco mil millones de dólares los depósitos en la Banca instalada en el país, y en unos cuatro mil millones los depósitos de uruguayos en el exterior. Es decir, los capitales están ahí, pero ¿quién logra que se inviertan en, por ejemplo, reciclar la industria y en aumentar la productividad de los campos? No se trata solamente de que los sucesivos gobiernos desde la dictadura militar hayan apostado, con matices diversos, al proyecto neoliberal. El problema radica, sobre todo, en que la burguesía, en sus variadas fraccio-

nes, no invierte sino allí donde obtiene ganancias rápidas, fáciles y sin riesgos. Las transformaciones tecnológicas más importantes producidas en el país se realizaron durante la dictadura militar estimuladas con base en una represión generalizada sobre la fuerza de trabajo, una caída en flecha del salario real y la protección y subsidios por parte del Estado. Sólo en esas condiciones el capital estuvo dispuesto a una renovación tecnológica significativa. Hoy, en cambio, la reconversión se hace en el sentido de importar y comercializar lo que antes se producía. la tendencia a la reconversión es comercial-importadora de los propios fabricantes. Y ni que hablar de los ganaderos que prefieren la exportación del ganado en pie, antes que involucrarse en un proceso industrializador.

El problema central que se plantea para cualquier proyecto de desarrollo económico, es cómo obligar a invertir a los dueños del capital, es decir, cómo disciplinar a la burguesía. En un excelente estudio sobre el proceso de industrialización en el Este asiático, con énfasis en el de Corea, una investigadora del tema, Alice Amsden ⁵, luego de señalar que si bien la represión sobre el trabajo es el denominador común en los procesos de industrialización tardía, las diferencias de desarrollo entre ellos -Corea, Taiwan, India, Brasil, México, Argentina, etc.- se "explica mejor en término de la disciplina impuesta a los grandes negocios, y no sobre el trabajo...". En el curso del artículo explica en qué consistió ese proceso de disciplinar a la burguesía de los grandes negocios. Uno de los primeros actos del general Park Cheng Hee, luego del golpe de Estado de 1961, fue nacionalizar el sistema bancario. Recuérdese que después de la II Guerra, tanto en Corea, como Taiwan y Japón el ejército de ocupación de los EEUU. ya había realizado una Reforma Agraria que liquidó a la vieja clase terrateniente lo que permitió consolidar el poder estatal burgués. el gobierno de Cheng Hee llevó adelante una suerte de planificación estatal centralizada del desarrollo donde un sistema de fuerte protección y subsidio, tenía como contrapartida la exigencia de exportar para toda empresa -grande o pequeña poco competitiva-; control de precios sobre 110 artículos desde los de consumo diario hasta insumos industriales; control de fuga de capitales, con penas que iban de 10 años de prisión hasta la pena de muerte; obligación de aplicar la ganancia comercial a la inversión industrial; control de las divisas, etc. la principal planta integrada de producción de hierro y acero, la POSCO, es estatal, pero sus trabajadores laboran 56 horas por semana y descansa un día por mes...

Desde luego no podemos olvidar que el objetivo determinante de este proceso en Asia, era desactivar la acción y el avance revolucionario de las masas campesinas de China, Vietnam, Corea estimulada entonces por la contagiosa consigna de "Tierra para quien la trabaja". Tampoco se debe ignorar la férrea disciplina laboral a que fue sometido el proletariado y las

masas de estos países. No obstante, ello no impidió la existencia de un fuerte movimiento obrero contestatario y las grandes ocupaciones de fábrica de 1987 en Corea, y la formación de sindicatos independientes. Y que, en un estudio comparativo del salario real de aquellos países de industrialización tardía, haya sido el de los trabajadores coreanos el que más aumentó, como demuestra la autora antes citada.

Es obvio que no pretendemos proponer la limitación para Uruguay del modelo coreano de industrialización, a pesar de su portentoso desarrollo. Quizá sea paradigmático para aquellos que aspiran para la burguesía uruguaya una alta competitividad internacional, y se olvidan que el objetivo esencial de la economía debe ser el ser humano. Para nosotros no es un ejemplo a seguir, primero, porque este proceso de modernización de punta se hace bajo el control y para la mayor gloria de la oligarquía de empresas coreanas transnacionales. Luego, por las diferencias notorias en tradiciones e historia que han tenido en Corea un rol fundamental en moldear aquella fuerza de trabajo.

Son rescatables, no obstante las políticas estatales de educación y entrenamiento, y la planificación por el Estado de la investigación para el desarrollo. Y sobre todo, en nuestra opinión, el ejemplo tiene validez y justifica su inclusión en este artículo, por el rol notable que jugó la imposición de una disciplina, desde el Estado, a la burguesía. En nuestro enfoque habrá que suplantarlo el autoritarismo militar por la organización democrático-revolucionaria de las masas. Asimismo tiene validez, en esta época histórica de centralización y concentración, de internacionalización de la economía, y del avance de la ciencia y la tecnología aplicada a la producción y a las comunicaciones, una Reforma Agraria que liquide a la clase terrateniente parasitaria ⁶, y la necesidad de la nacionalización de la Banca y del control Estatal del comercio exterior. Además de una cuasi planificación ⁷ desde el Estado del desarrollo económico, controlando también el Estado las industrias estratégicas.

A la vista de este ejemplo, creemos que mantiene toda su validez la necesidad del programa histórico del Frente Amplio. Ese programa, sin duda alguna, es el necesario. Otro problema y a otro nivel, es el de la posibilidad hoy y ahora de conquistarlo. Entre la necesidad y la posibilidad media todo un espacio de maniobras tácticas, de alianzas, de organización popular.

Es imprescindible la organización de un poder popular desde la sociedad civil, en los centros del poder oligárquico, desde las fábricas, las empresas, los centros de estudio. Cuando la cúpula dirigente del F.A., objetivamente se adapta a la desmovilización que se proyectó en el Pacto del Club Naval, -a imagen y semejanza del Pacto de la Moncloa- cuando centra su actividad exclusivamente en los trámites electorales y en el Parlamento, en los

hechos, aunque no sea su intención, deja las puertas abiertas para que se aplique el programa neoliberal. Aunque se critiquen y se denuncien puntualmente los efectos de la política neoliberal.

A la burguesía no se la puede disciplinar desde el Parlamento, ni siquiera con una mayoría. Ni desde el gobierno, si no se controlan sus centros de poder económico y financiero. El Parlamento, más allá de una eventual utilización como tribuna de propaganda y denuncias, sirve hoy sobre todo para entretener a la gente. Los propios representantes del gobierno, los Posadas, los De Haedo, etc. así lo expresan en sus actitudes de menosprecio. A esta conclusión incluso han llegado los voceros más lúcidos del liberalismo. En una entrevista reciente, un diputado del Foro Batllista decía..." tengo la más absoluta convicción que las soluciones para los problemas del país no están pasando ni habrán de pasar en lo sucesivo por el Parlamento"⁸.

El programa debe surgir de la lucha

Los ajustes e innovaciones que necesita el programa del F.A. deben hacerse en la lucha, interpelando a las bases populares de la misma manera que se hizo en su etapa fundacional. En ese entonces, como señalamos más arriba, desde las luchas concretas del movimiento sindical o social, a partir de sus propias reivindicaciones económicas, sociales, culturales y políticas, se fueron definiendo los puntos programáticos que luego el F.A. hizo suyas. Y esto exige, como premisa esencial, rechazar la separación, la segregación como si fueran compartimentos estancos, las luchas sociales y sindicales de la actividad política. Esa separación de lo económico y lo político, como exige la "gobernabilidad" al uso, es lo que facilita al gobierno aplicar el programa neoliberal.

De ahí que tampoco se pueda dilucidar la crisis del F.A. sin relacionarla con la crisis que envuelve a la dirección sindical del PIT-CNT. Y esta exige realizar un balance profundo de cara a las bases. Primero, de la derrota sufrida a consecuencias de la dictadura militar y de salida tutelada que derivó del Pacto del Club Naval; luego, de la falsa perspectiva de colaboración de clases que se pretendió dar con la CONAPRO, y finalmente una discusión democrática de la nueva situación del movimiento sindical, de los cambios en la composición de la clase trabajadora, del aumento de su heterogeneidad. Todo esto exige un tratamiento particular que no es posible abordarlo aquí.

Sin embargo diremos que, en relación a la heterogeneidad de la clase trabajadora, con la reducción o desaparición de las grandes unidades fabriles y la proliferación de pequeños talleres, los trabajos llamados "informales", y la existencia de amplios sectores que sin ser obreros o asala-

riados, son igualmente explotados y expoliados por el capital, deben discutirse nuevas formas de organización territorial. Como también la necesidad de organizar junto al movimiento sindical los movimientos sociales por vivienda, servicios educativos, culturales, sanitarios, el control de precios de artículos de consumo cotidiano, etc. y asimismo, la incorporación y/o coordinación con los movimientos por los derechos humanos, de la mujer, de los jóvenes, de los diversos movimientos que reivindican sus diferencias específicas.

Todas estas situaciones nuevas -y algunas no tan nuevas- exigen del F.A. y del movimiento sindical la convocatoria de un nuevo *Congreso del Pueblo*. Allí están las mayorías necesarias de organizar y centralizar, y que serán el principal punto de apoyo para cualquier gobierno popular y antimperialista

Algunas conclusiones

Es evidente que durante y después del Referendo del 13 de diciembre, la cúpula dirigente del F.A. -que pasando por encima de los Estatutos ha creado un triunvirato de dirección de facto integrado por sus líderes de mayor carisma y autoridad (el general Líber Seregni, el académico Danilo Astori y el actual Intendente de Montevideo, médico oncólogo Tabaré Vázquez)- ha comenzado por la vía de los hechos una revisión programática y organizativa del Frente. Es así que se han lanzado mensajes muy claros dirigidos a la burguesía, al imperialismo y al ejército, en el sentido de que un eventual triunfo del F.A. no alteraría el poder de la banca financiera extranjera, no cuestionaría el pago de la Deuda Externa ni de los intereses; como tampoco tocaría la actual estructura y tenencia de la tierra.

Para ello la corriente "renovadora" que cuenta con el apoyo de la mayoría de los partidos políticos, y de un alto porcentaje de los parlamentarios⁹, debería cambiar la actual estructura organizativa ya que en el Plenario Nacional son las corrientes "radicales" quienes controlan los comités de base y las coordinadoras regionales. En el congreso -órgano máximo- también serían los militantes de base, como movimiento político y social, quienes tendrían el control.

Sólo el Deus ex máchina de una nueva ley electoral y de partidos que obligara a nominar dirigentes por medio de elecciones por voto directo y universal de votantes, podría venir en ayuda de la cúpula del F.A. y hacer perder el control de las bases militantes. En esto obviamente también están interesados los posibles aliados burgueses del F.A., en especial el grupo del Dr. Sanguinetti.

Sólo recurriendo a las bases, llevando la discusión al seno de la clase trabajadora y los sectores populares, la actual crisis del F.A. encontrará una

vía de resolución progresiva. De lo contrario quedará atascada en medio del marasmo, del agua podrida de los pleitos de los bajos fondos de la politiquería.

El aporte esencial del F.A. a la historia política y social de Uruguay, y de América latina, fue su carácter de movimiento político y social y su proyecto popular y antimperialista.

Para el F.A. está planteada la disyuntiva de, o proyectarse hacia una lucha de masas por la transformación social, o ser un partido más del sistema político tradicional. En este caso sólo servirá para administrar la crisis del capitalismo y para legitimar medidas antinacionales y antipopulares. Una muestra anticipada de esto último, la vemos hoy en la evolución del gobierno "socialista" de Felipe Gonzáles.

Montevideo, Marzo 1993

Notas

1. El análisis de los cambios operados en el comportamiento del electorado en la consulta del 1º de octubre se realiza en nota aparte.

2. El Dr. Sanguinetti y otros dirigentes del Foro, manifestaron su preocupación de que la campaña por el referendo provocara "una nueva agitación que alterara la tarea normal del Parlamento".

Esta es una idea recurrente del pensamiento liberal, el considerar que toda actividad política ciudadana debe constreñirse al voto cada cinco años y que sólo los representantes electos poseen legitimidad.

3. Estellano, Latorre y Elizalde, ¿Qué frente amplio necesitamos? Ed. TAE, Montevideo, 1990, Pág. 77.

5. Amsden, Alice, La industrialización del tercer mundo: ¿fordismo global? o un nuevo modelo, Revista Trabajo y Capital, Nº 4, Montevideo (en prensa).

6. En materia de transformación agraria se trata de revisar los viejos contenidos de las categorías de minifundio y latifundio en su simple significación peyorativa. El minifundio debe ser enfocado como expresión de numerosos problemas. Va más allá de la extensión o tipo de propiedad. Al latifundio, por su parte, no se trata de verlo como una extensión geográfica absoluta, sino también como una realidad demográfica concreta. El problema radica ante todo en el uso que se le da a la extensión territorial. Un problema clave en Uruguay es su casi vaciamiento poblacional del campo.

7. En sentido estricto no se puede hablar de planificación, imposible en el sistema capitalista, sino de una programación indicativa. El carácter autoritario o dictatorial del gobierno, en este caso, la hizo poco menos que ineludible para los capitales individuales.

8. Stirling, Guillermo. Entrevista del Semanario "Búsqueda", setiembre 10 de 1992.

9. La crisis del Partido Comunista, determinó el alejamiento de la totalidad de los parlamentarios, y de los principales dirigentes sindicales de este partido, que ahora actúan en forma individual e independiente en una línea conciliadora. Pero al mismo tiempo facilitó la intervención de las bases expresando la presión de la población.

horacio zamboni

Flexibilidad Laboral: desandar la historia

Nadie duda ya que los modelos neoliberales en curso tienen como precondition una fuerte ofensiva del Capital sobre el Trabajo que imponga una nueva relación de fuerzas sociales. Sin embargo, el autor de este artículo, abogado laboralista y especialista en Derecho del Trabajo, va más allá. Sostiene que la liquidación de la legislación social en curso y el intento de imponer una nueva Juridicidad laboral no hacen más que desandar la historia, volviendo a épocas propias de los inicios del siglo que estamos concluyendo.

Por flexibilización laboral, se entiende en líneas generales -en todo el mundo- desde la segunda mitad de la década del 70, la parte de la política conservadora que tiene como objetivo la derogación máxima posible de la legislación que en su conjunto se conoce como Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social.

Decía en 1980 el Premio Nobel de Economía F.A. Hayek: "No hay salvación para Gran Bretaña o para cualquier otro país en situación similar, hasta que los privilegios especiales concedidos a los sindicatos hace tres cuartos de siglo sean anulados" ¹.

Se trata en primer término de saber qué es lo que se pretende derogar y para entenderlo hay que

recurrir -necesariamente- al análisis histórico.

Sin pretensiones de ser preciso puede afirmarse que el Derecho del Trabajo, adquiere características uniformes -en líneas generales- luego del fin de la Segunda guerra Mundial, en coincidencia -no casual por cierto- con el auge del "estado del bienestar", de la "economía mixta", etc.

Es importante entender que se trata de una política general, a diferencia de los constantes intentos que los capitalistas vienen teniendo contra la legislación laboral desde inicios del siglo XIX. Para nosotros los ciudadanos de América Latina, acostumbrados a golpes de Estado y suspensión de garantías constitucionales vía Estado de Sitio, la dis-

tinción es mucho más importante. Esta vez, como que es parte de una política destructora del llamado "Estado de Bienestar", no se trata de intentos tendientes a mejorar la situación de fuerza de la clase capitalista frente a la clase obrera organizada sindicalmente, suspendiendo por ejemplo, el derecho de huelga o el de la negociación colectiva, etc. Se trata de retornar al sistema de mercados libres, entre ellos fundamental y principalmente el de la fuerza de trabajo, para lo cual se trata también si no de eliminar (más por razones de propaganda que por cualquier otra), de reducir al mínimo el poder de las organizaciones sindicales.

En otras palabras, esta vez se trata de un cambio completo, de la derogación prácticamente total de las leyes que la clase obrera arrancó al capitalismo en las luchas que constituyen su historia, además de las que éste por razones de conservación del sistema pudiera haber concedido en forma preventiva. Además también es importante para entender la cuestión, recordar (o aprehender) que aquel resultado final conocido como "Derecho del Trabajo" y de la "Seguridad Social", tiene un final apto para ser generalizado por sus rasgos comunes, pero con antecedentes distintos que hacen a los orígenes diversos, en sus destacamentos nacionales, del movimiento obrero y su historia posterior hasta ese momento.

Ni siquiera es necesario ser marxista para entender que las razones

que explican tan radical cambio en la relación de los estados capitalistas frente a la clase obrera, desde Thatcher y Reagan, son económicas. Los propios voceros de los explotadores son los encargados de explicar hasta el hartazgo que ello es así.

Si bien la definición general sobre el significado de la "flexibilización laboral" es sumamente sencilla, se complica bastante al precisar su contenido. En mi opinión la confusión es intencionada y el origen se encuentra en los mismos promotores de la política conservadora, aunque con la complicidad de algunos otros -sobre todo socialdemócratas- como veremos seguidamente.

La confusión entre flexibilización laboral y reforma laboral

Incipientemente en la década del '50, pero claramente en la del '60 el desarrollo de las fuerzas productivas venía produciendo en determinadas ramas industriales (claro está en los países con alto nivel de desarrollo), conflictos con las formas clásicas de organización del proceso de trabajo, conocidas como tayloristas y/o fordistas, dentro de la empresa. Como fenómeno social -característico del sistema- al mismo tiempo se verificaba la reducción de la cantidad de la fuerza de trabajo para la producción de un idéntico volumen físico de mercancías.

En Alemania Federal el segundo problema provocado por el desarrollo técnico y científico se resolvió en aquel momento, con una reducción

de la jornada laboral para evitar la pérdida de puestos de trabajo; por ejemplo, los metalúrgicos en 1984 llegaron a una jornada semanal de 38,5 hs. que este año llegará seguramente a las 36... El gobierno de Menem, en Argentina, mientras tanto propone en su proyecto de la ley para las PyMES, mantener el límite de 48 hs. de trabajo semanales, pero promediándolo en forma anual y llevar el límite diario de 8 a 12 hs. Se necesita mucha mala intención para insinuar por omisión que en Alemania y en Argentina, se está frente a un mismo problema y que las soluciones que propone el sistema son de la misma naturaleza.

La otra cuestión es la que se plantea a nivel de organización del trabajo, como consecuencia del avance de la ciencia aplicada. Una planta fabril en el nivel del trabajo "automático" plantea, en materia de organización de la fuerza de trabajo, los mismos problemas en Hong Kong, en Detroit que en Buenos Aires; esto tiene que ver con la división del "trabajo dentro del taller" como diría Marx. Este problema supone discutir en la relación "capital-trabajo asalariado" una nueva forma o manera de organizar el trabajo que es distinto a proponer la derogación general de la legislación laboral y social tomando como excusa el avance técnico y científico, como hace la derecha en todo el mundo.

¿Cuál es la legislación a derogar?

Decíamos que es toda la que

pueda la restauración conservadora, con un objetivo primero: liquidar el sistema jurídico del "estado del bienestar", pero y es fundamental señalarlo, al liquidar dicho sistema se retorna al anterior con todos sus problemas. Precisamente uno de los principales era la legislación obrera que en la década del 20 ya había puesto un límite legal a la jornada de trabajo en prácticamente todo el mundo y luego avanzado con la negociación colectiva y el reconocimiento de las organizaciones sindicales.

La legislación obrera en sus grandes rasgos, puede precisarse en sus puntos fundamentales, en: jornada reducida de trabajo a 8 hs. diarias y 38 semanales, descanso semanal (domingo primero y luego sábado inglés), negociación colectiva y antes, naturalmente, reconocimiento de las organizaciones sindicales y del derecho de huelga.

Está totalmente claro que el conjunto de normas legales y convencionales (entendiendo por éstas las contenidas en los convenios colectivos de trabajo) que son el centro del ataque flexibilizador, son las que finalmente quedaron configuradas en la mejor época del "estado de bienestar". La historia de la legislación obrera, como se la conoció en sus orígenes, y que sigue luego como la del Derecho del Trabajo, será la clave para interpretar, primero los orígenes del estado benefactor o fordista y luego la crisis que desemboca en la restauración conservadora.

Se da la tentación en el terreno de las elaboraciones teóricas, de explicar el Estado de bienestar, como un resultado de la voluntad conciente -y talentosa- de la clase capitalista, en vez de la involuntaria gestión a la que se vio empujada por la lucha de clases, para decirlo en palabras del Manifiesto Comunista.

La historia de la legislación obrera y/o la del Derecho del Trabajo muestra algo totalmente distinto... Muestra a mi entender cómo las luchas sindicales en todo el mundo jaqueaban, en el sentido estricto del término ajedrecístico, a la burguesía industrial a fines de la Primera Guerra Mundial.

Todas las "instituciones" del Derecho del Trabajo, en el sentido que el mismo les da, fueron primero objetivos reivindicativos de las organizaciones obreras, sindicales y políticas y la razón de su creación. El recuerdo de la cronología es fundamental para ubicarse frente al nacimiento del Estado del bienestar, que no las inventa por cierto, sí las hace jugar con otros instrumentos de política económica, sobre todo monetaria, de modo tal que las piezas que jaqueaban el sistema se transforman en su defensa...

Cronología sintética de las leyes sobre jornada de trabajo y su significación en la transformación del modo de producción capitalista en uno, prácticamente exclusivo de plusvalía relativa

La firma en enero de 1919, de la

Convención nº 1 de la actual Organización Internacional del Trabajo de las Naciones Unidas (en ese entonces, más modestamente, Oficina Internacional del Trabajo de la Sociedad de las Naciones) es seguramente el momento en que se expresa el triunfo de la clase obrera internacional en lucha por la limitación de la hornada de trabajo a ocho horas diarias o cuarenta y ocho horas semanales. A partir de ese momento todas las naciones con un mínimo de desarrollo capitalista aprobarán sus propias leyes e irán ratificando el tratado de la OIT.

Una cita de uno de los tratados más prestigiosos del Derecho del Trabajo, ilustrará tanto sobre la historia, como sobre la forma en que era considerado el tema, forma notoriamente distinta a la que hoy se acostumbra:

La adopción mundial de la jornada de ocho horas

"La jornada de trabajo de ocho horas fue por vez primera aplicada en Sidney. en 1855, limitada a los trabajadores de la construcción; y con carácter general, en Melbourne, el 21 de abril de 1856. Muchos años después, el Tratado de Versalles, y los en él inspirados, propusieron como objetivo, allí donde no hubiera sido aún alcanzado, el de la jornada de ocho horas. La primera convención adoptada por la Conferencia de la Organización Internacional del Trabajo fue la de limitar la jornada laboral a ocho horas dia-

rias (cuarenta y ocho semanales) en todos los establecimientos industriales.

En Europa, Alemania fijó la jornada de ocho joras para las empresas industriales y mineras, por Decreto del 23 de noviembre de 1918 a los empleados, Bélgica, por Ley del 14 de junio de 1921; Francia, por la Ley de 23 de abril de 1919, y Holanda, el 1º de noviembre de 1919, adoptaron las ocho horas de trabajo. Italia, por Decreto-Ley del 15 de mayo de 1919, estableció la jornada de ocho horas para los trabajadores ferroviarios, tranviarios y marítimos, y amplió los beneficios de la limitación de la jornada, por Ley del 15 de marzo de 1923 y Reglamento del 10 de setiembre del mismo año, a los obreros y empleados de la industria y el comercio y a los trabajadores agrícolas. Polonia, el 23 de noviembre de 1918; Portugal, el 10 de mayo de 1919; Rumania, el 8 de abril de 1918; Suecia, el 1º de enero de 1920, y Suiza, el 12 de marzo de 1919, implantaron asimismo la jornada de ocho horas.

En España... Numerosos decretos antecedieron al del 3 de abril de 1919, por el cual se implantó la jornada de ocho horas, decisión ratificada por el Decreto del 1º de julio de 1931...

En América, creemos que fue Chile el primer país en aceptar la limitación de la jornada de trabajo, en 1908, fijándola en ocho horas para los trabajadores del Estado; siguióle Cuba, que determinó dicho régimen por Decreto del 26

de enero de 1909. De aplicación general a todos los trabajadores, fue el Uruguay el primer país hispanoamericano que implantó la jornada máxima de ocho horas el 15 de febrero de 1915, donde se comprendía a la totalidad de los trabajadores al servicio de empresas privadas y también a los obreros y empleados en trabajos realizados por el Estado. Le sigue cronológicamente el Perú, que estableció legalmente la jornada máxima de ocho horas el 15 de enero de 1919. Por leyes especiales, todos los países hispanoamericanos vienen adoptado el principio de las ocho horas de trabajo como duración máxima de la jornada legal...

La guerra mundial de 1939-1945 impuso en los países beligerantes la necesidad de derogar transitoriamente la limitación a ocho horas de la jornada laboral, a causa de los perentorios problemas de las industrias militares y de las ordinarias, escasas de mano de obra. Pero tan pronto como la guerra finalizó, dichas excepciones fueron derogadas; y de nuevo se revela una orientación tendiente a reducir la jornada de trabajo a cuarenta horas semanales, aspiración ya hecha realidad hace algunos años en Francia" ².

En Argentina la Ley 11.544 es sancionada en el año 1929, generalizando a todo el país la jornada de ocho horas, que ya se había dado en algunas provincias.

En este punto es preciso señalar que el sistema capitalista, por la limitación de la jornada de trabajo,

se había transformado en uno que aumentaba la plusvalía casi exclusivamente por el método de la plusvalía relativa, es decir aumentando la capacidad productiva del trabajo y reduciendo por ende el "tiempo de trabajo necesario".

Pero además de las leyes limitativas de la jornada de trabajo, el movimiento sindical también había impuesto (o luchaba por ello) otros objetivos, comenzando por el propio reconocimiento de sus organizaciones, de la huelga y de la negociación colectiva.

Anarquistas, socialistas, comunistas e incluso los cristianos sociales, coincidían sistemáticamente en esos objetivos, muchos de los cuales ya eran leyes promediando la década del '20. Con el gobierno de Roosevelt en EEUU y el de L.Blum en Francia, se puede tomando como dato 1936 con la firma en París de los acuerdos de Matignon, afirmar que la legislación laboral (o Derecho del Trabajo a esa altura) había redondeado sus puntos principales en el centro del mundo capitalista.

El salario mínimo vital y móvil, la negociación y contratación colectiva por rama de industria en vez de oficio y la decidida intervención del Estado por medio de las autoridades administrativas del trabajo (generalmente Ministerio de Trabajo) laudando o presionando los arreglos, constituyeron el eje de lo que se conoció entonces como "política de ingresos". Esta política es la que tomaba el salario como una gran variable de la economía y en

función del orden que suponía la contratación colectiva regulaba el nivel de los salarios. La política monetaria neutralizaba lo que pudieran ser excesos en el nivel final de las negociaciones, por el camino de la inflación de los precios. Keynes dirá que "teniendo en cuenta la naturaleza humana y nuestras instituciones, solamente un tonto preferiría una política de salarios flexibles a una política monetaria elástica..."³. En otras palabras era más simple devaluar los signos de la moneda (inflación) que mantenerlos y rebajar los salarios por la fuerza como en gran Bretaña en 1926.

No es el objeto del presente, hacer la historia del "Estado del Bienestar" o del "keynesianismo", que por otra parte ya están hechas, de modo que basta con señalar que luego del fin de la segunda Guerra Mundial se había impuesto en el mundo capitalista y que parte *esencial* del mismo era la legislación laboral o si se prefiere el Derecho del Trabajo. Importa si, recordar que las instituciones de esa legislación son anteriores a la idea del "Estado del Bienestar", que habían nacido al calor de la lucha de clases, que eran el resultado de la reflexión proletaria como respuesta a sus problemas. Las políticas intervencionistas desde Keynes y Roosevelt a Perón e Ibañez, se caracterizan no por el invento de las instituciones (limitación de la jornada, derecho a sindicalizarse, negociación colectiva en vez de individual, huelga, etc.) que ya estaban concebidas como objetivo a alcanzar o realidad conquistada,

sino en su utilización en bloque como medio de neutralizar las reivindicaciones sindicales y ordenar al sistema capitalista a partir de la planificación estatal; la política monetaria y la inflación controlada, junto al pleno empleo serán la clave del sistema, pero esto es algo que excede los límites del presente artículo.

Intento advertir, y mi experiencia profesional me lo grita día a día, que el fin del Estado del Bienestar no es sólo eso, la derogación de la legislación laboral va mucho más atrás en la historia. En otras palabras no se trata solamente de derogar el bloque legal que constituyó el "keynesianismo", sino también las leyes (como la de la jornada de ocho horas) que precedieron por mucho tiempo al inicio del "Estado del Bienestar".

El sistema capitalista guiado por los conservadores, pretende salir del cepo keynesiano (o pretendía hasta antes de Clynton) pero no para caer en el acoso proletario como el que tenía en la década del '20 y que tan bien define la consigna de los mineros ingleses de "ni un minuto más de trabajo, ni un centavo menos de salario", consigna que de ser realidad impide el aumento de la plusvalía en sus dos formas: absoluta (ni un minuto más de trabajo) y relativa (ni un centavo menos de salario).

Se trata en síntesis de terminar con el dominio capitalista del "Estado de bienestar", pero no para caer en la situación caótica que fue precisamente la causa de su nacimiento

(la gran crisis del '30) con la amenaza de la revolución social, sino de recuperar niveles de explotación con los más antiguos métodos capitalista, incluyendo la "acumulación primitiva". La clase obrera no pierde las conquistas del "Estado del bienestar" solamente, está también perdiendo la de los Mártires de Chicago y tantos otros que dieron todo mucho tiempo antes del nacimiento de las políticas anticiclas y del "constitucionalismo social"...

Más de medio siglo de integración de las organización defensivas de la clase obrera o sindicatos al sistema de la política de ingresos, por la vía de las negociaciones colectivas por rama de industria y con acuerdos más o menos explícitos con los gobiernos de turno, concluyeron en una dirección sindical ganada, como decía Marx, por la idea de la "eternidad de las relaciones capitalistas de producción", pero al mismo tiempo y por ello, incapaz de entender que el capitalismo puede ser también el del siglo XIX. Que hay otro capitalismo que no contempla la burocracia sindical y los convenios colectivos de trabajo, que pretende el triunfo total, con los obreros individuales vendiendo su fuerza de trabajo al margen del sindicato, de la huelga y de las leyes por las cuales lucharan y murieran las generaciones anteriores. En la Argentina hoy los vemos en su patético final de catatónicos sociales...

Como en algunas otras oportunidades de la historia, el progreso es esgrimido por los explotadores

como la razón que explica y justifica las desgracias actuales de los explotados. Está de moda considerar a la automatización y al mundo de la robótica y las computadoras como la razón de la necesidad de la flexibilización, diría Marx, "en el taller". Esta problemática se dio en los años '60 y fue planteada por los destacamentos más radicalizados o revolucionarios del proletariado, cuestionando el proceso de trabajo capitalista frente al avance científico y su aplicación práctica en la industria, y a partir de ese cuestionamiento se proyectan al de la conducta de las direcciones sindicales y políticas que terminarán hundiéndose definitivamente con el Muro de Berlín.

El avance científico y técnico tuvo una primera respuesta, anterior a las modas capitalistas de la polivalencia y la polifuncionalidad, en la década del '60. Me remito al documento que el Sindicato de Obreros y Empleados petroquímicos Unidos de San Lorenzo -Santa Fé, planteara en 1971, aclarando que consecuente con esas ideas, ese destacamento obrero, en 1974 ocupó y gestionó la planta durante 28 días, batiendo todos los records de producción y logrando la mayor de sus victorias al final del conflicto, (la historia del conflicto puede verse en "Nuevas tendencias en el sindicalismo; Argentina-Brasil". J. A. Dowling Editorial Fundación Simón Rodríguez). Similares propuestas hubo en Italia, Francia, EEUU, etc.

Este aspecto de la flexibilización,

es el que tiene que ver con las modificaciones a las normas legales o convencionales (más convencionales que legales) que vienen regulando las condiciones del proceso de trabajo. Por condiciones de trabajo, capítulo especial de todo convenio colectivo de trabajo, se entienden: horarios, lugares, seguridad e higiene, herramientas, equipos especiales, etc. igualmente se trata de derogar el sistema de calificación del personal y la determinación o atribución de sus tareas.

En esto el modo de producción capitalista en los últimos años no demuestra ser nada original: finalmente se trata de la división del trabajo dentro de la sociedad y de la división del trabajo dentro del "taller" como decían los clásicos (incluso Marx).

En este segundo punto, trillado bastante por los apologetas de la restauración conservadora como por supuestos marxistas, se ignora la historia. El fenómeno del proceso automático de producción, tan manoseado a partir de los microprocesadores, ordenadores y computadoras, era tema de discusión común a mediados del siglo XIX y sus conclusiones son fundamentales en la obra de Marx, de los filósofos industriales tan citados por él en *El Capital*. Babage y Ure, como en Proudhon, etc. Además en el auge del fordismo o del Estado del bienestar, los talleres automáticos que surgían, fueron el terreno donde crecieron los militantes obreros que cuestionaron la vieja dirigencia sin-

dical nacida al amparo de aquel estado y consolidada en la práctica del mismo, con la burocratización de sus tareas, y el enriquecimiento personal en función de sus cargos de dirigentes sindicales...

Afirmaba Marx en el invierno boreal de 1846/7 redactando *Miseria de la Filosofía*:

"Lo que caracteriza la división del trabajo en el interior de la sociedad moderna es que engendra las especialidades, las especies, y con ellas el idiotismo del oficio.

Nos sorprendemos admirados -dice Lemontey- al ver que entre los antiguos el mismo personaje es a la vez, en grado eminente, filósofo, poeta, orador, historiador, sacerdote, administrador, general del ejército. Nuestras almas se espantan ante la perspectiva de un tan vasto dominio. Cada uno planta su seto y se encierra en su cercado. Ignoro si a causa de este recorte el campo se agrande, pero estoy seguro de que el hombre se achica.

Lo que caracteriza a la división del trabajo en el taller automático es que en él el trabajo ha perdido todo su carácter de especialidad. Pero desde el momento en que se detiene todo desarrollo especial, comienza a hacerse sentir la necesidad de universalidad, la tendencia hacia un desarrollo integral del individuo. El taller automático borra las especies y el idiotismo profesionales" ⁴.

Hay una trampa, que es la que hace aparecer la flexibilización como un problema común que está por arriba de las desigualdades en el

desarrollo del capitalismo e incluso también por encima de las distintas etapas en que se encuentran las economías nacionales dentro del ciclo. Esto es especialmente válido en lo que respecta a las diferencias entre "capital viejo" y "capital nuevo", que se expresan entre otros aspectos, en la productividad distinta y, al comparecer sus mercancías en el mercado mundial, en precios distintos y tasas de ganancias distintas.

Este punto de la división del trabajo, del proceso del trabajo y su organización en el capitalismo contemporáneo, es el punto más débil de la clase obrera en la polémica, por el olvido de la teoría ya centenaria y de aquellas historias más recientes que son en la literatura de la izquierda actual, a lo menos, un olvido imperdonable.

Los conservadores no solo pretenden terminar, como casi lo han hecho, con el "Estado del Bienestar", también pretenden liquidar las posiciones obreras conquistadas antes del nacimiento de aquel sistema intervencionista. Huérfana de dirección sindical, pues su integración a las negociaciones y al sistema keynesiano produjo una dirección sindical absolutamente impotente frente a la restauración conservadora, la clase obrera debe buscar en la historia los antecedentes de sus luchas contra el capitalismo privatista de mercados libres y en la crítica de la economía política, los lineamientos para ubicarse frente al nuevo nivel de desarrollo de las

fuerzas productivas, pues debe levantar un nuevo programa inexorablemente. Claro está, en el futuro inmediato, muy poco quedará del mundo que conocimos como sindicalismo, lo que precisamente no es como para llorar.

Rosario, abril 1993

Notas

1. "1980" Unemployment and the Unions, IEA, Londres, 1984, pág. 58, ci-

tado por Rojas Eduardo -La Flexibilidad Productiva y los Sindicatos- en Flexibilidad Laboral - Fundación Friedrich Ebert- Bs. As. 1991.

2. Cabanellas Guillermo. Tratado de derecho laboral. Tomo II. pág. 479 y ss. Editorial Bibliográfica Argentina. Bs. As. 1º de setiembre de 1949.

3. Keynes J.M. "Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero". Fondo de Cultura Económica. México 1971. pág. 236.

4. Marx Karl. Miseria de la Filosofía. Ediciones Jucar. págs. 218 y 219.

* N. de R. : Este trabajo va acompañado de un apéndice "La organización del trabajo en el Convenio Colectivo de la Industria Petroquímica" que por razones de espacio no podemos reproducir.

giuseppe prestipino

Socialismos reales y capitalismos imperiales

1. ¿Socialismo o capitalismo de Estado?

Entre los presupuestos teóricos del partido bolchevique y los de la socialdemocracia occidental (en especial la alemana) había, a principios de siglo, un parentesco más estrecho de cuanto comúnmente se cree.

La dirección prevaleciente en la socialdemocracia alemana se basaba sobre el diagnóstico de un desarrollo capitalista que, a través de una concentración progresiva de las empresas y mediante formas propias de organización en gran escala ("capitalismo organizado"), habría hecho posible la estatización de los mayores complejos económicos y, en consecuencia, el pasaje al socialismo¹. Lenin compartía, en sustancia, esa previsión y ese modelo de transición (piénsese en los debates teóricos que él había tenido con Hilferding en su concepción del imperialismo, con Kautski sobre la cuestión agraria y con otros teóricos de la Segunda Internacional sobre la estrategia de las alianzas. También en su concepción del partido como vanguardia intelectual que habría suscitado la "conciencia de clase" obrera "desde el exterior", Lenin se acercaba a Kautski.

Sin embargo, mientras en la socialdemocracia alemana perduraba una concepción determinista del desarrollo y una confianza en la ineluctabilidad de los procesos que habrían de llevar de manera casi indolora al socialismo, y por ello se afirmaba una estrategia reformista y gradualista, en Lenin el factor subjetivo y el rol de la iniciativa política devenían determinantes: en el leninismo el atraso de Rusia, o sea la distancia que la separaba del "capitalismo organizado" (piénsese en el vivo debate que había ocupado a los populistas, Plejanov y al mismo Lenin), devenía un argumento en favor de la revolución. Por otra parte la circunstancia histórica en la que se desenvolvía la revolución y su prolongación por muchos años en un país atrasado, multiétnico y asediado por las potencias occidentales, habrían inducido a los sucesores de Lenin a receptor, más que a remover, la

tradición absolutista del estado zarista. Y les habría inducido por lo tanto a exasperar la concepción kautskiana-leniniana del partido, acentuándole los caracteres elitistas y jacobinos, en la ya ruinosa identificación entre el partido y el Estado (o resolución del Estado en el partido).

Pero la elección leniniana por la revolución, en alternativa a la vía reformista, brotaba también de una ruptura con la Segunda Internacional que se consumaba, en la primer guerra mundial, ante la pasiva aceptación del belicismo chovinista por parte de las fuerzas socialdemocráticas más representativas (aún en las totalmente alteradas condiciones históricas, es posible entrever hoy alguna analogía en la pasividad de la Internacional Socialista frente a los aspectos más controvertidos de la guerra del Golfo?) A la consigna "transformar la guerra imperialista en revolución socialista" es, en efecto, reconducible la génesis de los partidos comunistas organizados en la Tercera internacional.

Después de Lenin, la URSS se replegaba hacia una suerte de nacionalismo gran ruso, cómplice del cual fue ante todo la teoría stalinista del "socialismo en un solo país", que era un equivalente audaz del que habría sido para las corrientes reformistas occidentales el Estado-nación como "Estado social". La victoria en la segunda guerra mundial habría también alimentado en la URSS una tendencia -según la China maoísta, "social-imperialista" - a someter (más que a liberar) otros pueblos. La actual explosión de rebeliones étnicas o nacionalistas es continuación de la fallida integración supranacional y de la profunda crisis hegemónica que ha concurrido a debilitar una de las dos mayores superpotencias, facilitando la victoria de la otra ².

A través del filtro del binomio imperialismo-guerra quizá sea posible una lectura histórica comprensiva de los tres cuartos de siglo transcurridos desde la revolución de octubre hasta hoy, para poder descifrar mejor el enigma URSS. La revolución de octubre quiso ser una respuesta, en nombre del internacionalismo, a la primera guerra mundial. La segunda guerra mundial, a su vez, marca la divisoria de aguas entre dos respuestas distintas de Occidente a la revolución de octubre. La respuesta nazi-fascista intenta derrotar al comunismo con los regímenes totalitarios de derecha y con la invasión militar, aún cuando sea dentro del cuadro de un nuevo conflicto mundial entre Estados capitalistas. La Unión Soviética sale del conflicto exhausta pero vencedora. La respuesta "democrática" conducida por los Estados Unidos logra en cambio derrotar a la Unión Soviética en la "tercera guerra mundial" realizada por medio del uso simbólico de armas reales (y misilísticas) cada vez más potentes. La atómica sobre Japón (1945) sirvió para establecer, escribe L.Cortesi, los confines de seguridad para los Estados Unidos bien afuera del propio territorio y sobre todo para lanzar una admonición y una intimidación en la confrontación con la URSS ³.

La intensificación de la producción bélica en ambos campos, fomentada por los Estados Unidos, en el período que va desde su monopolio atómico a su reciente proyecto de escudo espacial, y la manifiesta imposibilidad para la URSS de marchar tras una incesante carrera al rearme, convierte a las sobrevenidas dificultades de su economía en una derrota irreparable. Fomentar en la producción de armas la fiebre de la innovación tecnológica que rápidamente se había apoderado de la gran empresa capitalista: he aquí el secreto de la victoria estadounidense sobre la URSS. "El discurso principal debe ahora desplazarse sobre las debilidades del modelo económico-social en sí; y sin embargo la misma experiencia de 1979-1989 sugiere la imagen de una derrota, económica y tecnológica al que la Unión Soviética fue incapaz de sustraerse y al cual había creído poder responder en una ruinosa puja. pero que en un lúcido cálculo de riesgo era muy desigual para haber podido vencer a Occidente, incluso sin una guerra efectiva entre los dos sistemas" ⁴.

Que el uso de nuevas y potentísimas armas de exterminio haya sido en la "tercera guerra mundial" solamente simbólico y que por mucho tiempo las potencias occidentales no se hayan empeñado directamente en conflictos armados ha dependido del relativo equilibrio ("del terror") que la URSS pudo de vez en cuando restablecer entre los opuestos arsenales y entre los opuestos sistemas. Cuando en 1956, enseguida de la primera crisis del bloque soviético culminada en la revuelta húngara, el equilibrio insinuó romperse, se reanudó la guerra efectiva con la intervención anglo-francesa en el medio oriente en defensa del canal de Suez. Y cuando en 1991 el equilibrio se rompió desembozadamente, por el colapso de la URSS como potencia económica y como sistema imperial, he aquí que las "tempestades del desierto" bajo el comando estadounidense sobrevivieron puntualmente en la misma área mediorienta, en defensa del petróleo. Guerra efectiva (como antes de Yalta) y, conjuntamente, uso simbólico (como después de Yalta) de las armas -y de la misma guerra efectiva- dirigido a desalentar con las demostraciones prácticas de la potencia tecnológica estadounidense, las veleidades de cualquier adversario que osase desafiarlas en el futuro: el balance de la guerra del Golfo comprende también estas cosas, no solamente el Cuestionario sobre guerras justas y guerras injustas⁵.

Efectivamente, entre los efectos positivos del relativo equilibrio que la URSS consiguió en la competencia militar con el occidente no han de computarse solamente el uso meramente simbólico de las armas deben computarse las conquistas del Estado Social y del desarrollo ulterior de la democracia en la forma del sufragio universal en varios países de occidente (en particular, las características innovadoras de la constitución republicana de nuestro país). El impacto -aún arduo y contradictorio- sobre los movimientos de emancipación de los pueblos del tercer y cuarto mundo es ampliamente notorio. Domenico

Losurdo sostiene, sin equivocarse, que las conquistas de la revolución de octubre son visibles más que en las vicisitudes interiores de la URSS, en sus repercusiones externas en los países avanzados de occidente y en el llamado "Sud del mundo". Y, en efecto, cuando la URSS mostró los primeros signos de flaquear, no sólo el Sud conoció nuevas formas de dependencia económica y política, no sólo el Estado Social fue gradualmente anulado en occidente, sino también la democracia -aún en su mayor difusión entre nuevos pueblos- entró en crisis. A esa crisis involutiva, por otra parte, concurrieron las nuevas dimensiones supranacionales de los poderes económicos, de las relaciones de mercado y de los correspondientes circuitos de información (o de formación de consenso). En consecuencia el socialismo, si bien limitado a la URSS procuró ventajas a las clases trabajadoras y a los pueblos del resto del mundo más que a la misma URSS? No el socialismo, sino -una vez más- la potencia "simbólica" del socialismo. Un fantasma no recorre más Europa.

Los comunistas italianos, en su intento de llevar a cabo una revisión crítica de juicios que en otros momentos han alentado en solidaridad hacia el llamado "campo socialista", tal vez deberían aún colmar una omisión. Que aquellos regímenes no fuesen democráticos lo comprendieron a partir del pre-memorial de Yalta y, en términos más explícitos, en los años de Berlinguer. Pero que esos regímenes no fuesen ni siquiera socialista (y sobre todo que de ninguna manera se encontrasen sobre la vía que conduce al comunismo) lo sostuvieron solamente algunos estudiosos que analizaron su estructura de clases ⁶, y algunos grupos de *gauchistas* o de *leftist* de los cuales el PCI por lo general tomaba distancias. Los análisis de Ch. Bettelheim y otros que encontraron en la sociedad soviética una forma extrema de "capitalismo de Estado" inspiraron en la publicística de izquierda solamente a quienes se colocaban fuera del PCI. Hasta Lucio Lombardo Radice, que luego de los hechos de Praga del 68 fue uno de los más intransigentes entre los intelectuales del PCI en el rechazo del modelo soviético, se limitó a definirlo como "socialismo de Estado", reconociendo explícitamente de esa manera su carácter socialista.

Y, sin embargo, una lectura atenta de algunos escritos de Lenin habrían podido ponernos sobre aviso. Lenin opinaba que el capitalismo de Estado podía constituir la premisa estructural (capitalista precisamente) para una posterior y cercana transformación socialista. En la "Historia de la URSS" G. Boffa juzga que esos escritos de Lenin son "esenciales para la comprensión de su pensamiento". Tal vez se capte el verdadero significado de la NEP si se arriesga la hipótesis de ser, a juicio de Lenin una salida, desilusionada por demás, del capitalismo de Estado, ya a comienzos de una experimentación apenas iniciada. Quizás la NEP no fuese un repliegue táctico hecho necesario por haber osado avanzar demasiado sobre la vía del socialismo; sino el fruto de una constatación amarga (e inconfesada): como "antecámara del socialis-

mo" el capitalismo de Estado se revelaba -al menos en el campo- peor que la iniciativa privada. Y quizás bajo esta luz logremos entender mejor la obsesión que no da tregua a Lenin, ya moribundo, cuando intenta poner en guardia al partido sobre las posibles degeneraciones burocráticas y, en ese contexto, del incipiente autoritarismo de Stalin.

Rossana Rossanda afirma que, si en los años treinta la URSS deviene un país industrial, el mérito fue por cierto de la planificación; pero si Lenin había declarado realistamente que lo realizado en la URSS después de Octubre era una suerte de capitalismo monopolista de Estado, no aún el socialismo, el mismo Lenin, cuando contribuyó a desplazar a los soviets en beneficio del partido, perjudicó la socialización que habría debido seguir inmediatamente después. La colectivización forzada por obra de Stalin repitió en ciertos aspectos la acumulación capitalista originaria en perjuicio de los campesinos y creó una fosa entre los campesinos y los obreros, entre los campesinos y el partido-Estado ⁷.

2. La confrontación Este-Oeste

Aquel "capitalismo de Estado" conoció, desde el advenimiento de Stalin a la muerte de Breznev, los desarrollos y las involuciones que los libros de historia y la publicística política han registrado. Como medio para realizar una acumulación acelerada y para acortar las distancias con los países más avanzados, en una etapa todavía caracterizada por el industrialismo clásico y por la preeminencia de los mercados nacionales o imperiales, el sistema -dentro de sus límites- fue relativamente eficaz. En un período en el cual el empleo de la fuerza de trabajo, aunque modernamente organizada según los cánones tayloristas y fordistas y mantenida a raya con el ejército de reserva, constituía aún el casi exclusivo fundamento de la valorización capitalista, el desafío soviético, que apuntaba sobre el crecimiento de la ocupación obrera (aún cuando neutralizada en parte por la ausencia de un ejército de reserva, o por la seguridad del puesto de trabajo, y por la consiguiente pérdida de eficiencia de la empresa) podía maniobrar en su ventaja la función anti-crisis de una economía planificada. Cuando la compenetración entre la intervención estatal y los programas de las empresas privadas se acentuó también en Occidente, cuando comenzó a perfilarse la actual revolución tecnológica en Occidente y el mercado mundial unificado hubo impuesto a todos sus propias leyes, el sistema soviético -manteniéndose rígidamente en los módulos de la moderna división del trabajo obrero y privándose de cualquier estímulo a "expeler" una parte del trabajo obrero- gradualmente cesó de funcionar. O mejor aún: pudo todavía funcionar solamente en el sector de los armamentos y de las empresas espaciales, en el cual el Estado es productor y consumidor

en forma conjunta (consumidor que por lo tanto decide de cual y de cuanta producción tienen necesidad). De manera que, si para sostener la definición de "capitalismo de Estado" se quiere aducir la existencia en la URSS de una única y grande empresa, en la que se compensan las deseconomías o las manifiestas ineficacias de las fábricas singulares, en un proceso de acumulación forzada que por último hace de la producción misma el fin de la producción, entonces la definición más apropiada sería aquella que reconociese allí un capitalismo (monopolista) de Estado tendiente a incrementar el surplus (producto excedente) destinado a la acumulación de medios de producción bélica para estar adelante en la competencia con la otra superpotencia imperial. Veremos luego como a la crisis macroscópica de la URSS corresponde una crisis mucho menos aguda, pero en ciertos aspectos análoga, de los EEUU y de su economía ampliamente militarizada.

Hannes Hofbauer y Andrea Komlosy, en un estudio aún inédito, sobre "Restructuring (Eastern) Europe", efectuado en Viena, sostienen que los años cincuenta y sesenta fueron en el Este europeo años de crecimiento extensivo. El socialismo fue una especie de proteccionismo dirigido a la construcción de una industria local en países periféricos, prevalentemente agrícolas o devastados por la guerra. La distancia con los países occidentales podía disminuir relativamente. El producto bruto interno (PBI) per capita (según los cálculos UN, Economic Bulletin for Europe, v. 31, nº 2, New York 1980) creció en efecto entre 1955 y 1973 en 5,21 veces en la URSS, en un mínimo de 4,3 veces (Alemania del Este) y en un máximo de 6,65 veces (Bulgaria) en los otros países del Este, mientras aumentó en 3,38 veces en USA, en 3,73 en Canadá, en 3,47 en Australia, en 3,36 en Gran Bretaña, en 3,88 en Suecia, en 4,38 en Alemania Federal, en 4,51 en Francia, en 4,66 en Austria y conoció incrementos no muy disímiles en los otros países industriales avanzados, excepción hecha de Italia (5,1 veces) y, sobre todo, del Japón (7,13 veces).

En los años sesenta el desarrollo extensivo del Este europeo reveló sus propios límites y el sistema apareció como incapaz de promover la innovación tecnológica. Los objetivos del crecimiento industrial y los standards de competitividad fueron por lo tanto dados por Occidente. A partir de 1971 y en medida siempre creciente, aquellos gobiernos echaron mano a los créditos occidentales para poder importar tecnologías y bienes de consumo. Los créditos ascendieron (para la URSS y Europa Oriental en conjunto) a 6,7 millones de dólares en 1970 y se multiplican hasta los 134,5 millones en 1987. Los datos son suministrados por el Instituto de Viena para los estudios económicos comparados. También I. Wallerstein⁸ sostiene que industrialización y crecimiento acelerado eran posibles, en el Este europeo mientras prevalecieron en esos países (o más en general?) técnicas de desarrollo extensivo, fuerza de trabajo a bajo costo, consumo contenido

y ausencia de guerras, pero rígido control político. Agotada dicha fase, no quedaban más que los remedios del Tercer mundo (recursos petrolíferos, deuda externa). Pero en los años ochenta también para tales medios llega la hora de la verdad. Declinación estadounidense y estancamiento de los países periféricos fueron, agrega I. Wallerstein, la base de las vicisitudes más recientes de los países del Este, considerados equivocadamente al reparo de la economía-mundo capitalista.

Al empuje hacia el endeudamiento, que se advirtió en el Este, correspondió una nueva necesidad de prestar dinero en los mayores países del Oeste. Los países del "socialismo real", dicen H. Hofbauer y A. Komlosy, no pudieron nunca desengancharse realmente del sistema mundial capitalista. La acumulación de capital fue el principal criterio regulador también para las economías socialistas, que estuvieron siempre condicionadas por los procesos de reconstrucción y por los períodos de prosperidad o de crisis que se sucedían en el Occidente capitalista. Como consecuencia de la recesión económica verificada a nivel mundial, a fines de los años sesenta, en lugar del objetivo político-estratégico de una desintegración económica Este-Oeste. En tal coyuntura, la caída de las ganancias y las tendencias especulativas surgidas por la dificultad de nuevas inversiones productivas, se tradujeron en la disponibilidad de los tenedores de capital a prestar dinero a tasas de interés muy bajas (la prima rate baja en USA al 5,2% y en RFA al 6,8% durante 1972) que animaron a los países del Este europeo y a los del Tercer mundo a contraer deudas en cantidades elevadísimas.

Pero hete aquí que las tasas de interés subieron, alcanzando en 1981 al 18,7% al 13,6%, respectivamente, en USA y en RFA. Los países del Este europeo y los del Tercer mundo se encontraron en graves dificultades y constreñidos a endeudarse aún más, para poder pagar los intereses de las viejas deudas. Los países del Este contribuyeron así a financiar el déficit comercial de USA, mientras las elevadas tasas de interés aseguraron un flujo constante de capitales alemanes y japoneses a los bancos estadounidenses. Al endeudamiento creciente del Este, no correspondió, por otra parte, la esperada disminución del gap tecnológico que lo separaba del Occidente, porque éste último continuó boicoteando el acceso a sus propias tecnologías. El gap, así, se acrecentó. Los créditos se revelaron como una buena inversión para Occidente, porque tornaron dependientes a las economías orientales y las obligaron a dar una contribución financiera a las economías occidentales para permitirles enfrentar la crisis mundial.

El único país que, en los años 80, se empeñó a fondo para pagar todas las deudas contraídas y que se ganó así la estima de occidente fue Rumania, que para eso redujo drásticamente las importaciones de Occidente, intensificó las exportaciones y sacrificó brutalmente el nivel de vida de la población. La revuelta explotó pocos meses después que fue enteramente

saldada la deuda, cuando el nivel de vida habría podido volver a subir la pendiente. Polonia se puso en el mismo camino, pero no alcanzó a recorrerlo hasta la extinción de la deuda porque la rebelión obrera guiada por Solidaridad explotó enseguida después de los primeros y tangibles empeoramiento de nivel de vida; a partir de diciembre de 1981, estado de sitio y aceptación de las directivas del FMI para la liberación de los precios procedieron parejamente.

El cepo de la deuda y de sus intereses debía empujar a los países del Este a someterse a las condiciones del FMI en materia de reglas y métodos de política económica, en reemplazo de los viejos postulados socialistas. Y, en países caracterizados por una estrecha conexión entre política y economía, los cambios económicos debían provocar otros tantos rápidos movimientos políticos (libre mercado y monopolio del partido eran evidentemente incompatibles). Por lo demás, observan los dos estudiosos austríacos, júzguese cuanta desconfianza podía difundirse en la población en relación a la proclamada superioridad del modo de producción socialista, si los mismos gobernantes confesaban poder garantizar niveles decentes de subsistencia para todos solamente echando mano a los dineros de los países capitalistas occidentales. Nuevas clases medias, formadas rápidamente en tal contexto, y nuevo rol de los intelectuales hicieron el resto. Las tentativas de reforma económica fueron encaminadas, sobre todo en Hungría, a la finalidad de incrementar las exportaciones hacia Occidente, desarrollar el turismo y obtener dineros frescos. Concluyen los autores (sobre cuyos análisis he querido detenerme en extenso), que las élites políticas vieron en la reforma económica la posibilidad de conservar el poder, no sospechando que con esa misma reforma se habría cumplido el último acto de su gestión.

De mi parte querría observar que los dos autores, atentos a una dinámica económica regional e internacional por cierto relevante, tal vez no hayan valorado adecuadamente, entre las causas del colapso de la economía imperial soviética, la insostenibilidad de la competencia tecnológica impuesta por los Estados Unidos en el terreno militar y, en consecuencia, de las pesadas cargas soportadas para acrecentar las zonas de influencia en varias regiones del globo.

Es provechoso por lo tanto integrar aquellos análisis con otros juicios y otros datos. Pero, antes de echar mano a otras contribuciones, querría proponer un esquema orientativo que tal vez resulte útil.

3. Militarización y revolución tecnológica

La estatización de la economía en la forma de la militarización no es invención exclusiva del régimen soviético. Ya en la primera guerra mun-

dial, los Estados europeos de manera más o menos acentuada habían recurrido a ello y son conocidas las reconstrucciones historiográficas de la intervención pública en Italia, especialmente bajo el fascismo, con prolongación y ampliación de aquellas primeras experiencias cumplidas en el clima de la guerra total. La estatización-militarización (aún parcial) de la economía es por consiguiente una de las vías estratégicas recorridas por el sistema de los Estados en este siglo. En los años que siguieron a la segunda guerra mundial, USA ha recorrido prevalentemente esa vía, mientras la URSS ha recorrido solamente esa vía. ¿Hay otras?. En el mismo período, por ejemplo, Japón ha experimentado la vía de un gobierno indirecto del Estado sobre la economía, de un gobierno ejercido principalmente a través de la promoción de la ciencia, de la tecnología civil y de la instrucción pública generalizada ⁹ (el capital privado ha hecho el resto, con viejas y nuevas formas de disciplina de la fuerza de trabajo) ¹⁰.

La revolución del modo de producción que se desenvuelve ante nuestros ojos tiene un alcance epocal mucho mayor que otras "revoluciones" que han acompañado, en el pasado, a la modernización capitalista. Por ciertos aspectos, se podrían reconocer los caracteres de la transición hacia un modo de producción no más capitalista. Pero hasta ahora, también por algunas circunstancias históricas cruciales, esos caracteres se desenvuelven por impulso y bajo el control del capitalismo occidental, en el mercado-mundo capitalista. Se desarrollan por eso más en daño (que en beneficio) de las periferias y, ahora, también en perjuicio de los países ex-socialistas. La incapacidad histórica de estos últimos es, en el terreno "estructural", sobre todo la de no haber sabido ni podido encabezar, con una impronta no capitalista, la revolución del modo de producción. Al subrayar este aspecto negativo, Godelier ¹¹, La Grassa y otros autores hacen notar que el capitalismo, en cambio, dejando de apoyarse en técnicas anteriores, ha sabido rápidamente crearse una "base material (e intelectual) propia", o sea operar el pasaje de la "subsunción formal" a la "real".

Los estudiosos sugieren, por lo común, una periodización que pone a ese respecto una discriminación decisiva hacia el fin de los años sesenta. En el período precedente la vía estratégica de la estatización-militarización tomó la delantera y dio frutos también por las derivaciones positivas en los incipientes procesos de innovación tecnológica generalizada que ya interesan a la producción civil, especialmente en algunos campos. El ministerio de Defensa y la Nasa, han sido las fuentes fundamentales del dominio tecnológico estadounidense también en la producción civil? Sí, responde R.R. Nelson, si se mira a un primer período (en la post-guerra) y a las tecnologías que entonces eran las más avanzadas (calculadoras y semiconductores¹²). En el período siguiente, en cambio, las derivaciones se hacen menos significativas y crece la carga negativa que las inversiones

militares importan en el cuadro más general de las inversiones para la investigación, para la innovación y para la educación. Una fuerte declinación de las derivaciones sobre la tecnología civil se tuvo enseguida, desde fines de los años sesenta, cuando otros países se adelantaron gastando más que USA en inversiones directamente dirigidas a la investigación no militar ¹³.

El período de la guerra fría reproduce algunos elementos que, durante la última guerra mundial, habían favorecido el desarrollo de la innovación tecnológica. Los reproduce sustituyendo la regulación a través de la competencia con la regulación burocrática. Si en el sector militar el planificador es el mismo consumidor (y se trata de una ventaja), la planificación militar autoritaria presenta cierta desventaja respecto a una planificación (aún cuando sea centralizada, burocrática o sustraída al control del mercado) que por lo menos se beneficie de un control político democrático a través del cual pueden valer las presiones del público ¹⁴.

Algunos autores han notado que el gasto militar, además de sostener el desarrollo de tecnologías avanzadas, absorbía una cuota desmedida de recursos científicos y tecnológicos sustraídos a otros usos y que, por añadidura, inducía "malos hábitos de proyección y de marketing", maximizando los costos y eliminando los controles del mercado. La observación es fundada para el período sucesivo a los años sesenta, según Kaldor. "Hoy, tanto en el Este como en el Oeste, el sistema industrial caracterizado por grandes empresas, con producción en masa y planificación industrial de largo período, descrito profundamente por John Galbraith en el libro *El nuevo Estado Industrial*, está en crisis" ¹⁵. La guerra fría ha suministrado a la economía de USA un lubricante keynesiano, pero "ha debilitado las prestaciones económicas de largo plazo de la economía americana" ¹⁶.

Por su parte, el Estado soviético ha obtenido y luego perdido también su "lubricante". Un giro negativo se ha verificado también en la URSS, con el agravante de sus mayores atrasos en las tecnologías civiles. En una conferencia de 1957 O. Lange ve en aquella de tipo estalinista "una economía de guerra *sui generis*". A su juicio, si bien necesarios en un período de transición revolucionaria, aquellos métodos no eran socialistas (como no era por cierto socialista la entrega obligatoria de productos agrícolas introducidas por primera vez por los ejércitos del Kaiser Guillermo II, en los territorios ocupados). En efecto, prosigue Kaldor, el sistema estalinista "ha funcionado verdaderamente con eficiencia solamente en tiempos de guerra"; pese a las destrucciones sufridas, etc., a fines de la segunda guerra mundial "la producción bélica soviética era análoga a la americana". Luego, el sector militar soviético ha podido gozar de dos beneficios (relativos): cierto grado de soberanía en relación al "consumidor" y cierto estímulo

externo, por la carrera de armamentos emprendida en competencia con los EE.UU. Pero en el Este, al atenuarse la guerra fría, "los altos niveles de gasto militar, el estancamiento de las capacidades tecnológicas y el endeudamiento han bloqueado la dinámica de las economías socialistas" ¹⁷.

4. La confrontación Norte-Sur

En este estado era necesario terminar con la guerra fría, en cuanto guerra simbólica sí, pero pagándose un precio cada vez más alto por ambas partes. Solo con un desarme (aunque fuera parcial) los EE.UU. habrían podido esperar una cierta (y parcial) conversión hacia la que, por comodidad expositiva, he indicado como la vía japonesa. Pero para poder cerrar el capítulo de la guerra fría los EE.UU. debían ganarla. Y, para ganarla, debían intensificarla con proyectos aún más costos y ambiciosos, como el proyecto del escudo espacial.

En lo que concierne a la URSS, la única vía que se le abría por delante era un camino sin salida. Después del fin de los años sesenta la guerra fría registró su impacto negativo sobre la economía soviética en una medida mucho mayor que en los EE.UU. (por la fuerte diferencia entre los respectivos puntos de partida y entre ellos respectivos potenciales productivos). Si hacer cesar la guerra fría era para los EE.UU. una necesidad para el mantenimiento de un rol de punta en la economía mundial, para la URSS era una condición necesaria y no suficiente para evitar caer en el infierno de los países subdesarrollados. Y, de hecho, puede hoy la URSS evitar, con certeza, ser atraída por el remolino del subdesarrollo, aún si se libera del peso de la guerra fría?

Se abre aquí otro problema crucial. El pasaje de la economía de guerra (del Estado-guerra- a la "vía japonesa" y a los procesos generalizados de la cada vez más rápida obsolescencia, tecnológica, no ya de la producción bélica, sino de la "civil". Este pasaje (que comienza a volverse visible hacia fines de los años sesenta) inaugura, por sus caracteres estructurales, otro tipo de guerra, cuyos vencedores están todavía más implacablemente anticipadamente predestinados: la guerra entre una minoría (minoría por necesidad estructural) de países siempre más "avanzados" y una correspondiente mayoría de países siempre más "atrasados". Pero por qué los vencedores están predestinados? ¿Cuál es el "destino" que los escoge?

Antes de los fines de los años sesenta, la guerra fría era condición para que el Estado, a su costo, procurase al desarrollo de las empresas públicas o privadas los efectos de derivación tecnológica que antes he indicado. Después de los fines de los años sesenta sucede algo distinto a la "derivación". Sucede que el estado asume directamente una mayor suma de costos sociales necesarios para garantizar, en la carrera universal por la

innovación tecnológica, las altas ganancias de las empresas. Es verdad que son desmovilizados algunos institutos del "Estado social" en perjuicio de los trabajadores, pero en beneficio de las empresas se multiplican los sostenes estatales para la investigación científica, para la instrucción pública cada vez más calificada y generalizada (sin la cual no hay hoy ninguna posibilidad de innovación y de aplicación tecnológica en amplia escala)¹⁸, para la falta de amortización de las tecnologías prematuramente abandonadas en el curso de una competición dispendiosa (que empuja hacia una incesante cuanto artificiosa obsolescencia de las innovaciones), para la nueva infraestructura necesaria y, en fin, para un parcial y no obstante dispendioso resarcimiento de los deterioros ambientales producidos por el crecimiento del consumo, además del aumento de los aportes energéticos y del producto bruto.

Es evidente que si en el siglo recorrido la concurrencia se desarrollaba entre empresas (y empresas singulares equipadas y bien dotadas podían afirmarse aún en países atrasados) al menos de veinte años a esta parte la competencia se desarrolla de hecho, en primer lugar, entre áreas geográficas, en consecuencia entre Estados o entre sistemas de Estados y en base a su diversa capacidad de ofrecer ese articulado sostén a las empresas adosándose los costos culturales y ambientales (hoy devenidos decisivos). En una tal concurrencia geográfica entre Estados o sistemas de Estados en el mercado único mundial, es fácil profetizar no solo quien vence y quien pierde, sino qué regiones enteras del globo están condenadas a perder y cual será el crecimiento exponencial del alejamiento entre vencedores y vencidos.

Es verdad que para desalentar la competitividad sobre el mercado de los productos industriales y agrícolas de los países más pobres serían suficientes las colosales concentraciones que hoy se realizan entre las empresas (privadas) multinacionales¹⁹, haciendo cabeza en los países más ricos, y que este fenómeno de por si comporta, en el mercado mundial ya unificado, una reducción de los costos unitarios por producto (y por ello de los precios) capaz de eliminar cualquier concurrencia provocando, en los países más pobres, cierres de fábricas y sobre todo el abandono de culturas agrícolas. Pero la reducción de los costos (y por ello de precios) derivada de la intervención de los grandes Estados en sostén de las empresas, para los nuevos aprovisionamientos culturales, ambientales, etc., es el factor principal entre los que anulan de entrada la capacidad competitiva de las economías marginalizadas.

Si en los años treinta el capitalismo de Estado estaliniano pudo, con drásticas medias, acortar las distancias del potencial productivo de los países más industrializados, en el contexto mundial actual dominado por las innovaciones tecnológicas incesantes- vale una regla general con po-

quísimas excepciones aparentes: al igual que el capitalismo de Estado, o quizá peor, el de los grupos privados (también admitiendo que puedan surgir como por encanto en regiones desprovistas por largo tiempo del mismo) solo logrará acrecentar el propio subdesarrollo y la diferencia que lo aleja de los países-guía de Occidente.

Ciertamente, alguno de los países de Europa centrooriental podría -por el concurso de circunstancias favorables y, si así place, esforzándose por emular a los "cuatro dragones" del Asia oriental- alinearse en la exigua hilera de los países más desarrollados (aún cuando el resorte "originario" de los bajos salarios incida cada vez menos en las economías "post-industriales" actuales). Pero todos los otros se encontrarán frente al dilema: o conservar, con el mercado, la posición que, con las políticas planificadas, han ocupado hasta ayer en la gradación entre todos los países del mundo por su rédito medio per cápita ⁹ es decir, conservar una posición de "segundo mundo", renunciando ellos también traumáticamente a las viejas medidas burocráticas de protección social); o precipitarse hacia el "tercer mundo" mirando de soslayo el no lejano abismo del "cuarto" ²⁰. En tal caso, nosotros los occidentales (rechazando a los albaneses y otros incómodos vecinos nuestros) comenzaremos, quizá por contraposición, a apreciar a los pueblos que, en el África negra o en otro lugar, están muy lejanos de nuestras puertas o de nuestras fronteras y, sobre todo, están desde tiempos inmemoriales vacunados contra el espíritu de rebelión, porque están más habituados a la indigencia atávica y a la muerte por hambre ²¹.

La URSS, ciertamente, tiene aún grandes recursos. Pero admitiremos, paradójicamente, que hoy sólo el aparato productivo militar -el único habilitado de cualquier modo a funcionar, por las razones dichas- podría hacerse responsable (y abastecedor de expertos, de tecnologías, etc. en concurso con aportes occidentales si fueran disponibles) para la reconstrucción de una economía de tipo colectivista o aún privatista que tendiera a superar la grave crisis abatida sobre todo los otros sectores? La democratización podría generarse de modo independiente de una solución de tal género que fuese buscada sobre el terreno económico? Y, más aún podría penetrar en el mismo complejo militar-industrial en rápida transformación? La China de hoy hace alimentar algunas dudas ²². Y el fracaso del clamoroso golpe de Estado últimamente intentado en la URSS hace poco verosímil la hipótesis de una próxima revancha del aparato militar soviético.

Responder no es fácil aún para quien a diferencia del suscripto, sea un experto en este campo. Por ello querría volver a las definiciones del sistema soviético. Si nuestro juicio actual sobre aquella experiencia subraya la impronta "comunista", reforzaría ciertamente en nosotros, la necesidad de declararse "no comunistas" (en algunos casos hasta "anticomunistas"). Si, en cambio, juzgáramos aquella experiencia, no solo lejana del camino de la

democracia moderna, sino aún lejanísima de toda idea o práctica de comunismo, entonces podríamos quizá sospechar que el mundo (la economía-mundo segura y garantida, el mundo natural amenazado, el "Sud del mundo" amenazante porque ya está condenado) requiera hoy más comunismo y no menos.

Las concentraciones del capital son hoy más grandes y potentes. Y porque disponen también de nuevos y más potentes medios de comunicación de masas, por todos lados lentamente se instaura una práctica de "democracia bloqueada" que inmoviliza a la oposición, no ya solamente la de un partido comunista, sino del reformismo socialdemocrático o laborista, que concede solamente el control del Congreso al partido demócrata estadounidense, que directamente cristaliza las relaciones internas en los principales partidos, impidiendo de hecho el recambio de las mayorías. Qué tareas teóricas se darían para una reflexión sobre la democracia que se proyecte hacia el futuro? Y qué nuevas garantías de ciudadanía política se vuelven necesarias para las minorías en general, en especial para las portadoras de una palabra, no obstante todo, sobrecargada de historia y grávida de porvenir?

De la amenaza de autodestrucción -económica, ecológica, tecnológica- que pesa sobre los hombres, una salvación posible está en la reapropiación (no estatalista) de los medios fundamentales de producción por parte del género humano unificado: una reapropiación de aquellos que son hoy realmente los fundamentales medios de producción, esto es de los poderes de información y de innovación científico-tecnológica y de los principales resortes materiales o energéticos activados por aquellos mismos poderes²³. Si los pozos petrolíferos, por ejemplo, fueran quitados a quienes los poseen y convertidos en propiedad común del género humano, y también las invenciones, las tecnologías, las patentes, etc. fueran puestas a disposición de todos, no solo no habría habida guerra del Golfo, sino que la renuncia del Sud a sus materias primas sería largamente compensada por la redistribución planetaria (y por el uso no mercantilizado ni consumístico) de las tecnologías de vanguardia.

Fallida la presunta vocación de la clase obrera como "clase general", y tornada poco creíble una rebelión intencionada y consciente de las masas que pueblan los continentes de la marginación y de la pobreza, qué sujetos pueden hoy (aún sin ninguna pretensión de encarnar lo universal o los intereses del género humano) proveer la contribución más eficaz para el redescubrimiento de una perspectiva que no sea la de "eternizar" nuestro maravilloso presente? Quizá los hombres de cultura (o sea todos los hombres en cuanto devenidos "filósofos", aún con su "filosofía espontánea", como diagnosticaba Gramsci ya en los años treinta). O quizá, más particularmente, aquéllos que poseen una alta cultura "especializada" y que,

por ello, pueden hacerla pesar sobre nuestra suerte: por ejemplo, acordando formas nuevas y generalizadas (planetarias?) de abstención del trabajo en sectores tornados vitales para los Estados-en-guerra (hoy, empeñados contra el Sur del mundo) y para grandes empresas privadas de Estado (hoy, empeñadas en el saqueo de los recursos culturales y naturales).

Ciencia y naturaleza son hoy las dos grandes fuerzas de producción. No ya los fábricas o el trabajo manual. La escuela es hoy la gran "fábrica dilatada". Las fuentes energéticas son hoy la "fuerza-trabajo" física más extensamente explotada. En esto reside la diferencia entre los socialismos reales, que ya no son, y el comunismo posible que no es aún pero que, aunque estadísticamente improbable, solamente ahora aparece como (éticamente) irrenunciable.

Roma, diciembre 1991

Notas

1. Tanto la crítica de Marx al estatismo de Lasalle y en consecuencia a cierta socialdemocracia alemana, como los reproches de Engels y de Lenin a esa socialdemocracia de estar impregnada de idolatría por el Estado han sido señalados por M. Dogelier y por J. Texier en sus intervenciones en el Coloquio Internacional desarrollado en la Sorbona del 17 al 19 de mayo de 1990. Véase M. Godelier "Los contextos ilusorios de la transición al socialismo" y J. Texier "El mundo moderno y la idea de comunismo" en "Fin del comunismo? Actualidad del marxismo?", bajo la dirección del J. Bidet y J. Texier, Paris, PUF "Actual Marx, confrontación", 1990, en páginas 199 y 46, respectivamente.

2. Luego de haber considerado que toda burguesía (privada o sobre el modelo de la "nomenklatura") es siempre burguesía de Estado, E. Balibar afirma que hoy las aspiraciones nacionales conciernen solo a la periferia o a la semiperiferia; "el viejo 'centro', en cambio, ha entrado en diversos grados en la fase de descomposición de las estructuras nacionales" (en E. Balibar-I. Wallerstein, "Raza, nación y clase. La identidad ambigua". Nota introductoria de G. Baratta, Roma Edizioni Associate, 1991, p. 101). En su comentario a algunas tesis de Balibar, T. Negri no se equivoca al sostener que el resurgir de la identidades nacionales particulares, como tentativa para mantener una ligazón social, es un fenómeno reencontrable en la disgregación del socialismo real, por un repentino "vacío de universalidad" positiva. Distinto, a su parecer, es el refloreCIMIENTO de la particularidad nacional o local cuando se confronta con ese "pleno de universalidad" negativa que hoy es dado por el mercado mundial capitalista. En ambos casos el fenómeno puede manifestarse en forma de particularidad agresiva contra otra particularidad (para acceder con ventaja a los beneficios o a las migajas del mercado mundial). El único antídoto a tales fenómenos y a sus posibles salidas facistas, puede provenir, concluye Negri, de la (universal) movilidad de las etnias que hoy se entremezclan irreversiblemente. (cfr. "El lenguaje inarticulado de la nación, Crisis de las identidades fuertes y mercado mundial frente a los particularísimos" en "Il manifesto" de 20/11/91).

3. Cfr. L. Cortesi, "Las armas de la crítica. Guerra y revolución pacifista".

Nápoles, Cuen, 1991, p. 34. La atómica de 1945 y la sucesiva guerra fría influyeron en forma desigual sobre las dos superpotencias; ya que los Estados Unidos conservaron intacta su capacidad económica, mientras la URSS había sufrido en el conflicto con Alemania pérdidas ingentísimas, humanas y materiales (pgs. 37-38).

4. L. Cortesi, op.cit, pgs. 10-11. En la carrera tecnológica sobre el terreno militar los Estados Unidos han precedido siempre a la URSS, que ha buscado contraatacar con algunas ventajas cuantitativas (p. 39). La forzada persecución tecnológico-militar de los Estados Unidos por parte de la URSS, por otra parte, ha acrecentado notablemente el poder de atracción que el capitalismo y la cultura industrial-capitalista han ejercido de todos modos, desde el comienzo, sobre la experiencia del "socialismo real" (p. 101).

5. Entre los muy calificados estudiosos que, en el campo internacional, han resucitado el concepto de guerra justa para defender la guerra del Golfo, esta M. Walser. Pero su tesis sobre el Golfo no puede ser aislada de sus otras visiones sobre la relación Norte-Sur. por ejemplo, en "Esferas de justicias", traducción italiana Milan, Feltrinelli, 1987, pgs. 49 y 70-71, aún admitiendo que los trabajadores "huéspedes" deben gozar de la ciudadanía plena y de sus correspondientes derechos en el país que los acoge, patrocina no obstante la necesidad de obstáculos y vedas contra la inmigración, invocando la tarea de proteger las identidades culturales.

6. Una reseña sumaria se encuentra en una nota del libro de J. Bidet "Teoría de la modernidad seguida de Marx y el mercado", París, PUF, 1990, p. 87. En Italia algunas tesis de Bettelheim fueron acogidas por G. La Grassa. Entre los que desconfían de la clasificación del sistema soviético como "capitalismo de Estado" quiero indicar a A. Catone, sobre todo por algunas de sus intervenciones públicas recientes y por un estudio suyo en curso en elaboración.

7. Cfr. Rossanda "Para un análisis marxista de la crisis de las sociedades del Este" en "Fin del comunismo? Actualidad del marxismo" cit, pgs. 34 y 36. M. Florio duda de que pueda definirse como capitalismo de Estado un sistema en el cual no hay mercado (cfr. "Transición hacia qué?", en "Marx ciento uno, nº 4, 1991). Pero, aparte del hecho de que el sistema soviético es definible como capitalismo *monopolista* de Estado, no basta con observar el destino de esa acumulación capitalista primitiva (Rossanda) es decir, el empleo de gran parte del excedente para armas y tecnología bélica desproporcionadas respecto a los recursos económicos conjuntos y respecto al tenor de vida de las masas? En el mismo número de "Marx ciento uno" figuran otras intervenciones sobre la crisis de la URSS y del Este europeo (Cfr. en particular A. Catone "La crisis de la economía soviética" figuran otras intervenciones sobre la crisis de la URSS y del Este europeo (Cfr. en particular A. Catone "La crisis de la economía soviética" que se refiere, entre otros, al libro de Agamben sobre "El futuro de la economía soviética", Milan 1989, y A. Natoli "El fin del modelo estalinista" que insiste sobre la plena ocupación a toda costa y la sobrecarga de fuerza de trabajo como causa principal del retardo tecnológico en la URSS).

8. Cfr. "El marxismo-leninismo murió o quién vive?" en "Fin del comunismo? Actualidad del marxismo?", cit, pág. 106.

9. La "competencia espasmódica" entre los escolares en Japón, injertando la competitividad capitalista en la tradición confucionista, "formalmente proclama premiar la *cultura* y no el origen social (...). Esto tiene en cuenta el valor personal

del individuo mejor que pone su competencia al servicio del estado y por lo tanto del conjunto de la sociedad". Por otro lado "los dirigentes japoneses tienen una retribución que es diez veces menor a la de sus colegas americanos, a igualdad de funciones. En los años ochenta la diferencia salarial entre dirigentes y empleados era apenas de siete veces y medio, era de diez a fines de los años sesenta y de cien en los años veinte. Esta tendencia a un relativo *igualitarismo* es interna a la lógica de tipo *neocorporativo*, y se refleja también en las diferencias de *estatuto simbólico* administrativo, que son extremadamente reducidas, desde la vestimenta hasta las estructuras". "El *olnismo* es la versión moderna del taylorismo, adecuada a la *gran revolución industrial de la automatización y del control*". Y el "toyotismo" corresponde, en la mutación del tiempo, al "fordismo": el robot aprende las operaciones manuales parcializadas y luego las repite al infinito, lo nuevo es, sobre todo, la *multifuncionalidad* de trabajo y máquinas. (C. Filosa -G. Pala "El nuevo imperialismo japonés. Las bases económicas y sociales del neocorporativismo nipón", en "La Contradicción", nº 18, 1990, pgs. 12-13-25-34). El "toyotismo" es, según L. Cillario, en la edad tecnológico-informática, "la vía japonesa a la utilización consciente de la fragmentación de las funciones" ya experimentada a partir de la manufactura y hasta el taylorismo. Se busca aplicar el criterio de la fragmentación a la psicología de los hombres, es decir de introducir una separación de funciones también en cada uno de nosotros. (Cfr. L. Cillario, "El hombre de probeta" en el trabajo organizado. Perfiles postmodernos de la alienación del sentido y de la subjetividad", reseña bibliográfica crítica, Bologna, Editorial Mongolfier, 1990, p. 226).

10. La fuerza de trabajo es económica, disciplinada, instruida pero flexible y sin especialización predeterminada. El relativo control que le es confiado sobre el proceso de trabajo, también a los fines de la innovación, es subalterno y marginal, pero útil para la empresa. Los trabajadores están "en continua competitividad y emulación", también porque los retardos y las ausencias de unos deben tomarlas a su cargo los otros, pero colaboran entre sí. "Dos personas suspendidas en el vacío con la misma cuerda deben colaborar, aunque se detesten, siempre que quieran salvar el pellejo. El patrón pone la cuerda, una sola, el resto lo deben pensar ellos!". Y el patrón vierte en su propio beneficio los frutos de aquello que Marx llamaba el "trabajo combinado" (C. Filosa- G. Pala, op.cit. pgs. 23-26).

11. M. Godelier, "Los contextos ilusorios de la transición al socialismo" en Fin del comunismo? Actualidad del marxismo?, cit. p. 194. G. Pala ve "una singular forma de sumisión "formal" *invertida* en el capitalismo tardío: no la modalidad productiva precapitalista sino las nuevas fuerzas productivas tecnologizadas y por ello virtualmente post-capitalistas "quedan encerradas en la "vieja piel", es decir, son objeto de subsunción formal por parte del capital. (Cfr. "El mundo hechizado por el Señor Capital" en "la contradicción" nº 0, 1987, p. 75).

12. Cfr. R.R. Nelson "Ascenso y caída de la supremacía tecnológica de los Estados Unidos" en "La economía global. Estados Unidos, Europa y Japón entre competencia y conflicto", al cuidado de M. Pianta, Roma, Ediciones Lavoro, 1989, pgs. 45-46.

13. Ibid, pgs. 50-51.

14. Mary Kaldor, "La economía después de la guerra fría", en "La economía global, cit, p.131-132.

15. Ibid, p.125. El "Estado industrial requería altos niveles de gastos militares, tenía necesidad de la guerra fría" y conducía a una cierta convergencia entre los dos sistemas (id. p.126).

16. Ibid. p.132.

17. Ibid. pgs.134-137.

18. Escribe R.R.Nelson que la ciencia moderna, es desde el inicio, un campo abierto a la recíproca información en escala internacional, mientras que las tecnologías están sujetas a varios derechos de propiedad (pero más que las patentes cuentan el *Know how* y la experiencia acumulada ampliamente reservadas). En la última post-guerra crece la comunicación también en el campo tecnológico. Pero, se objetará, crece también la cantidad y la importancia de las tecnologías todavía monopolizadas. En los hechos, admite Nelson, también las tecnologías que resultan del domino público son poco accesibles si faltan las bases de instrucción (especializada) indispensables también a nivel de masa. Los países subdesarrollados sufren, sobre todo, por esta carencia (pgs. 52-54). Y véase en p. 66, la tabla referente a la instrucción superior: Japón está en ventaja sobre todos los otros países). Dos economistas soviéticos, V. I. Maslennikov y L.E. Mindeli hacen notar que "en la segunda post-guerra el ritmo de aumento de los científicos ha emparejado en la URSS al americano hacia la mitad de los años setenta y después ha caído ostensiblemente". (en Vestnik AN SSSr, 1989, nº 10, el artículo está citado por Ciencia sociedad, nº 43-44, 1990).

19. "La concentración-centralización del capital ha conducido a la constitución de gigantes mundiales, las firmas multinacionales, para las que el área de acción es casi planetaria y la parte del mercado considerable, aunque toda expansión no puede en adelante hacerse sino en detrimento de otros capitales gigantes". (Ch. Barrere. "Leer la crisis", Paris, PUF, 1986, pags. 364-365).

20. En Argentina, Costa de Marfil, Bangladesh, etc., las cosas andan mal porque ha sido abandonado el mercado? (I. Wallerstein "El marxismo-leninismo está muerto quién vive?" en "Fin del comunismo? Actualidad del marxismo?", cit. p. 153).

21. Hoy en día los "graves desequilibrios entre las diversas áreas geográficas" "en cierto sentido han transferido el centro de la cuestión social del ámbito nacional al nivel internacional". "Pero otra forma de propiedad existe, en particular, en nuestro tiempo y reviste una importancia no inferior a la de la tierra: es la propiedad del conocimiento de la técnica y del saber. Sobre este tipo de propiedad se funda la riqueza de las Naciones industrializadas mucho más que sobre la de los recursos naturales". (id, pgs, 126-127). "De hecho, muchos hombres, quizá la mayoría (...) no tienen la posibilidad de adquirir los conocimientos básicos" necesarios para valorizar su cualidad propia. "Ellos sino propiamente explotados son ampliamente marginados". "Incapaces de resistir a la competencia de mercancías producidas en nuevas formas", abandonan su actividad tradicional y se agolpan en condiciones de miseria en las ciudades del Tercer mundo. Las "carencias humanas del capitalismo, con el consiguiente dominio de las cosas sobre los hombres, no es sino la desaparición, más aún para los pobres; a la falta de bienes materiales se agrega la del saber y del conocimiento que les impide salir del estado de humillante subordinación " (id. pgs. 128-129). (Carta Encíclica de S.S. Papa Pablo II "Centessimun

annus". La enseñanza social de la Iglesia de la Rerum Novarum a hoy. El texto íntegro de la nueva encíclica y de la Rerum Novarum con introducción y análisis histórico de Monseñor Franco Biffi, Casale Monferrato, Ediciones Piemme, 1991, p. 115).

22. Rossana Rossanda, en "Para un análisis marxista de la crisis de las sociedades del Este" (cit. p.37) hacer notar que según los gobernantes de China (y según algunos críticos de Gorbachov) primero debe arribar el mercado, después la democracia, sobre el ejemplo de cuanto se ha verificado en Occidente, donde el bienestar actual recompensa también con la democracia el hambre y la miseria que el mercado ha provocado en un tiempo anterior en gran escala.

23. J. Texier dice que la información y el ambiente no pueden ser confiados al mercado capitalista. (Cfr. "El mundo moderno y la idea de comunismo" en Fin del comunismo? Actualidad del marxismo? cit. p. 49). Por su parte L. Seve afirma que en Marx se encuentra ya "una *perspectiva comunista de la era industrial*" toda vez que la revolución tecnológica pone a la orden del día una *perspectiva comunista de la era informacional* que vuelve a aquella mucho más creíble (Cfr. "Fin del comunismo?" en el mismo volumen, p. 147).

Traducción Leandro Ferreyra y Edgardo Logiudice

**Este libro se terminó de
imprimir en talleres Graficos **CYAN**
Potosi 4471 Capital Federal TE. 982-4426
en el mes de abril de 1993**

REMOS: **Una iniciativa para no perder la memoria**

Hace ya más de dos años, precisamente en noviembre de 1991, se ponía en marcha en Buenos Aires un proyecto que tenía por finalidad nuclear a instituciones y personas interesadas en la recuperación y preservación de archivos del movimiento obrero y de los movimientos sociales. El éxito de la convocatoria dio lugar a la constitución de **REMOS**, "Red para la recuperación de archivos de los trabajadores y de los movimientos sociales argentinos". La Red tiene hoy alcance nacional y está integrada por más de 60 organizaciones públicas y privadas entre las que se cuentan centros de investigación, sindicatos, bibliotecas populares y de partidos políticos, revistas de ciencias sociales -como **Cuadernos del Sur**-, archivos públicos y particulares, organismos internacionales, redes constituidas a nivel regional, etc.

REMOS tiene por objetivo fundamental promover la identificación y preservación de archivos y asimismo hacerlos accesibles a las personas interesadas en la investigación. Pero, por otra parte, apunta a contribuir al desarrollo de una conciencia colectiva sobre la necesidad de preservar los testimonios de nuestra historia social. Es casi un lugar común afirmar que nuestro país padece la enfermedad del olvido del pasado o de la falta de memoria y si esto es cierto de modo genérico lo es mucho más en cuanto a la historia de los trabajadores y de los movimientos sociales. Son numerosos los ejemplos y anécdotas que suelen recogerse sobre la manera, a veces azarosa, en que ciertos documentos sobrevivieron a la destrucción intencionada de una dictadura o al descuido a que lleva la falta de conciencia sobre el valor que pueden tener para reconstruir la historia de la vida y de las luchas de los trabajadores de nuestro país.

Para impulsar estas tareas se constituyó la **Red REMOS**, que ha adoptado una estructura de funcionamiento de tipo cooperativo y horizontal. De esta forma es posible encarar con éxito, colectiva y solidariamente, proyectos de trabajo que por su magnitud, costo o dificultades técnicas no podrían llevarse a cabo a partir de esfuerzos individuales.

La convocatoria de **REMOS** es absolutamente amplia y abierta. Para conectarse y recibir información sobre las actividades de la Red, quienes deseen pueden dirigirse al **Nodo Coordinador de REMOS**, Casilla de Correo 100, CP: 1409, Buenos Aires, Argentina.

Alicia Salomone

Cuadernos del Sur

COMITE EDITORIAL:	El triunfo de Clinton y las relaciones argentino/ norteamericanas
PIERRE SALAMA/ JACQUES VALIER:	Argentina, Brasil, México: similitudes y diferencias del ajuste antiinflacionario
FERNANDO H. AZCURRA:	EEUU: la decadencia del liderazgo industrial
CLAUDE GABRIEL:	Europa en crisis
GEORGE LABICA:	"Maastricht no es nuestra Europa"
GUSTAVO GUEVARA:	Mercosur: una vez más Adam Smith y Karl Marx
WASHINGTON ESTELLANO:	Uruguay: el Frente Amplio en la encrucijada
HORACIO ZAMBONI:	Flexibilidad laboral: desandar la historia
GIUSEPPE PRESTIPINO:	Socialismos reales y capitalismos imperiales

artista plástico invitado: Ricardo Roux

Tierra  fuego
del